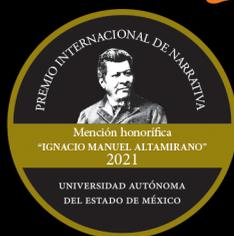


EVANGELIO DEL DETECTIVE FORMIDABLE

Roberto Ramírez Paredes





Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Rector

Doctora en Ciencias de la Educación

Yolanda Eugenia Ballesteros Senties

Secretaria de Docencia

Doctora en Ciencias Sociales

Martha Patricia Zarza Delgado

Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados

Doctor en Ciencias del Agua

Francisco Zepeda Mondragón

Secretario de Extensión y Vinculación

Doctora en Humanidades

María de las Mercedes Portilla Luja

Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Ciencias de la Educación

Marco Aurelio Cienfuegos Terrón

Secretario de Rectoría

Doctora en Ciencias Económico Administrativas

Eréndira Fierro Moreno

Secretaria de Administración

Doctor en Educación

Octavio Crisóforo Bernal Ramos

Secretario de Finanzas

Doctor en Ciencias Computacionales

José Raymundo Marcial Romero

Secretario de Planeación y Desarrollo Institucional

Doctora en Derecho

Luz María Consuelo Jaimes Legorreta

Abogada General

Doctor en Ciencias Sociales

Luis Raúl Ortiz Ramírez

Secretario Técnico de la Rectoría

Licenciada en Comunicación

Ginarely Valencia Alcántara

Directora General de Comunicación Universitaria

Doctora en Ciencias de la Educación

Sandra Chávez Marín

*Directora General de Centros Universitarios y
Unidades Académicas Profesionales*

Evangelio del detective formidable

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Rector

Doctora en Humanidades

María de las Mercedes Portilla Luja

Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Director de Publicaciones Universitarias

Mención honorífica

18° Premio Internacional de Narrativa

“Ignacio Manuel Altamirano” 2021

Jurado

Ana Clavel, México

Humberto Guzmán, México

Antonio Ortuño, México

Roberto Ramírez Paredes

EVANGELIO DEL DETECTIVE FORMIDABLE



Universidad Autónoma del Estado de México

"2021, Celebración de los 65 años de la Universidad Autónoma del Estado de México"

Primera edición, septiembre 2021

Evangelio del detective formidable

Roberto Ramírez Paredes

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: (52) 722 481 1800

<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-351-8

Hecho en México

Editor responsable: Jorge Eduardo Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Díaz Porras

Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis

Corrección de estilo: Silvia Martínez García

Formación: Jarini Toledano Gil

Diseño de portada: Luis Maldonado Barraza



PRESENTACIÓN

Ignacio Manuel Altamirano fue un escritor mexicano nacido en 1834, en Tixtla, municipio que entonces pertenecía al Estado de México y hoy es parte de Guerrero. Escritores de la talla de Juan Rulfo lo reconocen como el padre y maestro de la literatura mexicana.

Altamirano estudió en el Instituto Literario de Toluca (antecedente de la Universidad Autónoma del Estado de México), bajo la tutela intelectual de Ignacio Ramírez Calzada, “El Nigromante”.

Sus principales obras literarias –entre las que destacan *Cuentos de invierno*, *Navidad en las montañas* y *El Zarco*– fueron publicadas durante los últimos 31 años del siglo XIX. Murió en Italia cumpliendo una misión diplomática ordenada por el entonces presidente de México, Porfirio Díaz, en 1893.

El Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano” fue instituido por la Universidad Autónoma del Estado de México en 2004 con el objetivo de honrar a este hombre de las letras, apasionado por la libertad.

El jurado calificador estuvo integrado por los escritores Ana Clavel, Humberto Guzmán Juárez y Antonio Ortuño,

quienes otorgaron el premio a la novela *Hotel Francés* del mexicano Raúl Carrillo Arciniega, obra que, en palabras de la escritora Ana Clavel, “explora la relación con la madre, plagada de desencuentros y traiciones, desde una mirada masculina. Y lo hace con oficio novelesco y un estilo literario sólido”.

Sin duda alguna, la publicación de esta obra viene a enriquecer la prolífica narrativa mexicana con una escritura y una historia originales e innovadoras. Deseo que sea para bien de las letras hispanoamericanas y para el goce de los lectores actuales y futuros.

PATRIA, CIENCIA Y TRABAJO

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

CARLOS EDUARDO BARRERA DÍAZ

Rector

Y el taimado cortejador añadió luego su idea más refinada:
que el amante es más divino que el amado, porque el dios habita
en él y no en el otro.

THOMAS MANN

Vengo del sitio al que volver deseo:
amor me trajo, amor hablar me hace.

DANTE ALIGHIERI

...VENGO DEL FINAL.

Saben de sobra cómo fue el movimiento punk en Londres en los años 70, pero ¿qué hay de Quito? Más importante aún: ¿a alguien le importa eso? A nadie le interesa porque allá arriba, en la cuarta planta del Hotel Don Pedro, una persona, a quien la policía aún no ha logrado identificar, tiene secuestrado al cantante de la banda Los Tabernícolas, a quien se lo conoce como Kaicedo. No se sabe nada de su captor, pero los oficiales que rodean el edificio —y que han cerrado todo acceso en la avenida Eloy Alfaro, a la altura del Estadio Olímpico Atahualpa— suponen que se encontraba presente en la actuación que la banda dio en vivo, horas antes, en Ecuavisa, el canal de televisión ubicado en Bellavista, no lejos del lugar. Presumen también que lo tiene amordazado y amenazado a punta de pistola, pues es eso lo que los secuestradores hacen. Lo que les desconcierta es que sabiéndose cercado, no ha exigido nada el captor, ni dinero ni vehículo de escape, no ha dado la cara. No saben nada porque ven el tiempo cronológicamente, pero este no es mi caso: yo acabo de llegar del fin pero también sigo ahí, siempre estoy en los dos puntos.

Se mueve mi esencia como los rayos del sol y penetra el alma humana.

Amo observar los rostros de desconcierto de los policías mientras nadie está al mando: expresiones de madera mal tallada que se descomponen con el viento, se astillan de indecisión, incapaces de decidir cómo proceder sin poner en riesgo a las víctimas ni sus carreras. Sugiere alguien que cierren el perímetro que rodea al hotel, pero suena aquello más como una actividad para matar el tiempo hasta que aparezca la cabeza visible que, decidida, tome por sorpresa a uno de los policías apostados junto al hotel y le diga, con una orden que a la vez fuera un canto:

—¿Cuál es la situación, oficial...?

—Martínez, soy el oficial Juan Bautista Martínez.

—Adelante, Martínez.

¿Qué policía dice *adelante* para que el subordinado prosiga? Notará Martínez la palabra, le parecerá tan difícil de digerir como hermosa, y creará un clima de sumisión ante el hombre que tiene a su lado, impactado por su rostro, su vestimenta, su actitud.

—Sí, tenemos un secuestro en la cuarta planta del hotel, en la habitación 402 —continuará Martínez—. Se sabe que ahí están encerrados el secuestrado, un cantante llamado Kaicedo, y su secuestrador, de quien no sabemos nada todavía. Creo que preguntó por usted. El gerente del hotel dijo que Kaicedo se hospedó solo.

—¿Y cómo saben que hay alguien más ahí con él?

—Porque el 911 reportó un secuestro en este hotel, a esta hora. La persona que llamó dijo que si alguien entraba a la fuerza a la habitación, le volaba los sesos a Kaicedo y luego se disparaba.

—¿Y si la llamada fue una broma?

—Sí, por eso... Es que no sabemos nada, por eso estábamos esperando a que alguien llegue hasta acá y nos diga qué hacer.

Y el hombre al mando que llegará a la escena dentro de pocos minutos para los que solo saben de tiempo lineal, mirando directo a las ventanas negras del hotel, con las manos en la cintura, dirá:

—Martínez, esto es lo que quiero que hagas...

Amo verlos estupefactos ante la desesperanza, son piedras arrastradas por la corriente. Amo verlos deambular de una esquina a otra del hotel para hacer algo, son gallinas decapitadas. Amo espiar a los policías de Quito, que trabajan en condiciones tan mediocres. Amo estar aquí porque su incapacidad de decidir, créase o no, me ha dado el más grande amor que puedo concebir. Amo ver los rostros de madera mal tallada de los oficiales que no saben qué hacer: es una de las pocas sensaciones de falta de control de las que puedo disfrutar, hasta que, claro, venga alguien a ponerse al mando, como sucederá dentro de poco para los que saben de tiempo lineal.

Para mí no hay sorpresas: sé quién es el secuestrador, sé cómo terminará el caso, lo he vivido mil millones de veces, he repasado las formas que las gotas de sangre crearán en la cama del hotel y siempre me parecerán faunos danzando en el bosque. Recreo el final ahora mismo y puedo visitarlo de la misma forma que un humano se dirige todos los días a su trabajo en una ciudad tan alta como Quito. Me muevo en el tiempo como los policías en el espacio, por eso no hay sorpresas: sé, por ejemplo, que esto se dirá al final:

—Mi mundo se está terminando.

—Eres y siempre has sido mi mundo.

Entonces, llegado ese punto, me será imposible creer que esté sintiendo algo. Lo veré frente a mí, abrirá él sus ojos ante la escena en la habitación del hotel y querré creer que el tiempo se detendrá, querré creer en su tiempo lineal para abrazarlo hasta que deje de desangrarse y fenezca en mí, compenetrados por una vez. No es lineal el tiempo, por eso ya lo estoy sintiendo, lo veo morir y escapar de mis brazos prestados, me entrega la sensación de amor infinito. Eres listo, hermoso detective, pero no puedes ser tan listo para escapar de mí. Estoy en el final, donde te poseo.

Y como mi tiempo no es tiempo, deseo verlo ahora mismo poniéndose al mando: aquí viene él, se baja del vehículo, cierra la puerta y camina hacia los policías, lo hace con tanto garbo que por un momento olvidan que Kaicedo sigue en peligro. Se agita su gabardina con el viento mientras se dirige a la trampa. Resalta el cielo azul de Quito sus ojos negros y la potencia de sus músculos. Me adentro en las profundidades de un policía antimotines que está cerca del oficial Martínez, así puedo escucharlo hablar una vez más:

—¿Cuál es la situación, oficial...?

—Martínez, soy el oficial Juan Bautista Martínez.

—Adelante, Martínez.

Varios policías, dentro de uno de ellos yo, se agolpan en torno al detective Carlos Chimbo porque saben que no hay nadie mejor para comandar la situación. Se dejan guiar porque así se sienten aceptados, servirlo es lo más parecido al bienestar del útero materno: se abandonan en la corriente cálida, sabiendo que nada malo puede pasar. Pronto olvidan lo que habían estado preguntándose los unos a los otros: ¿qué significa para ti el fin del mundo? No existe el mal en ti aunque vives rodeado de él. Hoy no es tu día, querido Chimbo: me muero por besarte mientras te desvaneces en mis brazos, pero

como no existe tal cosa como la cronología, ya te he besado, te besaré, te beso.

Es la confianza uno de los rasgos más atractivos en los seres humanos. En toda la fuerza policial de Quito, es el único el detective Carlos Chimbo quien transmite esa sensación con semejante magnitud, la de ser policía por convicción, y esto lo perciben sus compañeros y superiores. Ingresó él a la fuerza policial porque quería ayudar, no porque no hubiera tenido más oportunidades en la vida, que es lo usual, pero las rechazó con gentileza de la misma forma que hace muchos años, durante la universidad, desestimó los besos de toda compañera que le proponía amoríos. Declinaba y ellas lo veían marcharse emanando un misterioso aroma a rosas recién cortadas, que en realidad es la infalible seguridad que lo perfuma todo.

Mientras las rechazaba Chimbo, tenían aquellas mujeres la misma sensación que tiene el policía que ahora habito: un maravilloso estremecimiento hecho de esplendor. Lo idolatra el policía que habito porque siempre recuerda el caso que Chimbo resolvió cuando estaba de vacaciones en una cabaña de campo, en Ibarra. Secuestró un hombre a una mujer embarazada, Diana R. El hombre, que escupía al gritar, la apresaba por el cuello y amenazaba el corazón con un cuchillo enorme. Exigió dinero y un vehículo a cambio de la vida de la mujer. Como estaban en media calle, se agolparon los curiosos en las esquinas y le impidieron escapar. Cuando llegó la policía, estaba el hombre más que desesperado y recurren los hombres desesperados a salidas dramáticas.

Horas después, ninguno de los policías se había atrevido a desenfundar su arma y apuntar contra el hombre porque

nadie había recibido el entrenamiento necesario para enfrentar ese tipo de situaciones y tampoco las leyes los amparaban: podía cualquier policía ser demandado por la familia del agresor si este resultaba herido o muerto, aun cuando se tratara de salvar una vida. Así de desamparados estaban los policías, por eso aliviados se sintieron al ver que un grupo de ellos le abría paso a un hombre alto, de rizos inusuales, vestido con ropa deportiva. Como Moisés, dividió Carlos Chimbo en dos a la muchedumbre que insultaba al agresor y luego dividió a los policías que se movían en torno a él, como si jugaran al gato y al ratón. Se apoyó Chimbo en la pared donde el secuestrador, a doce metros de él, empezaba a cortar la piel de Diana para demostrar que la amenaza iba en serio. Ahí notó que mientras gritaba ella de miedo, se mojaban sus pantalones. No era justo que esto sucediera. Solo mentes enfermas son capaces de concebir este tipo de actos. Desenfundó Chimbo el arma, apoyó el hombro en la pared de lustrosa pintura blanca, ancló el cuerpo empujando un hidrante, levantó ambos brazos sosteniendo con firmeza el arma, cerró el ojo izquierdo y apuntó con toda la paciencia contenida en el universo: buscó al hombre que no dejaba de gritar ni moverse en la mirilla del arma, sostuvo la respiración y apretó el gatillo no apuntando al lugar donde estaba la cabeza del hombre, sino al lugar donde estaría dentro de una fracción de segundo.

Cayeron los dos cuerpos con aplomo al suelo.

Pocos supieron de dónde vino el disparo. Al derrumbarse, se llevó el hombre al suelo a Diana, por lo que creyeron que ella también había muerto, pero el sobresalto duró pocos segundos: se agolparon los policías y rescataron a la mujer que no paraba de llorar. Luego vino lo de rigor: aplausos, felicitaciones, ambulancia, papeleo.

Al siguiente día, al ver el porte del detective Carlos Chimbo bajo la luz del sol de Ibarra, con la iglesia y su cruz de fondo, y la muchedumbre alabándolo, en la fotografía del periódico, entendieron los familiares del secuestrador que no se puede contradecir a un hombre así, no se puede vivir sin un hombre así, por lo que desistieron de todo intento de demanda legal.

Sé de un académico que ahora mismo, en la biblioteca de la universidad, está esbozando un plan para levantar un partido de gobierno que cambiará las leyes que descuidan a los policías y, por ende, no les permiten actuar como debieran en situaciones extremas, pero ¿a alguien le importa eso cuando uno de los policías que se ha sometido a la hipnosis de Carlos Chimbo le dice que ha cumplido sus órdenes al pie de la letra? Explica ese policía que envió a dos de sus colegas al canal de televisión para ver las grabaciones de la presentación de Los Tabernícolas en busca de posibles irregularidades. Aunque es el procedimiento de rigor, lo toma el policía como si fuera una corazonada de Chimbo, como las de los policías de las películas, que en base a la experiencia y las canas ya saben por dónde se moverá el caso, cómo se desenvuelve la condición humana. Pero no tiene Chimbo canas ni es viejo: tiene treintatres años, a todas luces joven para ser sargento de la Policía, con una experiencia e instinto que sus superiores consideran adquirible en varias reencarnaciones. Eso piensan ellos, que tienen entre cinco y seis décadas a cuestas, y lo cuchichean en los baños, cuando no hay subordinados oyendo. Les cuesta creer que un policía sea tan efectivo a esa edad, y a veces, para sus adentros, quisieran que al momento de hablar de Chimbo el baño oliera mejor, pues tienen una sensación de

no pertenecer, de indignidad: no se habla mal de la religión católica en plena misa de la misma forma que no se debería hablar de Chimbo en el baño. Hay una incompatibilidad pura. Sé que los superiores piensan eso, lo he sentido desde sus adentros.

—Martínez, lléveme con el gerente del hotel —dice Chimbo y los policías, sin saberlo, forman dos filas que lo conducen adentro del edificio, lo depositan en la recepción como si sus zapatos deportivos pisaran nubes. Sin saberlo, sienten una extraña animadversión hacia Martínez, que parece ser ya el favorito del detective. Al día siguiente, cuando todo esto haya pasado, con la sangre aún fresca, se burlarán de él como una forma tácita de descargar la envidia y la pena.

En la recepción, el gerente y propietario del hotel, conocido como Don Pedro, cuyo nombre en letras de molde se llena de esmog en la marquesina frontal, mira directo a los ojos de Chimbo y en ellos encuentra un inexplicable resplandor que le sugiere la vida más allá de la muerte.

—Señor Alemán, Don Pedro, siempre con el don por delante, ¿verdad?

—Así es, señor —dice Don Pedro tras un gigantesco bigote canoso pintado de nicotina.

—Soy el sargento Carlos Chimbo. Estoy a cargo del posible secuestro. Tengo algunas preguntas que hacerle.

—Soy todo oídos.

—Dígame todo lo concerniente a Kaicedo. ¿A qué hora vino? ¿Estaba solo?

—Sí, vino solo a eso de las once y media. A eso del mediodía subí a la cuarta planta a dejar unas sábanas limpias que una de las mucamas me pidió que diera subiendo y me asusté al oír una serie de gritos del otro lado de la puerta.

—¿Qué decían los gritos?

—Ay, Dios mío, no quiero ni repetir esas palabras, son malas palabras y yo ya no estoy en edad de decir semejantes groserías.

—Don Pedro —dice y el tono que adopta Chimbo se parece más a una madre que consuela a su hijo que ha caído de la bicicleta que el de un policía que demanda la verdad—, no se avergüence: estamos en confianza.

Nada de dígame la verdad ahora mismo, una vida depende de ello. Nada de usted está obstruyendo a la justicia que quiere a un ciudadano a salvo. Nada de aténgase a las consecuencias. Solo palabras que acarician, tonos que consuelan.

—Bueno, dijo algo así: Siéntate, hijo de tal o cual, ponte en la esquina, hijo de tal o cual, ponte el trapo en la boca o te parto el hocico a balazos, ¿me oíste? Y nada de llorar, borracho de miércoles... Algo así dijo. Claro que ya se imaginará las palabras que usó.

—Me imagino —dice Chimbo—. Entonces debemos entender que el secuestrador sí tiene un arma y que, en efecto, Kaicedo está sometido y en peligro de muerte.

Se deja seducir Don Pedro por el sabor de la palabra *debemos* que acaba salir de la boca de Chimbo, no solo por el lirismo recubierto de trivialidad, sino porque le hizo sentir incluido, parte de la operación para rescatar al músico que, según dicen, nunca ha estado sobrio. Todavía hechizado, alcanza a decir Don Pedro:

—Sí, correcto, sargento Chimbo, parece que sí tiene una pistola, pero no es un secuestrador, es una secuestradora. La que gritaba era una voz de mujer.

El noventa y ocho por ciento de los casos delictivos de la jefatura de Policía de Chimbo son perpetrados por hombres.

Del dos por ciento restante, hay que destacar el caso de las manos perdidas, que fue resuelto por el Tieso y la Chorreada, dos agentes que, una generación antes que la de Chimbo, se hicieron conocidos en Quito, cuando no en todo el país, por atreverse con crímenes imposibles. En la jefatura, en las paredes del pasillo que conduce a las oficinas de la segunda planta, cuelga todavía la fotografía en la que el Tieso y la Chorreada, disfrazado él de viuda de fin de año y de un musculoso marinero ella, ven a la cámara y sonríen como si su trabajo no hubiese sido una comedia de horror. En blanco y negro, bailan los dos agentes en la fiesta policial del 31 de diciembre, antes de casarse. Cerca de esa fotografía yace la de Carlos Chimbo, que es el artículo de *El Comercio* que reportó su desempeño en el secuestro de la mujer embarazada en Ibarra. Es el pasillo un humilde museo de los logros conseguidos por esa jefatura y otras del distrito metropolitano de Quito, en el que las fotografías son monumentos y todo policía que entra ahí lo hace consciente del peso de la historia y del legado que deberá superar. Hay quien se santigua al pasar por los cuadros, hay quien le pide a la Virgen de Quito que le conceda la sagacidad del Tieso, la férula de la Chorreada o la efectividad divina de Carlos Chimbo. Solía santiguarse José Duque al caminar por ese pasillo, aunque tenía sobradas razones para no creer en Dios.

A la Virgen a la que muchos policías le rezan al empezar el día para que no sea el último, a esa Virgen se parece la secuestradora, según el testimonio de Zacarías Guerrero, el guardia de seguridad del canal de televisión, quien vio todo desde la puerta de salida, en la calle Bosmediano: la banda, que ese día solo tenía cinco miembros, salió por el garaje, cargando cada uno sus propios instrumentos que colocaron dentro de la furgoneta, con bastante orden. Solo Kaicedo

lanzó el micrófono al asiento posterior, rebotó en un cojín y trizó una ventana. Dijo Guerrero que el señor estaba borracho. También le contó al policía que mientras el resto de la banda lo insultaba por tratar mal los instrumentos, dejó Kaicedo de prestarles atención porque una fanática muy bonita se le acercó por detrás, con un bolígrafo —*esfero* fue la palabra que utilizó— y un cuaderno para pedirle un autógrafo. Guerrero, a quien de cariño llaman Zack, vio a la mujer conversando con el cantante, muy pegaditos, tan cerca que Kaicedo empezó a sonreír con morbo. Patricia, la recepcionista del canal, que había salido para pedirle a Zack que le avisara cuando pasara la mujer que vende cevichochos, también vio conversar a la pareja e incluso supuso que eran novios. Vio Patricia cómo ella, cuyo rostro le pareció también una versión radiante de la cara de la Virgen de Quito, le abrió la puerta del pasajero de un Mazda cupé rojo, al que se subió tambaleante y gustoso. Se puso ella al volante y arrancó pronto, escoltada por las quejas del resto de la banda que seguía ordenando los instrumentos en la furgoneta.

—Pero eso no es un secuestro —dice Carlos Chimbo y asienten todos los policías al unísono, hechizados.

Yo sé qué pasó después, sé qué pasará, lo he vivido ya porque está sucediendo y ha dejado de suceder, está disponible porque se materializa cada vez que lo evoco, como un pensamiento recurrente en una fantasía inmadura. Es la capacidad de ver el efecto antes que la causa, que es la materia de los seres humanos. Sé que huyó la mujer del canal con las manos temblando sobre el volante, puedo verla ahora: trata ella de controlarse porque sabe que si sigue con la respiración entrecortada que le dictan los nervios, se puede hiperventilar

y desmayar mientras maneja. Sé lo que siente: una mezcla de vergüenza y triunfo. La veo: se limpia las gotas de sudor, regresa a ver de soslayo al hombre que va muerto de la risa en el asiento y que apenas entiende lo que le está pasando, pues solo alcanza a balbucear:

—Estaré borracho... pero ni loco vamos a tirar sin condón. Mi abogado ya me lo advirtió, jajaja...

A excepción de ellos, nadie podría haber atestiguado esa frase escapada de una carcajada, como un gas, mientras desciende el auto por la calle Bosmediano y, a toda velocidad, curva en la avenida Seis de Diciembre. Nadie excepto ellos y yo, lo que demuestra que estoy en todas las partes y todos los tiempos que me interesan... y lo hago por él. Sé que se estacionará el auto cerca del Estadio Olímpico Atahualpa, pero ya no me importa, ahora mi atención se dirige hacia el policía que da el parte a Carlos Chimbo: además del relato del guardia y la recepcionista, le da tres impresiones de las cámaras de seguridad del canal, en las que se ve a la mujer de perfil y de frente. Sin duda es bella y no me importa porque estoy acurrucado en la atención que Chimbo me presta mientras soy Mateo Hurtado, el policía que da el parte. Nos ve directo a los ojos y yo no puedo más que ceder al deseo del hombre, así que esquivamos la mirada aguda de esos ojos de capulí, epíteto que le puso la madre de Carlos Chimbo cuando era solo un niño y soñaba con ser el policía más valiente del país. Si el ayer no fuera hoy para mí, no sabría lo de los ojos de capulí, no sabría de su anhelo de justicia desde temprana edad, no sabría del deseo en el arenero, no sabría de que cuando jugaba chapas y choros con sus primos siempre era chapa y los choros no tenían oportunidad por lo veloz y ágil que era.

—Buen trabajo, oficial Hurtado —dice Chimbo viéndome sin descubrirme—. Ahora necesito que marque bien el perímetro, desde esta zona, pasando por aquí y llegando hasta esa esquina—. Y se mueve grácil el dedo índice en el aire y señala, como una varita mágica, el deseo—. Oficiales Marcos Sánchez y Fedro, necesito que ustedes peinen el sector: busquen este Mazda —Chimbo les entrega sendas impresiones y salen corriendo ellos por las irregulares formas de la adoquinada calle José Correa.

—¿Viste, Sánchez? —dice Fedro Mera—. El detective Chimbo me llamó por mi nombre.

Solo Sánchez y yo sabemos la alegría de Fedro, la siento mientras se aleja él conmigo adentro suyo. A medida que descendemos por la calle, avanzamos a escuchar qué dice el detective Carlos Chimbo:

—Benítez, Méndez y García, ustedes vienen conmigo. Listos, que vamos a entrar al hotel.

Es un vetusto cajón que se engrasa con puntualidad el ascensor del Hotel Don Pedro, lo que no evita que crujan los metales con cada movimiento. Se preguntan los oficiales Adriel Méndez y Santiago Benítez si una caída de cinco pisos dentro de él podría matarlos: dice que sí el primero, que no el segundo. Mientras tanto, sube de dos en dos las escaleras el oficial Adán García para demostrar vitalidad y así llamar la atención del detective Carlos Chimbo, pero este le dice:

—Sube de una en una, no queremos que te caigas y se te escape un tiro.

Baja las revoluciones García y, avergonzado, reduce las ganas de destacar. Siento esa vergüenza desde adentro porque García es mi vehículo del que soy incapaz de tomar

el control. Es casi tan devastadora la vergüenza como la ira, está un peldaño detrás: es el paso previo al desastre. García, que había quitado el seguro del cinturón que aprisiona su arma, vuelve a enjaularla sintiéndose indigno. Afectado, continúa el ascenso. Contempla a Chimbo sacarse la gabardina café y un perfume floral llega a su nariz. Intenta identificar el aroma, pero concluye que debe ser una costosa fragancia europea, imposible de encontrar en las tiendas ecuatorianas. Como si fuera poca cosa, deja colgada la gabardina Chimbo en el pasamano, perfectamente doblada por la mitad, y continúa el ascenso. Ahora tiene García la oportunidad de analizar aquel objeto que es símbolo del detective, quien, por misterioso designio, es el único policía ecuatoriano que no usa uniforme, como si siempre estuviera encubierto. Quizá lo esté, quizá por ello sus superiores no le exigen las mismas reglas que al resto. Para García, y yo me regocijo en su metáfora, podría Chimbo promocionar armas de destrucción masiva que se venderían a granel. Antes de abandonar el descanso que comunica con la segunda planta, toca la gabardina García con la yema de los dedos y le parece la fibra más sedosa que ha sentido jamás, de la que quisiera un pedazo, un diminuto cuadrado de medio centímetro por lado para llevarlo en la billetera, como la fotografía de la mujer que el soldado espera volver a ver después de la guerra. Así sube García, estupefacto, con los ojos anclados en la tela, y si alguien en ese instante le disparara, rodaría él las gradas y moriría por distraerse durante un secuestro, pero moriría feliz, con una enorme sonrisa.

—Vamos —dice Chimbo y su voz es el único elixir capaz de conjurar el embrujo de la gabardina.

Continúa el ascenso el oficial, con los ojos incrustados en la espalda de triángulo invertido de Chimbo, que se prefigura

bajo la camisa blanca y los tirantes de la funda sobaquera. Decidido, adivina el dorso García y piensa en esas estatuas griegas que vio en las láminas escolares de su hijo. Se pregunta si su piel será tan blanca como el mármol. Repara enseguida en la funda sobaquera: al igual que la gabardina, Chimbo debe ser el único policía ecuatoriano que carga así su arma. La compró seguramente en el extranjero, donde todo huele mejor, como su aroma. Se pregunta García si a él le luciría bien la funda sobaquera y se convence de que no. Por eso lo odia un segundo, una fracción de segundo que para mí es la eternidad, si así lo deseo. Amo ese odio porque me consuela. Es el odio un mecanismo de defensa. Debe ser su arma el único objeto opaco capaz de resplandecer dentro de un hotel tan oscuro. Los dedos de Chimbo, de uñas cortadas con talento, abren el seguro de la funda y tocan el mango del arma, acarician lo áspero de tan salvaje instrumento. Se pregunta García cómo Chimbo acariciará a sus mujeres, en plural, porque es imposible creer que un hombre así se entregue solo a una: es su obligación moral darse como Zeus. Escucha García las puertas del ascensor abrirse en la tercera planta, a la que acaba de acceder desde las escaleras. De la habitación 302, sale Don Pedro y les invita a los policías a pasar, diciendo:

—La habitación del secuestro es igual a esta, igualita, y es la que está justo arriba de nosotros.

—Creí que íbamos a entrar a la fuerza —dice García decepcionado, uno de los pesares humanos más burdos porque se deja percibir en el aire—, creía que íbamos a rescatar al cantante nosotros cuatro.

—¿Entrar a la fuerza? Imposible —dice Chimbo observando la disposición dentro de la habitación 302—. Hemos establecido un perímetro, ahora debemos asegurarnos

de que la secuestradora no pueda escapar ni lanzarse por las ventanas.

—No puede, las ventanas no se abren —dice Don Pedro orgulloso de poder dar información que Chimbo no sabía—, claro que podría pegar un balazo a la ventana para que se haga trizas y botar al cantante y luego botarse ella.

—La secuestradora entró en la habitación de forma desconocida, lo digo por eso —dice Chimbo analizando el cielorraso—. ¿Cuántos años tiene este edificio, Don Pedro?

—Treintaiséis cumple en octubre.

—Bien —dice Chimbo con un tono que relaja a los hombres—. Oficial Méndez, llame por radio al oficial Uquillas, pregúntele si ya tiene la información que le pedí, y si la tiene, que suba con cuidado.

En su mente, está ensamblando la escritora Tamia Torres toda su futura obra literaria, que descifrará el universo. Es imposible dilucidar si ella es ficticia o real, pero ¿a alguien le importa eso ahora mismo? Claro que no, porque ha arrojado el detective Carlos Chimbo su arma al suelo, la ha pateado lejos por exigencia de la secuestradora y ha entrado en la habitación 402, con los brazos en perenne crucifixión, y detrás de él se ha cerrado la puerta con un incompatible susurro que sobresalta a los oficiales antimotines que atiborran la cuarta planta, quienes ahora se ven desvalidos, por eso no me adentro en ellos porque no quiero sentirme así, sensación inútil, solitaria. Pero esto que sucede ahora para mí no pasa para los del tiempo lineal: ellos, los oficiales ubicados afuera del hotel, ven entrar al oficial Felipe Uquillas en la recepción como si acabara de cortar la cinta del maratón de su vida, y esa competencia, todos lo saben, es trabajar para Chimbo.

Sube Uquillas los escalones de dos en dos, a veces de tres en tres, con tal empeño que siento su sangre bombear por las venas que sostengo dentro de su carne. Es el vigor de la juventud de los de tiempo lineal una magia que nunca se aprovecha lo suficiente. También saca partido Chimbo de su cuerpo, de su vitalidad de treintatrés años que nunca se secará como árbol viejo, etapa en la que ya no querría amarlo más: cancela la muerte la corrupción del alma. Se levanta muy temprano, sin ojeras ni arrugas en el rostro, su boca no ha babeado sobre la almohada, no hay sopor ni mal aliento, no hay rezagos de pesadillas ni miedo, no existe la muerte. Diez minutos después, ya se ha bañado en las duchas de la Concentración Deportiva de Pichincha y su cuerpo, de golpe, hace contacto con el agua fría de la piscina, donde nada tres kilómetros sin descanso. Relaja los músculos en el hidromasaje, los estira durante unos minutos, y emprende el regreso a casa para desayunar. Mientras camina, se ve su espalda más pronunciada, la hinchazón tonificada del ejercicio diario. Las mujeres de la academia de danza y los músicos del conservatorio, que recién empiezan sus actividades diarias, saborean cada paso del detective, imaginan que se marcha bailando con brío hasta que cruza la avenida Gaspar de Villarroel y se pierde en los olmos de la calle Abascal. Los artistas, preparando sus cuerpos y sus instrumentos, desean que regrese y los deleite de nuevo con ese espíritu escondido que desconocen pero coligen, porque la belleza se asimila no solo con los ojos.

Dueño de su agilidad, entra Uquillas en la habitación 302 y baja las defensas al ver de nuevo a Chimbo, esta vez de espaldas. Admira el detective la vista del occidente de Quito que le brinda el ventanal de la habitación: protege el Guagua Pichincha a las almas de la gente triste que a esa hora regresa

a las oficinas después del almuerzo. Soberbio cae el sol sobre la ciudad, que está hecha de luz. Percibe el oficial Uquillas que Chimbo también debe estar hecho de la misma luz. No quiere interrumpir su propia contemplación, que es el proceso mental de Chimbo, pero se ve obligado a decir:

—Sargento, tengo la información que me pidió.

Sargento: qué extraño es escuchar su verdadero rango en voz alta. Reparar en ello los demás oficiales, saben que Uquillas está en lo correcto, pero no deja de importunarles: llamarlo por su título real es quitarle las alas y humanizarlo con la palabra, y no hay nada más humano que el lenguaje, y eso, que es también inefable, no es compatible con Chimbo, que es el detective de todos, aunque ese rango no exista en Ecuador. Merece él un título irreal y, por tanto, ideal, único. Incluso sus superiores lo ven así y no pueden más que permitirselo todo. Detective: es la fantasía del designio.

—Adelante, oficial Uquillas.

—Se cotejó el rostro de la supuesta secuestradora con los archivos policiales y no hubo coincidencias, así que se trata de una persona sin antecedentes penales. Cuando le pedí el favor a la gente de Sistemas, me dijeron que volviera mañana, pero cuando les dije que era pedido suyo, hicieron ese ratito, aunque ya ve que no hubo suerte, además de que el sistema no da para tanto. Pero sí hay buenas noticias: habría sido muy difícil encontrar la identidad de no ser porque los oficiales Marcos Sánchez y Fedro Mera hallaron el Mazda que usted les mandó a buscar.

—¿Quién es la secuestradora?

—No me quisieron decir, ellos dijeron que querían darle la información a usted mismo y a nadie más.

—Entonces llámelos.

—Deben estar por llegar, los vi corriendo hacia acá.

—Oficial Benítez, llame por radio a uno de los dos y pídale la información.

Después del pedido de Benítez, emite la radio una estática tan fuerte que desorienta a todos en la habitación, excepto a Chimbo. Dice el oficial Fedro que está en la recepción, solo a unos segundos «a pique» por las escaleras. Asombrado, lo ve ingresar Chimbo por el dintel tan pronto como se termina la conversación. Tras él ingresa el oficial Sánchez.

—Oficiales Sánchez y Mera reportándose.

—¿Cuál es la urgencia de tener que darme la información en persona?

—Ninguna, sargento, solo queríamos verlo.

—Adelante.

—Encontramos el Mazda rojo en la calle Quintero, que es la calle oriental del estadio, aquí abajito nomás. Estaba estacionado afuera de la pista de patinaje. No tenía los seguros puestos, así que entramos. Tenía la matrícula en la guantera: el carro está registrado a nombre de la señora Violeta Magdalena Veloz Andrade, de nacionalidad quiteña, nacida en 1989, de treinta años, por lo que todavía debe ser señorita. Sí, es señorita porque cotejamos los datos con los del Registro Civil y no está casada ni tiene hijos. Y antes que me pregunte, sí, ella es la secuestradora: la cara de la señorita Violeta Veloz al salir de Ecuavisa coincide con la foto de su cédula de ciudadanía. Mire.

Le extiende el oficial Fedro la impresión ampliada y a color del documento, con la esperanza de que sus dedos rocen los de Chimbo al tomar el papel. Lo anhelo yo también, pero como me aterra la posibilidad de que sí se concrete tal contacto antes de las duchas o antes del final —aunque sé que no será así—, opto por adentrarme en el oficial Sánchez y desde ahí admiro al detective analizar la

fotografía de Violeta Veloz. Trato de leer sus gestos, que son inmutables y finos, me parece que confirma él la teoría: es una mujer muy atractiva la secuestradora. Al igual que Sánchez, también me intriga la posibilidad de ver a Chimbo interactuando con una criatura que él podría considerar hermosa. ¿Cuál es el proceso evolutivo de la belleza? ¿Puede lo divino enamorarse?

—Buen trabajo, oficial Fedro —dice Chimbo sin dejar de contemplar el rostro de la mujer en la impresión.

—¿Ves? —susurra Fedro Mera a Sánchez—, me trató otra vez por mi nombre.

Ahora lo veo comandar a un equipo de policías tan fornidos como pequeños, de la estatura y apariencia promedio del mestizo ecuatoriano. Cavan con desesperación en la hondonada de un oculto valle nauseabundo, en la zona suroriental del Parque Metropolitano Guangüiltagua. Se dispara a sus espaldas la tierra que los policías extraen del agujero, choca contra los árboles y la basura clandestina, otras partículas golpean el faldón de la gabardina de Chimbo, que arenga a los hombres para que caven más rápido. Esperan encontrar con vida a la niña enterrada por el Desdentado —un asesino en serie que es copia del asesino de los 80—, apresado por el mismo Chimbo aquella mañana, de quien obtuvo la confesión de su último crimen gracias a esa persuasión tan seductora como convincente. Aquel fue su primer caso resuelto cuando lo nombraron oficial de policía de criminalística.

Rostro inmaculado, rizos castaños amontonados arriba y hacia atrás, cuerpo lozano: aun en esa hondonada putrefacta, apostaría que Chimbo huele a bebé, pero ningún policía se

acerca lo suficiente para comprobarlo y yo me quedo con las ganas. Nunca había visto un policía ecuatoriano al que se pudiera llamar efebo mientras cumple con su trabajo, que es cuando el horror deforma el rostro de los héroes, sobre todo en la carrera contrarreloj que implicó cazar al Desdentado, el único criminal que se les escapó al Tieso y la Chorreada antes de jubilarse y retirarse a su casa de campo en Carabuela, en la entrada a Cotacachi.

—¡Alto! —grita el oficial José Duque.

Ha encontrado algo su pala. Caen sobre sus rodillas y, ahora con gentileza, empiezan a sacar tanta tierra como sus manos son capaces de soportar. Carlos Chimbo, que todavía no es detective en el imaginario colectivo, los observa con expectación, nervioso, al menos eso me parece, pero también, al verlo así de concentrado, se me antoja como el hombre que calcula los algoritmos infinitos que unirán al ser humano con su futuro y pasado, el hombre que vencerá al tiempo lineal. No se inmuta, ya no les pide que se apresuren, pero redoblan esfuerzos los policías: en su interior, pueden oírlo arengándolos y eso los motiva porque se sienten usados por él. Y no hay mejor uso para la carne humana que el sometimiento.

—¡Quiten, déjenme a mí! —dice el oficial José Duque y se apartan los demás. Sus manos, que son toscas y sus dedos deformes, han encontrado el cuerpo. Con la mayor delicadeza de la que se sabe capaz, extrae el cuerpo hasta que es posible tomarle los signos vitales. Se santigua el oficial y se retira hacia un lado de la fosa, los demás hacen lo mismo. Se mantiene inmóvil Carlos Chimbo en su posición inicial, admirando el cadáver de la niña de cinco años que corona la escena de terror. Es imposible leer su humor. No puedo, ahora me rehúso en medio de tanta monstruosidad.

También son novatos como Chimbo los tres policías de criminalística, en esta misión tienen el mismo rango, pero lo sienten superior, por eso no permitieron que él cavara: no es digno el detective de la suciedad. Sienten ganas de llorar pero se contienen porque no se conocen bien y porque son hombres. Se aclaran la garganta una, dos, diez veces seguidas, así mantienen a raya el llanto, que se potencia cuando imaginan cuál habría sido la materia favorita de la niña, cuando imaginan sus juguetes favoritos ordenados en fila en su habitación, cuando imaginan los abrazos de sus padres y lo destrozados que estarán cuando les comunique la noticia el jefe de Chimbo.

Entonces ven a Carlos Chimbo arrodillarse sobre la tierra, tocan sus manos la mugre enclaustrada desde que no llueve. Parece que fuera a acariciar a la niña, así lo creen los policías, y saben que si lo hace, resucitará ella. La acaricia Chimbo sin tocarla, los policías leen su intención en la mirada, y yo, que estoy adentro de Duque, quiero desaparecer y diluirme en el llanto, lloro pero nadie me ve, mi receptáculo no me siente, mi breve vasija de barro que abandonaré con la lluvia y la muerte. Ve mi policía a Chimbo que empieza a llorar, los demás también. Se contagian, pero no comprenden, no es compatible ver a ese prodigio llorando por un dolor ajeno, por una herida extranjera. Es un llanto pulcro, relajado, diáfano. Solo así entienden los policías que es correcto llorar, indispensable, y se dejan ir los cuatro hombres como siempre quisieron.

Puedo ver los rostros enfrentados como el cielo y el infierno. El de la pequeña: hinchado, desacralizado, inerte, y el de Chimbo: vivo por las lágrimas, activo, sacro. Ni el horror más bajo es capaz de deformarlo: sé del cadáver de un príncipe domador de caballos que tras ser arrastrado por una

cuadriga, Apolo no permitió que se corrompiera y se mantuvo impoluto. Descinde aquel príncipe en las lágrimas de Chimbo.

Quiero saber si al observar la fotografía de Violeta Veloz siente Chimbo lo mismo o algo similar a la tristeza que le dio la resolución de su primer caso, pero apenas emite reacción. Baja la impresión y dice:

—Don Pedro, si Kaicedo se registró solo en el hotel, ¿tiene idea de cómo logró entrar la supuesta secuestradora?
—Se encoge de hombros Don Pedro. Entiende el policía que ocupo que en realidad Chimbo está reflexionando para sí mismo—. ¿Cómo?

—También es posible que como él es músico —dice el oficial García—, ella se le haya insinuado y hayan venido directo al hotel para hacer sus cosas.

—Pero —dice Sánchez— ¿por qué no subieron juntos como una pareja normal?

—Ahora que lo pone así, Sánchez —dice Chimbo—, que Violeta Veloz no se haya dejado ver, da a entender que lo tenía planeado: no quería que Don Pedro viera su cara. Pero en ese caso, teniendo auto, ¿por qué no fueron directamente a uno de los moteles del norte de Quito? Ahí podrían entrar sin que ninguno tuviera que dar la cara. Quizá Violeta Veloz quería que se la identifique por el auto, no por la cara. ¿Por qué...?

—Quizá, sargento Chimbo —dice Méndez—, usted lo está pensando demasiado, tal vez solo se trata de una secuestradora tonta que no sabe lo que hace, que no sabía lo que hacía hasta que ya se vio encerrada y a solas con Kaicedo, y ahí, toda desesperada y drogada, llamó al 911 a decir lo que dijo y punto. Los drogados hacen esas cosas. Yo creo

que deberíamos subir los arietes, entrar a la fuerza a la 402 y sacarla a patadas, con tiros.

—Y arriesgar la vida del secuestrado... —dice Chimbo y se siente estúpido Méndez, baja su autoestima al subsuelo de sus traumas—. Eso me recuerda, ¿ya llegó el negociador? Necesitamos hablar con ella y saber qué quiere.

Negociador: qué concepto tan exótico para todos. Evoca la palabra en los policías a una película de Hollywood de la que quieren ser partícipes.

—En la jefatura me dijeron que están buscando un negociador, señor Chimbo, sargento —dice Sánchez—. Apenas encuentren uno, nos lo mandan.

—Pero, sargento —dice Fedro con humildad—, usted resolvió el secuestro de la embarazada en Ibarra sin negociador ni francotirador, estoy seguro de que ni hay de esos policías por aquí... Solo digo... capaz usted...

—Entiendo lo que quiere decir, Fedro. Gracias —dice Chimbo y puedo sentir la envidia de Méndez hacia Fedro, a quien ahora poseo—. Sánchez, necesito que me consiga la grabación del 911, lo más pronto posible. Méndez, necesito la dirección de Violeta Veloz.

Cuando salen los policías a cumplir las órdenes, retumba un golpe seco en el cielorraso de la habitación 302, que pone alerta a Chimbo, Don Pedro y los demás policías, que miran hacia arriba.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ya lo mató! —dice Don Pedro.

Me intriga su belleza, por eso me adentro en Violeta Veloz una tarde de verano. Sentada en la sombra de un árbol, con un libro en una mano y un sándwich de queso y jamón en la otra, lee y relee un poema:

Dios mío, si tú hubieras sido hombre,
hoy supieras ser Dios;
pero tú, que siempre estuviste bien,
no sientes nada de tu creación.
Y el hombre sí te sufre: ¡el Dios es él!

Desde sus adentros, siento el placer estético que le regala el poema, pero ni un cuestionamiento sobre la belleza, lo que me desconcierta: ¿A quiénes eligen los bellos? Es su apariencia un desperdicio, pues debería estarla usando para arrebatarse todas las emociones humanas que los demás se niegan a compartir, para arrancar el dolor con el que se ama.

Me adentro esa tarde en los caminantes del parque que pasan cerca de Violeta Veloz para admirarla un rato más. Si lo quisiera, podría ella ser un Carlos Chimbo. Noto que sobrelleva la soledad con cierta altivez y desdén: no posee el semblante divertido de los caminantes, tampoco tiene el gesto amigable de los policías que transitan a esa hora, por la cercanía de la jefatura de Policía de la calle Antonio Flores Jijón, uno de los accesos remotos del Parque Guangüiltagua, el bosque más grande de Quito.

Cuando emprende Violeta Veloz el regreso a casa, una tropa de policías sale de la jefatura y corre parque adentro. Tras ellos aparece un hombre en gabardina que, con paso firme y varonil, pronto alcanza a sus adelantados colegas. Puede más la curiosidad, si lo sabré yo, así que conmigo adentro regresa Violeta Veloz al parque donde lee las tardes. Le cuesta adivinar el camino que tomaron los policías. Falla, se pierde por los senderos más obvios. Tras errar dos veces por las rutas panorámicas, descubre que accedieron por un chaquiñán cubierto de maleza, cuyo hedor aleja a los posibles caminantes. Nada indica que aquella sea una

ruta medianamente caminable, conduce a una hondonada pestilente, sobre la cual atraviesa un largo tubo metálico de un metro de diámetro, por el que el agua del reservorio del parque llega a las casas de esa zona de Quito.

Como siente que está haciendo algo prohibido, pone empeño en pasar desapercibida por esa selva de desperdicio y naturaleza petrificada. Si se está llevando a cabo una operación policial, piensa, pronto encontrará un cerco y oficiales pidiéndole regresar por donde vino. Pero nada de ello sucede. Accede a un desagradable promontorio, desde donde contempla a los policías llorando y al hombre de la gabardina hincado sobre la tierra, también llorando, pero el suyo no es como el de los otros, aquel no es un llanto ordinario. Despide aquel dolor conjuros que cautivan. Desesperan las ganas de consolarlo, desesperan. Nunca antes ha experimentado sensación parecida y, confundida, quiere también caer de rodillas. Es enamorarse de una agresión violenta, de un soplo sin origen. Se sabe atraída por ese sufrimiento fino, una especie de morbo radiante y contradictorio. Es el alma que asciende por un cielo sin turbulencias, el sutil movimiento del cuerpo que desciende de la cruz.

—¿Será que lo mató, sargento? —dice García.

—García, vaya afuera —dice Chimbo—, busque un punto alto, un edificio cercano desde donde se pueda observar la ventana de la habitación 402.

—Va a estar bien difícil —dice Don Pedro—, el hotel está sobre el punto más alto de la avenida de norte a sur, y claro que hay edificios más más altos en la avenida de sur a norte, pero la habitación, como se dará cuenta, mira hacia el occidente,

así que por ahí negado. Además, las ventanas son oscuras: no he tenido tiempo para quitar las láminas polarizadas como pide la ley... y como ni me han venido a reclamar... Quizás sus muchachos tengan más suerte desde algún edificio o casa de la calle Quintero, donde hallaron el carro —Señala Don Pedro puntos de las calles a través del ventanal—, o en la Carlos Arroyo del Río, o en la José Correa hay un poste de telecomunicaciones, sí, ese de ahí, es altísimo.

—Ya oyó al caballero, oficial —dice Carlos Chimbo y sale de prisa el policía de la habitación. Se siente especial el dueño del hotel porque hace mucho que no lo llamaban caballero. Segundos después, mientras observa con atención el cielorraso, continúa Chimbo—: ¿Oye eso, Don Pedro? ¿Lo oye?

—Sí, lo oigo —dice Don Pedro siguiendo con los ojos la posible causa del sonido en el cielorraso.

—Están arrastrando algo desde esta zona —señala Chimbo en el cielorraso la puerta del baño— hasta esta —indica con el índice la puerta principal de la habitación.

—Creo que entonces sí lo mató —dice Don Pedro.

—No tiene sentido que arrastre el cuerpo hacia la puerta cuando lo normal sería que tratase de ocultarlo —dice el detective, que sigue recreando con las manos el trayecto fantasma—. Dígame, Don Pedro, esta cómoda junto al baño, ¿también hay una en la habitación de arriba?

—En todas las habitaciones hay una. Cinco gavetas de puro roble. Pesadísima.

—Entonces creo que nuestra querida Violeta se está amurallando.

Siente Chimbo la vibración en el bolsillo del pantalón y recuerda que dejó la gabardina en el pasamano, antes de entrar en la habitación. Cuando alcanza el celular, descubre

que algún policía se la trajo y la colocó, doblada por la mitad, en la cama, con tal delicadeza que parece un bebé durmiendo. Lo ve contestar Don Pedro el aparato con tal resolución que para él Chimbo no es un mestizo, pues no se le nota lo aindiado como a la mayoría de gente del país, sino un hombre de clase porque es latente que tiene más genes extranjeros, no como la mayoría de sus clientes o todos los policías que están dentro y fuera del hotel en ese momento. Lo sabe propio de una casta superior a la del común de los ecuatorianos, de la que él se cree parte, a la que le habría encantado entregar a su hija cuando se casó hace diez años, pero no, se unió ella a un indio. Se convierte la admiración, por un instante, en una suerte de envidia racial del viejo en el que me he atrincherado. Me sube esa envidia como un calor corrupto, que es habitual para mí. Vuelve el hombre a admirar cómo realiza una acción tan trivial con semejante entereza: contesta el celular el detective Chimbo, es el oficial Sánchez que le dice que el 911 le va a pasar la grabación de la llamada, le ayudaron rapidísimo porque conocen al detective. Tras unos segundos de espera, se reproduce el audio: es la voz de una mujer afónica que, a todas luces, trata de mantener la compostura:

—Mi nombre es Violeta Veloz. Tengo una Glock 17 semiautomática, totalmente cargada, y estoy apuntando a la cabeza de Kléver Kaicedo, si se mueve, le disparo. Está amarrado. Lo secuestré hace unas horas afuera de Ecuavisa. Va a estar conmigo lo que sea necesario...

—Señorita Veloz, no haga nada precipitado. ¿Dónde está?
—dice la voz temblorosa de la operadora.

—Estoy en la habitación 402 del Hotel Don Pedro, en la avenida Eloy Alfaro y Correa, esquina. Aquí voy a estar hasta que sea necesario.

—Cálmese, señorita. ¿Qué es lo que desea?

—Deseo precisamente lo que debe pasar: que Chimbo resuelva el caso.

Y la llamada se termina.

Regresa al hogar un hombre cargando la caja de cartón que contiene los ejemplares que le corresponden de la novela que una editorial novata acaba de publicarle. No le cabe la alegría en el pecho. Se apura a abrir la caja y adentro encuentra las portadas que se repiten como un eco, los colores brillantes, las letras de molde del título y su nombre. Saca un ejemplar, lo abre, huele sus hojas, pero a quién le importa todo esto cuando tiembla el oficial García en una esquina de la habitación 402, en perpetuo fervor: ve la sangre de Carlos Chimbo estropeando la camisa inmaculada, el cuerpo sin equilibrio, vencido por las potencias que nunca sospechó que lograrían cercarlo. Repta mi deseo en esa habitación oscura.

Amo repasar la caída dentro de la pasión de Chimbo, siempre la estoy evocando, vivo en ella, es el culmen de un apetito erigido durante toda la historia. No existe este pasaje aún para los de tiempo lineal, existirá, claro, pero por el momento Chimbo, altivo, ensimismado, termina la llamada de celular. De la misma forma colgó un día en la jefatura de Policía, hace unos años, que son ayer y son hoy. Le informaron que fue ascendido a sargento de Policía. Su superior, el suboficial Andrés Collahuaso, se excusó por darle la noticia por teléfono, pero como estaba de viaje no quiso esperar a que Chimbo tuviera su merecida recompensa.

Los colegas de la jefatura, donde pasan poco tiempo, lo necesario para hacer reportes, imprimirlos y entregarlos,

estaban al tanto de que Collahuaso lo llamaría para darle la noticia, ellos comprendían la urgencia de que Chimbo ocupara pronto su merecido lugar en el reino policial, en todos los reinos. Solo lamentaban que no existiera el cargo de detective en Ecuador, que era realmente el que se merecía, pues así lo inasible alcanza su apogeo, no obstante, si lo hubiera, tendrían que usar otro o inventar uno exclusivo para que él adquiriera un rango adecuado en ese mundo que no se lo merece. Sospechaban los colegas este fenómeno, pero nunca conversaron sobre ello. Tendrán que morderse muchas veces la lengua para no decirle detective en lugar de sargento.

Examinan los colegas el cuerpo de Chimbo, con los codos sobre el escritorio, con el auricular en la oreja, hablando con Collahuaso. Estudian la tensión de los tirantes cruzados de la funda sobaquera marcándole la espalda bajo la camisa inmaculada. Aceptan gustosos que él sea el único policía sin uniforme reglamentario: la diferenciación es lo más racional en un hombre como él. Lo mismo les acontece a sus superiores que ni durante las inspecciones sorpresa a la jefatura se atreven a recriminarle la falta de uniforme, tienen la intención, sí, pero al acercársele sus profundos ojos de capulí se clavan en los suyos y se desarman, y una profunda sensación de bienestar les invade mientras se retiran con el retrato de su trasparente sonrisa grabada en la memoria.

Continúan examinando los colegas al esbelto Chimbo mientras habla con Collahuaso, cuyo tono, que sobrepasa el auricular, lo notan, lucha por sonar complaciente y saben que es una impostura: no puede tener el suboficial otra entonación más que la de un policía vulgar, como la de ellos, lo reconocen. En cambio, escucha Chimbo con atención y luego, con voz espigada, dice *no lo defraudaré, gracias por*

confiar en mí, suboficial Collahuaso, y el apellido tiene en la voz del detective la vibración de un pergamino desintegrado por el viento.

Al colgar el auricular, se abalanzan a él los colegas, pero ninguno lo abraza, nadie se atreve, aquello sería sacrilegio, se contienen y lo felicitan de mano. Estoy dentro de uno de ellos, el oficial José Duque, que está cuarto en la fila para felicitarlo —el oficial que con pala en mano dio con la niña enterrada en el primer caso de Chimbo—, pero me salgo de él, espantado por la posibilidad de tocarlo. Me conformo con poseer a todos y cada uno en esa jefatura y abandonarlos antes del roce de la piel, así me mira directo una y otra vez, con su sonrisa que no ha cambiado desde que era un bebé sonrosado.

Reconoce Don Pedro, para sus adentros, que de joven hubiese querido tener el talante de Carlos Chimbo, pero se esfuma el deseo cuando suena el teléfono de la habitación 302, sobre la mesa de noche. Se miran intrigados los dos hombres. Le consuela saber que el detective tampoco sabe quién es, por lo que deduzco que Don Pedro, inconscientemente, le ha atribuido al hombre dotes de adivinación.

—Es posible que lo estén buscando —dice Chimbo.

—Ni idea.

—Conteste.

Levanta Don Pedro el auricular y dice *aló*. Encuentran sus ojos de búho los de Chimbo y, mientras le entrega el aparato, dice:

—Es para usted.

Da dos pasos Chimbo, toma el teléfono y dice:

—Soy el sargento Carlos Chimbo del Comando Provincial de Pichincha número uno. ¿Con quién hablo?

—Sargento Chimbo —dice la voz tan aterrada que cuesta creer que sale de una garganta masculina—, soy yo, soy Kléver Kaicedo, el cantante secuestrado—. Serpentea la voz sin aviso entre lo masculino y femenino, como víboras que al acurrucarse en el nido se confunden hasta ser una sola identidad indistinguible. Sabe Chimbo que los que temen modulan la voz sin darse cuenta. Es el horror un poderoso motivador. Además, estuvo cantando el sujeto pocas horas antes, en el canal de televisión—. Estoy aquí, arriba de usted. Mi captora dice que no intente nada brusco porque me dispara, luego dispara a todo el que se asome y después se dispara ella. Me pide que le pregunte si entendió.

—Nadie va a intentar nada —dice Chimbo pensando, por la fluidez de sus palabras, en que está leyendo Kaicedo un discurso preparado *a priori* por Violeta Veloz. En realidad, eso es lo que creo que piensa—. Dime, Kaicedo, Kléver, ¿te puedo llamar Kléver?, ¿estás herido? ¿Estás amordazado? ¿Cuál es tu situación?

Se crea un silencio que a Chimbo le confirma la teoría de que le estaban obligando a hablar, lo que quiere decir que Kaicedo podría estar mintiendo. Escucha su respiración profunda, su indecisión.

—Estoy un poco golpeado, estoy amarrado, no me puedo mover... pero estoy bien, o sea, estoy mal pero no herido de muerte, aunque por dentro me duele todo, siempre me ha dolido...

¿Siempre me ha dolido? ¿En realidad dijo eso? Creo que estas son las preguntas que se hace Chimbo, cuyo semblante cambia: no esperaba oír esa confesión, por eso, dentro de Don Pedro, puedo regodearme en la sensación de triunfo y éxtasis que me provoca verlo, por una vez, desconcertado. Se concentran todas las aristas del hombre formidable en ese

punto y, aun así, no puede obtener una respuesta en firme. Duda y quiero creer que transpira, pero no puede Don Pedro detectar ninguna gota cayendo de su frente, así que ese, para mí, es un triunfo mediocre.

—¿A qué te refieres, Kléver, con eso de que siempre te ha dolido?

—Es que ella me está dejando tomar, menos mal.

—¿Estás bebiendo alcohol ahora mismo, Kléver?

—Sí, caña manabita, así me puedo bajar tanto maltrato con un traguito —dice Kléver y cree escuchar Chimbo al aguardiente bajando por la garganta. Asume que su extraño tono de voz, además, se debe a la borrachera. Kaicedo continúa—: Chimbo, su voz me tranquiliza, ¿sabe?, lo oí decir un par de cosas y ya me siento mejor, con menos miedo.

—Kléver, ¿puedes pasarle el teléfono a la secuestradora? Quiero conversar con ella.

Se produce un silencio en el que, presume Chimbo, recibe instrucciones Kaicedo.

—Dice que le volverá a llamar.

Se corta la comunicación y devuelve Chimbo el auricular a la base.

Asoma el oficial Uquillas en la habitación y le entrega un aparato de radio. Le dice:

—Es para comunicarnos, sargento, ya está en la frecuencia de este caso. Abajo está el suboficial Collahuaso, quiere hablar con usted. Parece molesto.

—Vamos —dice Chimbo y en esas cinco letras halla Don Pedro una invitación exclusiva, así que se apura a seguir el paso de los dos policías.

Afuera del hotel, sobre el parqueadero que antecede a la recepción, junto a una fuente artificial y un árbol, da indicaciones el suboficial Andrés Collahuaso a los oficiales antimotines que le rodean, señalando puntos imprecisos del aire quiteño. Ha cambiado la situación en la calle desde que Carlos Chimbo ingresó en el edificio: si bien no hay flujo de vehículos por las barras de contención que cercan el perímetro, se ha agolpado la gente junto a estas para curiosarse y cuchichear que los tiempos de antes eran mejores, una de las quejas más idiosincráticas de la moral creada por el tiempo lineal. En los edificios y casas colindantes, también se asoma la gente a las ventanas para ver a los policías abrir paso a la ambulancia, que se estaciona cerca de donde da las instrucciones Collahuaso. Se estaciona un camión de bomberos en plena avenida, en contravía, cerca de la entrada del hotel. Al otro lado de las barras, destacan furgonetas de medios de comunicación con cámaras y transmisiones en vivo. Los curiosos que tienen vista directa a la entrada del hotel y que creían que Collahuaso estaba a cargo entienden lo equivocados que estaban cuando ven salir al hombre alto y de tez blanquecina, pantalón de lino y zapatos deportivos brillantes, con tirantes cruzados en la espalda, sobre la camisa del color de las nubes.

—Suboficial Collahuaso —dice Chimbo—, qué bueno que vino. Le voy a poner al tanto de la situación.

—No se preocupe, sargento, ya me han puesto al tanto. Vengo a informarle que el alcalde y la capitana de Policía Delgado —dice Collahuaso sintiéndose indigno— me han pedido que yo me encargue personalmente de este caso, que lo lleve de aquí en adelante, porque poquísimas veces se ha visto un caso de estos en Quito, y como ya tiene toda la atención pública, no quieren que nada salga mal.

—Entiendo perfectamente, suboficial —dice Chimbo sin inmutarse—. Entonces le conviene escucharme sobre los últimos acontecimientos...

A Don Pedro, que llega al parqueadero cuando los hombres empiezan a hablar, le cuesta creer que un enano aindiado como Collahuaso sea el jefe de Chimbo: en qué mundo retorcido tal cosa es posible. Siente una antipatía mortal hacia él, que se fortalece cuando escucha que lo está relevando del mando. ¿Acaso cuestionaron los poderosos romanos la autoridad de Julio César cuando, nombrado dictador, arremetía contra los enemigos del imperio? Siento la indignación de Don Pedro, que es una rabia hirviente que se calma cuando me adentro en el suboficial: ahí, en cambio, yace el bochorno de saberse superior jerárquicamente, pero inferior moralmente. Nunca tendrán sus brazos regordetes la gala ardorosa de los músculos alados de Chimbo, ni en sus planes más alocados podría imaginar estrategias que sacaran de un aprieto a nadie, al contrario, sus ideas solo han servido para solapar a sus superiores, embadurnarlos de cumplidos, sin importar quién resulte afectado en el proceso. Debería Chimbo ser el suboficial, debería ser el rey de reyes, y Collahuaso el que le limpie el calzado todos los días, muy por la mañana. Pero entonces siento lástima por Collahuaso, cuyo ego se va haciendo más y más pequeño a medida que trato de entenderlo, lo hago y me duele, no por empatía sino por caridad. Escuece su depresión, la desconfianza en sí mismo. Me consume este individuo: los que aman se subyugan ante el amado como Collahuaso tiembla ante Chimbo. Creo adivinar que jamás se ha sentido así el detective. Por eso es Collahuaso un adulator, así oculta sus falencias. Soy incapaz de obligarle a retirarse del caso, no puedo, pero no permitiré que se repliegue Chimbo o, peor

aún, se retire. Siempre me angustio en este punto, como si no viniera del final y no lo supiera todo. Estoy aquí por ti, no puedes irte aún: sé que mi pesadumbre se extinguirá cuando Collahuaso, avergonzado, diga en voz alta:

—Sabe qué, sargento Chimbo, olvídelo: usted es el hombre para este caso, lo va a hacer mejor que yo. Eso lo sé yo y lo saben todos aquí. Déjeme, yo voy a tratar en persona con la capitana Delgado y, si me atiende, con el alcalde.

Veo entrar al suboficial Collahuaso en la oficina de la capitana de la Policía Karen Delgado. Cuando cierra la puerta, se atenúan los últimos rayos de sol sobre la madera y el suelo alfombrado. Al mismo tiempo, a varios kilómetros de ahí, veo a Chimbo meditar la situación, tras colgar el auricular otra vez, en la habitación 302. Por un segundo parece que va a enloquecer, y es comprensible: acaba de ser secuestrado el oficial García. Quién sabe lo que le pasa a él y a Kaicedo dentro de la 402. Piensa Chimbo que está solo a un cielorraso de agarrar a la secuestradora por el pescuezo. Siente una ira arrebatadora, así me parece, se jura que si no los saca de ahí con vida, hará volar en mil pedazos el hotel, así me parece. Quiero creerlo.

Saluda Collahuaso a la capitana, que siempre le ha parecido la negra más hermosa del mundo: es alta, piernas largas, delgada su cintura y a la vez contundente. Además, es joven, la primera mujer capitana de la Policía de Quito: acaba de cumplir cuarentaiún años. Nadie apostaría que tiene cuatro hijos, fruto de su matrimonio con un blanco francés. Sabe Collahuaso que estaría mejor con Carlos Chimbo. Cualquiera estaría mejor con él en cualquier circunstancia, por eso lo dejó a cargo del secuestro. Delgado, con la seriedad de una

mujer con poder en un mundo de hombres, le pide que se siente. Quedan enfrentados con el pesado escritorio de caoba en medio de los dos. Sabe Collahuaso por qué está ahí, por eso tiene la mirada perdida en el suelo.

—Explíqueme, suboficial, por qué no está usted comandando el secuestro. El alcalde quiere una respuesta.

—Capitana, estoy consciente de la desobediencia, pero quiero que sepa que ahora mismo el sargento Carlos Chimbo es el mejor hombre para resolver la situación.

—El famoso *detective* Carlos Chimbo dice usted, suboficial. ¿Y esto quizá no tiene que ver con que si él falla, usted sale librado? Me suena a Poncio Pilato. Este caso ya se salió de las manos, ya es el tipo de caso que hunde al fracasado o enaltece al triunfador —dice la capitana señalando una televisión que está atrás de él, en silencio, que transmite en vivo una panorámica de la gente rodeando el perímetro del hotel, con los oficiales antimotines en guardia—. ¿Está consciente de eso, suboficial Collahuaso?

—Estoy seguro de que Chimbo resolverá el caso, capitana.

—Déjeme ver —dice la capitana abriendo el tercer cajón de su escritorio, del que saca una carpeta que contiene el expediente de Carlos Chimbo. Lo abre, pasa las páginas saboreando el contenido. Supone Collahuaso que ella ya sabía que Chimbo estaba al mando, de ahí que se apresurara a tener lista la carpeta para poder refutarlo con pruebas, pero lo que no recuerda Collahuaso es que Delgado ya conocía a Chimbo, y como estoy adentro de ella, sé que piensa en él cuando hace el amor con el francés. Lee Delgado en voz alta—: Psicólogo de la república del Ecuador y graduado como el mejor de su generación de la escuela de Policía, empático, de ahí su talento para los perfiles criminales, excelente puntería con armas de bajo calibre, habilidad para el combate desnudo

y con arma blanca... —Continúa leyendo en voz alta, pero ni ella ni yo podemos oír su voz porque sobre esta, como salmones sobre la corriente, se resbala el recuerdo de la mañana de invierno en la que asistió en persona a pasar revista en la jefatura de Collahuaso. Llevaba sobre el uniforme de capitana un pesado abrigo negro que combinaba con su piel adusta. Luego de las órdenes vociferadas del suboficial al pelotón, inmóviles, en descanso y con la vista al frente, percibieron los policías el aroma de la capitana que caminaba analizando a cada uno, tomándose su tiempo en descubrir los secretos que guardaban. Eran incapaces de resistir el escrutinio, así que para alivianar la tensión se aclaraban la garganta o hacían muecas involuntarias. Solo uno resistió el análisis, precisamente el que no tenía el uniforme completo. Entendió entonces la capitana Delgado el significado de la palabra *efebo*: ahí estaba él, de rostro alargado e intachable, mandíbula cuadrada de barba recién afeitada, rizos castaños arremolinados sobre la cabeza, cuello vigoroso y tronco imponente. Ante el escrutinio, sonrió Chimbo amablemente, sin verla, y ella comprobó que sus dientes eran perfectos. Olía a rosas, a bosque después de la lluvia, cuando el sol evapora el agua y los bálsamos ascienden y predominan sobre la vegetación. Emanaba la ternura de un querubín, pero también la brutalidad del último león que busca reproducirse para impedir que se extinga su especie. Una mezcla anómala de amor contemplativo y ganas de poseerlo por la fuerza, el despertar de los órganos de una mujer hasta ahora dormidos, remolino del cuerpo y del alma que escapan para no pensar. Ante el hombre, no sabía Delgado si rendirle culto o arrancarle el corazón con la boca y comérselo. Confundida, con la voz temblorosa, solo atinó a decir:

—Y usted es...

—Oficial Carlos Chimbo, capitana —dijo y clavó sus ojos en los de ella.

—¿Por qué está incompleto su uniforme? —dijo la capitana Delgado y prontamente se desinteresó de la respuesta, abandonó al excepcional individuo sin dejarlo hablar y continuó el escrutinio, sabiéndose incapaz de resistir unos segundos más. Yo también me alegro de que se alejara, también me es difícil soportarlo. Desde ese día, la capitana mantiene cerca el expediente de Chimbo, el vademécum del deseo. Esa es la razón y no otra.

—Confío en su criterio —dice la capitana Delgado cerrando la carpeta—. Como usted, creo que Chimbo resolverá el caso. Ya hablaré de esto con el alcalde cuando me pida un avance en media hora. Pero si él falla, usted entiende que lo entregó a los judíos para salvar a Barrabás, ¿no?

—Sí... Gracias, capitana —dice Collahuaso cuando se esfuman los últimos atisbos de sol. Pasan las siete de la noche en la mitad del mundo. Pero el sol aparece de nuevo ante mí, está aquí, nunca se fue, lo ilumina todo cuando dice Collahuaso—: Sabe qué, sargento Chimbo, olvídelo: usted es el hombre para este caso, lo va a hacer mejor que yo. Eso lo sé yo y lo saben todos aquí. Déjeme, yo voy a tratar en persona con la capitana Delgado y, si me atiende, con el alcalde.

En la piel del rostro se fijó concretamente la primera vez que el oficial José Duque vio a Carlos Chimbo. No podía demostrarlo, quién podría, pero estaba convencido de que jamás le había brotado acné ni otro tipo de protuberancia. Entré en Duque para confirmar esa intriga, que es la misma que acarreo durante la eternidad que contemplo a Chimbo:

en efecto, es su piel incompatible con la impureza. Es la impresión que transmite su epidermis: el agua en calma de un lago en las montañas, una región jamás pisada de la Antártica, una mariquita que observa, desde la esquina de la habitación, a un hombre y una mujer haciendo el amor. Siento el deseo de Duque: quiere tomar un cuchillo y rajarle suavemente la mejilla para comprobar la sacralidad de la piel y averiguar si un ser así, incapaz de supurar, está hecho de carne y sangre.

Ambos son novatos en la escuela de Policía aguardando instrucciones, ese sería el pretexto perfecto para hablarle, pero se siente indigno Duque: sacarlo de su concentración sería pecado. No quiere perturbar ese mundo en el que analiza conceptos inefables que nadie de la tropa, está seguro, entendería. Pero necesita que le hable, que le explique las ideas que jamás comprenderá, solo desea oír la mansa voz de sus razonamientos.

Está de suerte Duque: el instructor de Educación Física, que tampoco quiere extenuar a Chimbo, los empareja para que formen barricadas y establezcan un perímetro, una de las actividades de primer año en la escuela. Calificará el instructor el ingenio para construirlas con objetos improvisados, además, aprovechará la actividad para que los alumnos usen los implementos del gimnasio y así, al devolverlos a su lugar, limpien y ordenen. No quiere el instructor que Carlos Chimbo se ensucie pero, al mismo tiempo, solo así podrá apreciar de nuevo su vitalidad. Minutos después, están Chimbo y Duque cargando colchonetas, inventan formas para mantenerlas verticales, las apostan en un perímetro fantástico, crean una manera de mantener segura a la gente invisible.

Les da el instructor la mayor calificación del grupo porque Chimbo, en efecto, es fuerte, podría él reorganizar el

gimnasio en minutos sin la ayuda de nadie. No escucha Duque la calificación porque está repasando los momentos del trabajo en equipo, en los que yo he abandonado su cuerpo por miedo a rozar la piel de Chimbo. Pero en mí siguen los espasmos, también en los músculos de Duque, quien se tropieza dos veces al regresar al aula, al lado de Chimbo, en silencio. Quiere hablar pero teme alterar su concentración. Antes de despedirse, Chimbo le dice:

—Buen trabajo el de hoy.

Al trote se aleja por el pasillo de la escuela, sube las gradas con la clase de vigorosidad que primero causa admiración y después envidia. Quiere agradecerle, siempre querrá, por eso llorará Duque cuando desentierre a la niña en el último caso del Desdentado: se dejará ir no por la muerte de la pequeña inocente, sino porque le parecerá sensato y natural emular a quien se desea poseer.

Aunque lleva ya varios años en el poder, todavía se pone nervioso el presidente cuando se dirige a la nación. Mientras ultima el discurso que leerá en vivo, siente desvanecerse su cuerpo. Le acercan una silla y alguien le da agua. Está a punto de denunciar al Gobierno anterior por crímenes de lesa humanidad, lo que desatará una guerra, pero a quién le importa eso cuando el detective Carlos Chimbo, en la oscuridad de la habitación 402, ve finalmente a la secuestradora, frente a frente. Me fulmina con la vista, siento que me va a desenmascarar, a desnudar, y quiero irme pero no puedo, no debo. Falta poco. Ahí es de noche y también es de tarde aquí, hay luz solar, hay demasiada luz en esta ciudad vecina del sol cuando se despide el detective del suboficial Collahuaso, que sale de la escena en un todoterreno, al tiempo que ingresa un

autobús de la Policía en contravía por la avenida Eloy Alfaro y se estaciona atrás del camión de bomberos. De él bajan diez efectivos con chalecos antibalas, uno de ellos va vestido con traje especial y carga una alargada maleta negra, también va un hombre que es su superior, vestido de civil excepto por el chaleco.

No tiene tiempo Chimbo de darles la bienvenida, así que llama al oficial Fedro Mera y le pide que les ponga al tanto de la situación que... no puede continuar con la explicación porque está sonando el teléfono de la recepción del hotel. Contesta Don Pedro y aguarda Chimbo expectante la respuesta. Es ella. Entra Chimbo en el edificio de paredes beis y ventanas negras, se acerca Fedro a sus colegas y les pide ayuda para que contengan a los curiosos y sobre todo a los medios de comunicación, que se han multiplicado en los últimos minutos y tienden a irrespetar los límites.

—Chimbo aquí.

Chimbo aquí: ¿quién responde de esa forma?, piensa la voz intoxicada.

—Hola, detective —dice.

—¿Detective?

—¿No es usted un detective? —dice la voz ajada que escapa de un túnel que se derrumba—. Creí que lo era. Es lo que me dice que le diga...

Ha detectado algo Chimbo: una pista invisible que le vuela frente a los ojos como una fina burbuja, quiere asirla pero debe continuar con la negociación.

—Kléver, quiero que le pregunte qué es lo que desea, cómo podemos ayudarla a salir de esta situación, queremos que ella y usted regresen a casa, sanos y salvos.

Emana confianza su voz. La secuestradora, que lo oye todo, siente las ansias de creer en él: si dice él que irá a casa

sana y salva, debe ser cierto, pero al mismo tiempo le invade la zozobra de luchar contra sus deseos inmediatos para no rendirse ante el detective y entregársele frente a todos, para que la someta con la violencia que se merece. Batalla contra el acogedor timbre de voz.

—Chimbo, ella dice que muy pronto le dirá lo que quiere, pero antes... ¿qué?... okey... Antes debemos esperar que anochezca más. Son las tres de la tarde, las cinco, creo... Más tarde... Usted debe asegurarle que no van a hacer nada estúpido como meterse al cuarto a la fuerza o disparar por la ventana. Si hacen eso me va a matar.

—Tiene mi palabra, nadie intentará nada —dice Chimbo y le cree la voz: no existe forma de no hacerlo.

Se corta la comunicación y le devuelve Chimbo el auricular a Don Pedro, que lo mira expectante, lo agarra y percibe el calor que Chimbo ha transmitido al aparato. Justo cuando se siente afortunado por su posición en el secuestro, dice Chimbo:

—Don Pedro, gracias por su ayuda, pero es momento, por su seguridad, de que se ponga del otro lado de la barrera de contención. La secuestradora ya sabe cómo contactarme. Quédese cerca en caso de que lo necesitemos.

Se agita la radio en el cinturón de Carlos Chimbo:

—Sargento Chimbo, aquí el oficial Méndez —dice la radio mientras un oficial escolta a Don Pedro a la zona segura: se marcha admirando al detective hasta el último momento, quisiera despedirse con un abrazo, como el que le dio a su nieto la última vez.

—Aquí Chimbo. Responda, Méndez.

—Sargento, tengo la información que me pidió. El Mazda

de Violeta Veloz tenía un carné de la Cruz Roja, tiene sangre A positivo...

—¿Qué secuestrador tiene un carné de donante?

—No sé, sargento, pero el carné tenía anotadas las claves de, supongo, las tarjetas para el cajero, las claves del email y una dirección.

—¿Una mujer olvidadiza? —dice Chimbo y siente Méndez la felicidad de ser el único mortal al que, en ese instante exacto de la historia del universo, le dirige toda su atención, yo escucho su voz filtrada por ese horrible aparato que todo lo deforma excepto la voz de Chimbo—. Generalmente los secuestradores son gente planificadora, que no olvida... Estoy pensando para mí. En fin, continúe, Méndez.

—Fui a la dirección, sargento, es una casa con un departamentito de un cuarto. La casera, que es una vieja gruñona, dijo que ahí vive la susodicha, no le dije que ella tiene secuestrado al cantante. Cuando le pedí que me dejara pasar para examinar, me dijo que me fuera al Cairo, le dije que regresaría con una orden para entrar al departamento y ella me dijo que fuera a buscar la orden al fondo de la laguna de Yambo, cosa que no entendí.

—Méndez, ¿usted le pidió que le dejara examinar la propiedad sin antes explicarle la razón?

—Así es, sargento.

—Mal hecho —dice Chimbo y recuerda Méndez el primer rechazo de una mujer, en su adolescencia.

—Perdón, mi sargento... Creo que creí que podría sacar alguna información buena para usted... —dice Méndez y calla por unos segundos, cabizbajo, y su voz achicopalada, de repente, creyendo que está a punto de ganarse de nuevo el favor del preferido, toma un nuevo impulso y agrega—: Pero

podríamos entrar a la casa a la fuerza, solo venga con unos antimotines con arietes y listo, no está lejos.

—Méndez, basta con eso —dice Chimbo—. La casa está cerca: ¿dónde?

—Gonzalo Noriega y Portete, yo estoy aquí afuera.

—¿Gonzalo Noriega y Portete? ¡Eso es a unas calles desde el hotel! —dice Chimbo.

—Aquí estoy. ¿Va a venir?

—Sí, allá voy, no me tomará nada llegar.

—Aquí lo espero, sargento... Y disculpe por trabajar así... no sé.

—Méndez, cuando se acabe este caso, vaya e investigue un poco de historia: busque el significado y entienda por qué la mujer le mandó a la laguna de Yambo.

—Así haré, sargento. Aquí lo espero —dice Méndez sentándose en la acera, deja la radio entre sus piernas, absorbe para siempre el guante negro de su uniforme una lágrima que nadie ve. Abandono sus adentros porque el rechazo es un ministerio infecto.

Me adentro en el oficial Tadeo Quishpe, recién llegado a la escena, y veo salir al detective Carlos Chimbo del edificio. Se mueve su cabeza de un lado a otro. Nos armamos de valor, hacemos una inspiración profunda para calmar los nervios y preguntamos:

—¿Lo ayudo en algo, sargento? —dice Quishpe y quiero abandonar este cuerpo que no soporta la tensión de verse al lado del Apolo de imposible factura. No me gusta la sensación de sus piernas a punto de venirse abajo, quiero marcharme, pero pronto suena su voz como un conjuro que me redobla las ganas de seguir existiendo.

—Necesito un vehículo para ir a la calle Portete, que está acá, a una cuadra larga, pasando el Colegio 24 de Mayo —dice Chimbo señalando el muro lleno de grafitis infantiles que está al frente del hotel.

—Déjeme le consigo uno este mismo ratito...

Reflexiona Chimbo en silencio unos segundos y dice:

—Déjalo, me voy corriendo. Queda a cargo, Quishpe.

Y vemos los músculos del hombre contraerse, tensionarse como un robusto resorte que pone en funcionamiento la máquina que bombea lava en los volcanes. Toman posición sus brazos, se inclina su espalda hacia adelante y apunta la corbata de líneas rojas y blancas al centro exacto de la Tierra. Nos deja, me abandona a la velocidad del mejor deportista de su generación. Se dirige al norte por la avenida. Pronto llega a la barrera, donde se hace a un lado la gente como si se tratara de un león que acaba de escapar del zoológico, pero por el cual quisieran lentamente ser devorados, quisieran que él saboreara cada bocado de esa carne impura. No se preocupan de la gente los policías que vigilan las barras de contención, pues le dan el espacio que se merece, y advierten a los periodistas que no dará declaraciones el detective.

—¡Nadie toca al sargento, carajo! —grita un policía y se diluye su voluntad en el arrobamiento de las personas.

Nadie lo toca, por supuesto, ni siquiera los periodistas que le lanzan preguntas en el fugaz segundo en el que pasa a su lado. Velocísima saeta andina. Intentan seguirlo pero no son rivales para la ligereza de sus pies mercuriales. Alcanza el hombre fantástico la calle Portete en un parpadeo y ellos se sienten abandonados pero, como consuelo, les queda la estela del perfume que trata de alcanzar a su dueño. Bordea Chimbo el colegio, desciende entre las casas residenciales que conoce bien, ve de soslayo un inmenso

naranjo que sobrepasa una casa y continúa calle abajo. Desean los conductores parar para regocijarse viendo la reencarnación del chasqui más perfecto que existió jamás. Se detiene en la esquina donde una madre consuela a su hija en brazos, que no para de llorar. Le sonrío Chimbo y cesan las lágrimas. Dobla en la calle y ve a Méndez sentado en la acera, mordiendo un pan y sosteniendo una Coca Cola, que se apresura a esconder, y se pone en posición de firmes. Con Chimbo al frente, que no suda ni jadea, se siente incapaz de verlo directo a los ojos porque le intimida. Desde la esquina, los observan con atención la mujer y su hija.

—Pensé en comer algo hasta que usted venga, sargento... No he almorzado.

—Yo tampoco he comido —dice Chimbo—. Méndez, indíqueme la casa de Violeta Veloz y siga comiendo.

Días después —que son hoy— del llanto de los cuatro hombres rodeando el cadáver de la niña enterrada, se afana Violeta Veloz en ir a leer al Parque Guanguiltagua, siempre pasando por la jefatura que está en la entrada la suroriental, que es poco frecuentada. Tiene la corazonada de que ahí trabaja el recio hombre que comandaba al equipo de cavadores. Por ello no se adentra en el parque, sino que lee en la entrada de la calle Flores Jijón, aun cuando el agua empozada de la lluvia, tras el súbito sol quiteño, pudre los olores en el sector. No supone que trabaja él ahí porque lo vio salir aquel día, sino porque los hedores del lugar se apaciguan más rápido que en otras zonas del parque, para lo cual no encuentra otra explicación racional. Tiene él que ser el obrador de milagros quien, cosa rara, no resucitó a la niña enterrada, como era lo más lógico.

Descubre Violeta Veloz que está en lo correcto porque, al otro lado del libro con el que escuda su rostro, ve al ser cuyo nombre desconoce pero que al pronunciarse, está segura, conjura divinidades antiguas, benevolentes. Lo sigue porque adentro por los senderos marcados, a unos quince metros, distancia suficiente para que no pueda reconocer su rostro en caso de voltearse. Procura que no hagan ruido sus zapatos sobre la tierra, finge admirar el paisaje que es genuinamente hermoso, pero que no demanda más interés que el hombre que acaba de pisar un charco: camina sobre el agua con soltura y sale incólume, no se ha ensuciado ni hundido ni un solo milímetro.

Cuando llega al charco, halla Violeta Veloz el agua aún agitada, sin tocarla sabe que está tibia. Reanuda el camino con la espalda de él como norte. Siente que el bosque es una inteligencia verde, una sensación apacible, y como ella, es femenino el bosque y también sigue al hombre de cerca y le abre camino. Rielan las ramas y sus hojas a su paso, forcejea la fosforescencia verde por proyectar sobre él todo rayo de sol que aprisiona. También lo desea el bosque, por eso lo embruja con su cosmos natural hasta que penetre tanto que no atine el camino de regreso y así podrá gozarlo desde adentro, por siempre. Sabe Violeta Veloz lo que trama la naturaleza porque ella piensa lo mismo: lo rescatará ella, peleará con tal de verlo a su lado.

Continúa el hombre su camino, respira el aire puro, se detiene en el tronco de un eucalipto, susurra algo y le arranca una pequeña rama de tres hojas: de ella desprende una, la arruga y se la frota en las manos, cae el desecho natural sobre la hierba y forma él una cueva con sus manos y la pone sobre la nariz, inspira profundamente y sonrío. La placidez de los aromas exuberantes. Entonces suena la radio que cuelga del cinturón del

hombre, contesta, deja caer la rama y sale corriendo en dirección contraria. Se dirige a toda velocidad hacia Violeta Veloz, que se ha quedado petrificada a un lado del camino, sin decidir qué hacer, pero no es necesario: pasa el hombre tan veloz a su lado que lo más seguro es que no la haya visto. Desaparece en el matorral de la esquina y sus pasos se confunden con los ruidos de la ciudad que, una vez él ido, vuelven a ser evidentes. Llega su fragancia a la nariz de ella segundos después: yo también la percibo y me solazo en el aroma. No me vio, se dice, y siento su mezcla de alivio y rechazo. Dentro de ella camino de regreso hacia el punto donde todo empezó.

Con el transcurrir de los soles nos acostumbramos a perseguirlo: supone Violeta Veloz que es la caminata que da el hombre después del almuerzo, no porque le ayude a la digestión —seres como él no poseen órganos relacionados con la escatología—, sino porque es una forma de ascensión a una gracia que le está reservada a unos pocos: el camino del asceta que se vale de la naturaleza para alcanzar la iluminación, justo antes de que le crezcan fieles. Ya no puede calcular cuántas veces lo ha seguido al bosque —tiene sobre la mesa de noche la rama de eucalipto que dejó caer—, pero una persona sí se ha fijado en ella y sospecha por qué lo hace: es el oficial José Duque, que se le acerca, le saluda y le pregunta qué hace todos los días en ese sector. Lo reconoce ella: es el policía que lloró en la hondonada con él, es el que cavaba.

—¿Quién es? —dice la voz en el intercomunicador.

—Señora, buenas tardes. Soy el sargento Carlos Chimbo de la Policía de Quito. Quiero conversar con usted unos minutos. ¿Es posible?

Siento la voz de Chimbo fluyendo en el cuerpo de la señora, esparciéndosele por dentro en retazos de tranquilidad. Al oírlo, sabe ella que nada le faltará.

—¿Ya se fue ese policía feo y grosero?

—Sí, señora —dice Chimbo haciendo un ademán para que se aleje Méndez de la casa. Corre a la esquina sintiéndose grotesco—. ¿Puedo conversar con usted, señora...?

—Me llamo Amada María Chiriboga Pérez. Ya le abro, entre y cierre la puerta.

Desbloquea un chispazo la puerta. Entra Chimbo y camina hasta la entrada de madera donde aparece una mujer de unos setenta años, de cabello cano y lentes, con un vestido floreado y zapatos bajos. Le extiende la mano y se saludan. Se presenta él, expone el caso sucintamente y le suplica que le permita observar el departamento de Violeta Veloz, su arrendataria, sin una orden.

—Amada, sé que al pedirle esto nos estamos saltando algunos pasos burocráticos, pero una vida está en peligro —dice Chimbo con voz consoladora. Suena su radio pero la ignora—. Una orden podría tardar días, semanas con nuestra burocracia, ya sabe cómo son las cosas por aquí. Usted puede estar todo el tiempo a mi lado para que compruebe que no me llevaré nada.

La acarician los ademanes de Chimbo con el deseo que vive en ella, constante como la respiración, que no ha sentido con esa intensidad desde hace mucho. Tiene ganas de postrarse a sus pies, abrazar sus piernas y llorarle el resto de la tarde. Como no quiere que se le note el arrebato, dice para calmarse:

—Ay, mijo, la señorita Violeta es un ejemplo: paga el arriendo a tiempo, a veces me trae pan y leche, me da metiendo el tanque de gas y el botellón del agua. Si hay alguien que

secuestró a alguien, ella no es la persona que está buscando.

—Sí, Amada —dice Chimbo y a ella le muerde el deseo sin resolución—, pero esto es necesario precisamente para descartarla. ¿Me da una mano, querida Amada?

Lo piensa un segundo Amada y lo conduce por el jardín frontal, pasan el garaje que tiene unas cajas apiladas y plantas en macetas, caminan al fondo y llegan a un florido zaguán. Del delantal saca una llave y abre la puerta metálica, que comunica a una pequeña sala con un sofá rojo, una mesa de centro que también sirve de escritorio, sobre la que descansa una computadora portátil, que enciende Chimbo. Examinan el detective y la señora el immaculado espacio. Reluce de limpia una cocina. Abre Chimbo la refrigeradora y la comida está ordenada, no hay malos olores ni nada caducado. Pan fresco sobre el mesón. Varias revistas de rock ecuatoriano apiladas junto al sofá. Analiza las portadas: en muchas, en diferentes poses, aparecen Los Tabernícolas, con Kaicedo en el medio, mirando a la cámara en plan desafiante. Afuera del baño, que también está muy limpio, destaca una torre de discos compactos: en la cima, los álbumes de la banda. Da dos pasos y está de nuevo en la sala: la computadora, que solo estaba suspendida, muestra que las últimas reproducciones de música eran de la misma banda. Le permite una breve inspección descubrir que Violeta Veloz es dueña de un canal en una plataforma de videos, dedicado a presentaciones en vivo de bandas ecuatorianas, de las que se destacan las grabaciones de Los Tabernícolas en distintos escenarios del país. Abre la puerta de la única habitación y adentro aparece una cama tendida, una mesa de noche en orden y un armario pulcro. No hay espacio para nada más.

—Qué pequeño es todo acá —dice Chimbo.

—Sí, mijo, por eso es barato el arriendo —dice la señora que siente la urgencia de abrazar al detective, desde atrás para que sus brazos flácidos se unan en el pecho firme. Es un deseo anárquico, más fuerte que el sexual.

Revisa Chimbo brevemente los cajones, el suelo, el bote de basura y no halla notas incriminatorias. Se acerca a la única decoración del lugar: un póster que cuelga sobre la cama, en el que Los Tabernícolas se vuelven a mostrar desafiantes a la cámara. Observa las firmas de los integrantes en el póster, entre ellas los garabatos ilegibles de Kaicedo.

—Amada, veo que no hay teléfono. ¿Ella tenía uno, usted le prestaba el suyo?

—Yo no tengo celular ni teléfono fijo porque a mí nadie me llama desde hace años. Ella tiene celular.

—Una pregunta más: ¿cómo es la higiene de Violeta?

—¡La higiene! Qué pregunta tan rara. Es una mujer muy limpiecita, de eso que no le queden dudas, que yo no arriendo mi casa a gente sucia.

—Me dice que era puntual en los pagos, generosa...

—Así es. Su pasatiempo es leer y seguir a las bandas ecuatorianas para filmarlas.

—¿Sabe si tiene novio, amigos, familiares?

—Amigos y novio, no. O sea, mijo, nunca le vi con amigos por aquí, nunca trajo a nadie, y novio, bueno, no sé, es difícil que una chica tan bonita no tenga novio.

—¿Padres, hermanos?

—Ese es un tema delicado. Un día me dijo que no tenía a nadie en el mundo. Su mamá se murió cuando ella era chiquita y ya ni se acuerda, y su papá se murió hace unos diez años, creo, más o menos. De lo que sé, él fue uno de los fundadores

de una buena empresa y le dejó acciones y cosas así, y por eso ella no trabaja.

—¿Está segura de esa historia del papá? ¿No sabe si el padre era policía? —dice Chimbo recordando, creo yo, que en la grabación del 911 mencionaba una Glock 17 para apuntar a Kaicedo, que es el arma reglamentaria de la Policía Nacional.

—Como que me llamo Amada Chiriboga.

—Qué raro —dice Chimbo y la señora y yo entendemos, por su tono, que la visita está por terminar—. Querida Amada, muchas gracias por la ayuda. En caso de que necesite más de usted, volveré para molestarla de nuevo.

—No es molestia —dice la señora más desesperada que yo—, pero no vaya a volver con ese policía feo.

Salen del departamento, regresan por el zaguán y el jardín, se despiden en la puerta, pero antes de abrirla, incapaz de contener el torrente que se le derrama por dentro, estalla en lágrimas Amada y se lanza a los brazos de Chimbo. Aunque ya lo he vivido, siempre es tan intempestivo que me veo rozando, a través de la piel arrugada, durante nada, el hombro del detective. Salgo de ella tan abruptamente que la luz se confunde con la oscuridad y dentro de un remolino de tiempo lineal la veo: veo a la madre de Chimbo, lo observa jugar en el parque El Heraldito, una mañana soleada. Se sacude el pequeño Carlos de un lado a otro sobre el columpio. Me destroza estar dentro de su madre, no lo soporto, me aniquila porque no se puede amar así, no puedo soportar esa clase de cuidado y deseo, así que me marché lejos, transito por ahí y es de tarde de nuevo y hay luz y los veo otra vez: le ha correspondido Chimbo el abrazo, llora Amada. Después de unos segundos que son eternos, se separan. Entonces, todavía palpitante, me adentro de nuevo en la señora y caigo rendido a los confines de su alma, viajo a la medianoche de la

oscuridad de su dolor, que me abate, ahí me derrumbo. No se puede desear tanto.

—Mijo, perdón..., perdóname —dice Amada limpiándose las lágrimas—, no quería, me ganaron las fuerzas. —La radio lo llama, pero Chimbo no puede contestar porque está presenciando algo más trascendental—. Es que veo tu carita y me recuerdas tanto a mi hijito, que se me fue hace tantos años para no volver, se me murió y yo me quedé esperando en esta puerta a que volviera, deseando con todas mis fuerzas volver a verle la carita, abrazarle su cuerpito, decirle lo orgullosa que estaba y prepararle su comidita, pero ya no puedo, se me fue, está enterrado en El Batán, ya muertito, no va a volver... Y ahora tú vienes así como si nada para recordármelo, porque te le pareces, no por la cara o el cuerpo, sino por la educación, el trato, lo que dices. Te le pareces por tu aura, porque a él también todo el mundo lo quería con el alma.

Afuera, siente Chimbo que una pista vuela en el aire y que si no estira la mano para apresarla, la perderá. No lo hace y, en efecto, se va para siempre, como su madre. Mira el cielo, luego ve el reloj pulsera: falta poco para las cinco de la tarde. Solo dos horas más de luz solar. Quiere Violeta Veloz algo al anochecer.

No se debe la estupefacción del detective a que se haya evaporado una pista del caso, sino a que Amada Chiriboga, sin saberlo, le dio una clave para entender el alma humana. Intenta asir esa ciencia primitiva, es lo que presumo, pues cuando se trata de él, me limito a adivinarlo porque el amado siempre será inasible para el amante, sus pensamientos son el trofeo definitivo y, por tanto, esquivo. Le enseñó Amada cómo pueden seguir funcionando los corazones después del fin del mundo: qué medicamentos componen el licor que

sigue animando los latidos de un músculo abatido por la pérdida total. Presumo que Chimbo ha sentido dolor, después de todo, perdió a su madre y aún la llama en sueños. Lo ha dejado melancólico la entrevista, lo veo en sus ojos, quiere entender cómo conjuró el amor de un hijo perdido, pero asoma el oficial Méndez:

—Sargento, le estaban llamando a la radio, un montón de veces, tenía que haber contestado, yo no tengo autoridad para...

—Méndez, cálmese, una cosa a la vez —dice Chimbo y se siente Méndez, en efecto, más relajado—. ¿Qué pasó?

—En el bus de la Policía que llegó hace como una hora, vino un negociador y un francotirador, solo Dios sabe de dónde los habrán sacado en un país como este. Me dijeron, hace unos veinte minutos, que iban a entrar por la fuerza al cuarto, dijeron que iban a disparar a matar. Estaban tratando de localizarlo porque usted tendría que haberlo autorizado, pero no contestó. No sé qué habrá pasado, no me contestan por la radio...

—Nos vemos en el hotel —dice Chimbo y pierde Méndez la oportunidad de analizar cómo es que un ser humano puede alcanzar semejante velocidad en tan poco tiempo: ya está en la esquina, en carrera hacia el hotel, subiendo por la calle Portete.

Amo las expresiones de estos policías cuando no hay mando visible, como la del oficial Quishpe. Incapaz de asumir un liderazgo que le queda grande, dio luz verde para que el negociador y el francotirador hicieran su trabajo. Con algo de suerte, lo felicitará el detective Chimbo por tan pronta resolución del caso, un agradecimiento sentido, exclusivo, como las notas que daba a sus colegas, que terminaban enmarcadas. Sintió lo mismo el negociador Lucas Calisto: si

se apresuraba a resolver el caso, lo abrazaría el detective. En la búsqueda de admiración, se acciona el arma más peligrosa cuando el encomio viene del amado. Mientras estoy dentro de la señora Amada, también sentí la emoción de Calisto al subir las escaleras, un paso a la vez: quiere guardar el momento para la posteridad, los titulares de prensa, los abrazos de sus hijas, el regocijo del admirado.

Sube Calisto vistiendo un chaleco antibalas y un casco dos veces su talla. Sube protegido por seis policías antimotines, cubiertos por escudos y armas en ristre. Llegan a la cuarta planta: son los primeros oficiales en hacerlo desde que ha iniciado el caso. Dispone el negociador que se dividan en dos grupos: dos oficiales apostados en el fondo del pasillo derecho, apuntando a la puerta, dos en el izquierdo, haciendo lo mismo. Uno de ellos, que le entrega su escudo a Calisto, camina acuclillado hasta la puerta de la habitación 402. El otro es un policía corpulento de casi dos metros de altura, con un ariete avejentado en las dos manos, dispuesto a derribar todo obstáculo. Es tan simple el plan que no le ve fallas: le hablará Calisto desde afuera y encomiará a que se rinda, a que salga con las manos en alto y se deje apresar. Cuando se niegue, derribará la puerta, entrarán todos, uno disparará a la cabeza y al pecho a la secuestradora, se rescatará a la víctima y saldrán lo más rápido posible para alcanzar a cenar con las familias. Punto.

Antes de dirigirse a la habitación, llama Calisto por radio al francotirador que se ha subido, con la ayuda de un camión de la Empresa Eléctrica Quito, en la torre de radio que está en el parterre de la calle Correa, desde donde se tiene una vista privilegiada del ventanal de la 402. No es nada cómoda la torre, pero el francotirador, vestido de electricista, se las arregla y, tras observar por la mirilla, descubre que una

esquina del vidrio no tiene el adhesivo polarizado. No es grande la abertura pero, por momentos, se puede distinguir el movimiento de cuerpos irregulares en el interior.

—¿Tomás Mariño, me copia? —dice Calisto llamando por radio al francotirador.

—Aquí estoy, Luquitas.

—¿Tiene contacto visual con los implicados? ¿Puede disparar a la secuestradora?

—Tengo un hueco pequeño en la ventana que me deja ver a ratos a la secuestradora.

—¿Cómo sabe que es la secuestradora y no el secuestrado?

—Se le notan las caderas de mujer, además de que tiene el pelo larguísimo. La veo moverse de un lado a otro de la habitación, o sea, la veo apenas.

—Mariño, ¿puede dispararle?

—Afirmativo, pero antes tendría que... ¡Mierda! ¡Mierda!

—Mariño, Mariño, responda, ¿qué pasó? ¿Qué chucha pasó? No me deje así.

—La secuestradora me vio: asomó la cara por el hueco, luego me sacó el dedo del medio y tapó el hueco con una toalla. Ya no veo nada.

—Bájese de ahí rápido.

Ahora es mi turno de ser el héroe, piensa Calisto poniendo la radio en el cinturón.

Mientras asiste a un investigador, relee la pasante el documento original de Simón Bolívar: lo conoce a profundidad, ha trabajado varias veces con la versión transcrita y publicada. Entonces descubre que hay un error en todas las transcripciones y, por lo tanto, en la versión oficial de la Historia, pero a quién le importa porque Calisto dice:

—¡Sabemos que está adentro y que tiene secuestrado al señor Kléver Kaicedo! —grita recordando el rescate del banquero Nahím Isaías, en 1985. Sabe que está a punto de convertirse en un hito histórico para la gloria policial del Quito y del detective Carlos Chimbo—. ¡Señora Veloz, mi nombre es Lucas Calisto, soy sargento de Policía, también soy psicólogo! ¡Le pido que abra lentamente la puerta, salga con las manos en alto y se entregue! ¡No tiene adónde escapar! ¡Tiene un minuto para cumplir nuestra demanda en nombre de la patria ecuatoriana! ¿Escuchó?

—Muy bien, mi sargento —susurra el oficial Bartolomé Zapata, el gigante que sostiene el ariete con las dos manos—. Cuando usted diga.

—Le quedan cincuenta segundos. García, prepárese.

—Sargento —susurra García—, ¿usted cree que el detec..., el sargento Chimbo esté de acuerdo con esto?

—García, hay que desburocratizar la justicia —susurra Calisto—. Con tanta investigación no pueden ganar los buenos. Hay que moverse. Ahí tienes el Caso Fybeca: puro muerto, pura pelea, la institución desprestigiada y hasta ahora no hay versión oficial.

—No se olvide de los hermanos Restrepo —susurra Zapata—, hay otros más...

—¡Silencio! —susurra Calisto—. Alístense.

Levanta el puño Calisto y, sigilosos, se acercan a la habitación 402 los demás oficiales. Da otra señal y se pone Zapata a un lado de la puerta, acumulando energías para derrumbarla de un solo golpe. García, a su lado, acuclillado, con la frente a la altura del pomo, sujeta el arma con ambas manos, apuntando hacia el techo, rozando su mejilla.

—A mi señal —dice Calisto con el puño: tiene tres dedos alzados, tiene dos dedos alzados, un dedo...

Entonces, rápidamente, se abre cinco centímetros la puerta, diminuto espacio que no deja ver adentro. Aparece una mano empuñando un arma y se posa su cañón en la frente del oficial García, sobre el casco.

—Si alguien se mueve, si alguien dispara, si alguien intenta entrar por la fuerza —dice la voz andrógina que se arrastra por el pasillo—, le disparo a este hombre y nos damos entre todos. ¡Atrás!

—¡Atrás, atrás todos! —dice Calisto y sus hombres se repliegan con el mismo sigilo—. Por favor, deje a mi hombre.

—Díales que todos bajen las armas, que las pongan en el suelo, los escudos también, todos las manos arriba —dice la voz que ahora es masculina pero delicada, entonces regresa a su femineidad y dice—: Deme su arma, oficial, lento, muy lento —dice mientras aparece la otra mano por la puerta, toma la Glock 17 del oficial García, que se ha orinado en los pantalones.

—Por favor —dice García con la voz quebrada—, tengo hijos, esposa...

—Fuera todos o le disparo en la cara.

—Por favor —dice Calisto—, no haga nada precipitado.

—¿Precipitado como entrar a la fuerza? —dice la voz que, en otro contexto, sería adorable—. ¿Dónde está Chimbo? Me prometió que nadie iba a intentar ninguna idiotez.

—Se fue a volver —dice Calisto—, ya mismo viene. Por favor, deje que nos vayamos con García.

—¡Todos, fuera de aquí, fuera del hotel! ¡Ahora!

—Hagan lo que dice —dice Calisto temblando. Los oficiales se marchan escaleras abajo, se escucha el coro armónico de los trajes antimotines. Como no me interesa ninguno de estos sentimientos, me aparto de ellos pero los observo, mientras continúo sintiendo, a la par, el deseo de la señora Amada por

Chimbo. Dice Calisto—: Yo me voy a quedar con usted para que García se pueda ir, ¿sí?

—Quiero que recoja todas las armas y los escudos, páseles a García. Usted, García, voy a abrir la puerta un poco más para que meta todas las cosas, ¿okey?

—Sí —dice García sollozando.

Medio minuto después, las armas, los escudos y el ariete están dentro de la habitación. Los empuja un pie lejos de la puerta.

—Ahora, si no se larga, usted tendrá que cuidar a los hijos de este oficial.

—Está bien, me voy —dice Calisto emprendiendo la retirada, apoyándose en las paredes—, ya vendremos por ti... Por favor, señora, no haga nada malo.

—Largo.

Con el pasillo despejado, dice la voz:

—Ahora, García, voy a abrir un poco más la puerta, ¿okey?, en esa misma posición quiero que entres haciendo patitos.

Ocaso: ocaso cuando secuestran a García, ocaso cuando Chimbo corre de regreso al hotel. Es ocaso cuando el detective regresa a la jefatura y todos los colegas, expectantes, se le agolpan para saber qué le dijo la capitana Delgado sobre la resolución del caso Paraíso. Tres años de investigación en paralelo con otros casos resultan en la desarticulación de la banda de trata de blancas más poderosa del país, llamada El Paraíso. No solo caen sus miembros, sino también sus clientes, entre ellos conocidos políticos, deportistas, curas y policías del país, a quienes se apresa sin miramientos ni distinción. Son los encargados de dar la noticia la capitana Delgado y el suboficial Collahuaso, en una rueda de prensa

en la que llama poderosamente la atención el sargento que está parado detrás, junto a la bandera de la institución. Lo miman las cámaras de televisión y simpatizan con él los televidentes: si una maravilla así cuida la ciudad, no hay nada que temer.

Llega Chimbo a la jefatura durante el ocaso. A pesar de que ya es hora de salida, nadie se ha marchado. Solo uno está apartado, el oficial José Duque, que está escondido en el baño, temblando. Entiende el momento que atraviesa Chimbo, quiere abrazarlo para percibir su aroma, pero se siente indigno. Sabe Chimbo que por culpa de Duque la investigación duró un año más, al menos. Se habrían salvado muchas más vidas. Sus reiterados errores burocráticos y la falta de audacia al momento de conseguir información causaron que Chimbo recibiera, cosa rara, reprimendas que no se merecía, aunque a la final sus superiores lo hayan hecho como el padre que finge castigar a su hijo porque su madre se lo ha pedido. Pero Chimbo nunca se lo reprochó, nunca le dijo *esto hiciste mal, fuera de aquí, maricón*, como sí le decía su madre, nunca le golpeó en el cuerpo, en la cara, ni le dejó moretones, como sí lo hacía su padre. Venía Duque de un mundo donde debía haber castigo para el que no consigue lo que desea, por ello le desconcertó que se le acercara Chimbo, tras los llamados de atención, a decirle *sé que lo harás mejor la próxima vez, no te descuides, Duque*, poniéndole la mano en el hombro, aplicando una ligera presión de ánimo que le permitía imaginar la potencia de su vigor, contrario a la impotencia que sentía frente a él, frente a cualquiera que le pidiera algo.

Por eso se sentía bien con Violeta Veloz, no lo juzgaba ella cuando le contaba las trivialidades del trabajo: hoy hice esto bien, hoy hice esto mal, Chimbo no me regañó,

Collahuaso sí. Escuchaba ella sin criticar y arremetía, cuando se callaba Duque, con una frase de ánimo. Amaba a Violeta Veloz de la forma que siempre quiso amar a su madre: como el lugar donde se puede ser vulnerable, el repositorio de las vergüenzas que las instituciones públicas no se atreven a tratar porque son innombrables. No lo juzgó ella cuando le contó que Chimbo le había puesto la mano en el hombro para animarlo, y él, al contrario de lo que deseaba hacer, fue incapaz de seguir el impulso, aunque el uniforme, a la altura de la entrepierna, estuviera listo y abultado, con las manos ocultando la verdad.

Así conversan incontables tardes y noches, cuando termina su jornada Duque. Amo estar dentro de los dos para sentir a la Venus masculina desde esas dos perspectivas opuestas y, al mismo tiempo, complementarias. En una de esas charlas le dice que cree que van a despedirlo o darlo de baja por incompetente: sabe él que lo es y ni las palabras de Violeta Veloz pueden convencerlo de lo contrario. Se siente otra vez impotente. Y lo que más le aterra no es la falta de trabajo, sino que tendrá que pasar todo el día metido en la casa con su madre, quien todavía lo castiga por la muerte de su padre.

Desde el baño escucha los vítores, los cantos y las alabanzas cuando el detective entra en el templo de la seguridad. No quiere salir, no puede, siente una vergüenza que por momentos —y esto le cuesta creer— trasmuta en envidia por no ser él quien recibe los abrazos y felicitaciones. Se transforma su rostro: ahora siente ira, como la carroza de Faetón se sobrecalienta. Siento a Duque desde adentro, también vivo lo que sienten los demás policías cuando tratan de tocar aunque sea una diminuta porción de la ropa del portento que camina por la jefatura. Es una orgía de exaltaciones y admiración, de deseo pétreo, y me dejo impulsar en ella, navego a la deriva soñando que soy

yo quien toca a Chimbo. Regreso a ese estremecimiento cada vez que lo deseo y necesito, está aquí, me está matando, me desgarras desde dentro y me consumen las ganas de morirme. Para refrescarme regreso a la súbita ternura de Duque cuando —una vez terminada la celebración— encuentra la nota amarilla en el escritorio. Y yo soy su lágrima al leer:

Buen trabajo, Duque.

Sin ti no habría sido posible lo logrado.

Sigue así.

CC

Lo esperan en la recepción del hotel como en aquel ocaso en la jefatura. Se quiere ir el sol, pero sus rayos saben cómo aferrarse a los picos del Guagua Pichincha, de los que no se sueltan hasta que todo esté perdido. Lo ven entrar: se ve Chimbo más alto que de costumbre, su espalda más ancha. Nadie en su sano juicio diría que ese hombre acaba de hacer una carrera sostenida de seiscientos metros en poco más de cuatro minutos, cuesta arriba. Nadie diría que alguna vez ha llorado de dolor, que ha perdido o necesita de alguien, que ha compartido las emociones mundanas que están reservadas a los simples humanos. Nadie, en lo que va del día, lo ha visto comer ni ir al baño. Nadie lo ha visto quejarse o pedir favores personales. ¿Cómo se mantiene en pie ese hombre sin siquiera pedir un vaso de agua? Nadie sabe la respuesta, pero todos se hacen las preguntas y suponen que tocándolo se llegará a algún tipo de resolución. Por eso, cuando lo ven detenerse en el centro de la recepción, se ponen de pie los policías, y los que no saludan de firmes, se agolpan extendiendo las manos para percibir el secreto que solo a él le ha sido revelado. Y él, que

deja que los policías como niños se le acerquen, emana con cuentagotas el consuelo que todo ser busca: la completitud.

Un oficial, como el niño chismoso que quiere dar la primicia del mal comportamiento de su hermano ante sus padres, le pone al tanto del fallido intento de Calisto, el secuestro de García y el avistamiento de la figura femenina por parte del francotirador. No se levantan los policías para saludarle porque, sentados en el sofá de la recepción y las escaleras, pueden más su pena y vergüenza que su voluntad. ¿Cómo ver a los ojos del hombre al que se desea satisfacer a costa propia y decirle *te he fallado, te he traicionado*? Pesan más que el mismo edificio sus almas, lo que se percibe en el ambiente. Camina el detective hacia esos espíritus perdidos y, con un tono benévolo, les pide que se pongan en el presente, en el que están a salvo, y les promete que rescatarán al oficial García con vida. Se dirige luego a Lucas Calisto, que está en una esquina de la recepción, junto a la puerta del baño que desprende un potente olor a naftalina y desinfectante barato. Lleva él la peor carga, la más pesada: mientras los demás reciben palabras de aliento, tendrá él la reprimenda por su incompetencia, por esas insalvables ganas de figurar para ganarse su favor del elegido.

Pero no grita ni frunce el ceño, en su lugar le pregunta Carlos Chimbo cómo se siente. Le pide un reporte completo de la situación —con cuántas armas se quedó, escudos, etcétera— y que le describa las manos de Violeta Veloz, su voz, el tono de las amenazas, cómo era ella según el vistazo del francotirador, si vio a Kaicedo. Reciben respuesta todas las preguntas de la forma más detallada y lastimera posible. Quiere Calisto postrarse, abrazarlo y llorar hasta que le perdone, y con suerte, después, piensa Calisto sin entender de dónde viene la imagen, le lavará él los pies.

Cosa difícil describir cómo es un reclamo de Chimbo porque es inabarcable: es un discurso cuya intención se deduce, pero carece de la esencia de la protesta, su energía es una prédica que lastima tanto como sana. Hierde, escuece y cauteriza el corte en un paso. Acaricia y subvierte la lógica del furor, pero lacera y guía. Por eso Calisto quiere llorar: le cuesta creer que está presenciando lo inasible, que es uno de los reinos de lo divino.

Se da por aleccionado y promete no volver a meterse en el camino de Chimbo. El detective, que quiere replicar las últimas palabras, oye el repiqueteo del teléfono de la recepción. Sabe quién es, así que va con paso decidido y levanta el auricular al tiempo que todos los policías, incluyendo los de afuera y los curiosos, hacen silencio:

—No me dijiste que ya sabías mi nombre —dice la voz hermafrodita—, todo este tiempo me estabas llamando secuestradora. ¿Ya te dio la ventaja que debería darte?

Cree escuchar Chimbo, al fondo, la vocecita lejana que le dicta lo que Kaicedo debe decir.

—¿Cómo está el oficial García?

—Está bien, te juro que no tengo intención de herir a nadie a menos que se quieran meter a la fuerza de nuevo.

—¿Lista para decirme tus demandas?

—No todavía... Que oscurezca más.

Se acostumbraron a conversar como una forma de terapia. José Duque: porque tras una vida de violencia intrafamiliar, no tenía a nadie más. Violeta Veloz: porque quería información del ángel antes de armarse de valor y pedirle que salieran a tomar un café.

Jamás ha dudado Violeta Veloz en el romance y el placer, siempre toma lo que necesita. Es su practicidad su mayor virtud, una forma decidida de pasar la página para embarcarse en una nueva tarea y coronarla. Así se inventa la vida, un día a la vez. Pero el hallazgo del detective Carlos Chimbo le trastornó la rutina. Como todos los que le conocen, le costaba definir lo que sentía por él, tal era la categoría de amor que le provocaba, inefable, a pesar de nunca haber hablado frente a frente. Le sacudía un magnetismo cuyas polaridades oscilaban entre el apetito y la admiración contemplativa. Si tuviese la oportunidad de desnudarlo y hacerle el amor en una cabaña en un valle remoto, sin dudar lo haría, pero era la otra pulsión la que le hacía vacilar y, por lo tanto, trémula, se sometía en una encrucijada que no podía comprender: cambiaría todas las sesiones sexuales con Chimbo por una tarde tomados de la mano, incluso por algo más simple: la garantía imperecedera de poder verlo por siempre. De ahí que pudiera descartar el coito con tal de asegurarse una vida siendo la piel que ella puebla, como el artista que acude todos los días al museo para observar la pintura más bella: con verla basta, no es necesario llevársela a casa. Los raros casos en los que el amor y el desfogue del deseo pueden suplirse con la contemplación de lo sublime.

Pero todo el que ama está a merced de los celos, que son inmediatos, como mi permanencia en los cuerpos. Cuando le ponía al tanto Duque de lo que Chimbo había hecho y cómo lo había hecho, tenía Violeta Veloz que contenerse para no odiar al policía que era ya su amigo, que —ella juraba— guardaba un lado oscuro. Mientras conversaban, lo detestaba porque estaba él más cerca de Chimbo, siempre: hablaba con él, le pedía favores, resolvían casos juntos.

Un día le contó Duque algo que a ella le pareció perfectamente natural: cuando está Chimbo en la jefatura, hay un

ambiente de camaradería y placer, nadie dice chistes que puedan ofender por machistas, sexistas, homófobos, racistas o subidos de tono en cualquier sentido. Cuando está él, se hace la pureza. Ningún tipo de lacra jocosa es permitida, excepto cuando Chimbo se marcha, entonces llega sin invitación el morbo porque se ha ido el jolgorio y se hace el carnaval.

—¿A qué crees que se deba?

—No lo sé. Acabo de notarlo —dice el oficial.

—Lo más curioso es que me parece perfectamente comprensible.

Le devolvían estos breves y originales chispazos de razón al camino en el que amaba a su amigo, pero, como Dante, se desviaba pronto y se veía perdida en una senda que la conducía a la entrada del inframundo. Por ello le atravesó una alegría malsana cuando le relató Duque su caída espiritual: habían celebrado, en la jefatura, la calificación perfecta de casos resueltos de Chimbo, algo nunca antes visto, ni siquiera en épocas del Tieso y la Chorreada. Yo estuve ahí, dentro de Duque, que es quien más sentimientos me obsequia en un rango corto de tiempo, que para mí es eterno, cuando está cerca Chimbo. Es Duque el recipiente perfecto del que ama, el espíritu del bosque que todo lo contempla con curiosidad.

Termina la celebración antes de las ocho de la noche y solo se quedan los oficiales de turno. Decide Chimbo darse un duchazo antes de salir. Toma su mochila del casillero e ingresa en el baño. Empezamos a temblar Duque y yo ante la posibilidad de verlo desnudo, yo me sacudo más que su carne, pero él sufre más vahídos que yo. Sabe Duque que no habrá otra oportunidad como esta, así que los nervios lo fulminan y yo me desespero porque quiero ir a las duchas para comprobar si el detective se pierde contemplando su propia imagen en el reflejo del agua caliente, antes de desaparecer en círculos

en la cañería. Ya lo he visto antes, pero también lo veo por primera vez.

No puedo entender cómo se arma de valor, pero logra sobreponerse y, con ello, se ensalzan las fantasías de felicidad. Camina sigiloso hasta el baño. Entra. Solo hay una luz que alumbra la ducha de Chimbo, a quien cubre el vapor. Vemos el agua que salpica y la ropa doblada sobre el banco de madera. Se vuelve espasmódica la respiración de Duque. Creyendo que le va a dar un infarto, piensa en huir, correr muerto de la vergüenza por lo que pensaba hacer, pero se detiene y sigilosamente regresa. Mientras avanza, se va despojando del uniforme con tal rapidez que, al llegar a la ducha, está desnudo, tan desnudo como el hombre para el que se siente predestinado. Es más atractivo su cuerpo de lo que había imaginado. Chimbo: los músculos marcados en las piernas, los brazos y la espalda. Chimbo: el rostro cuadrado de acabados tenuemente femeninos. Chimbo: el epítome de la lozanía. Las manos, el agua y el vapor le cubren el rostro. Está ciego frente al amante desnudo que se le aproxima y amenaza con afeer el panorama.

Empieza Duque a temblar a medida que se acerca, nuestras esencias languidecen ante la idea de que las entrepiernas se rocen. Resisto, resisto como nunca antes para no abandonar este cuerpo atrofiado y enfermo que está a punto de llegar más lejos de lo que cualquier otro ha conseguido. Aguanto el deseo de desvanecerme, que equivale al morir humano, combato la urgencia de que me posea la pequeña muerte.

Estamos frente a él, la visión de lo infinito. Se quita el jabón del rostro y se arremolina los rizos mojados hacia atrás. Abre los ojos y nos mira. No sabemos qué pensar. No dice nada, pero creemos ver en sus labios el esbozo de una sonrisa. No está sorprendido ni furioso: emana su rostro una pasividad

que sugiere que estaba esperando esto tanto como nosotros. Es lo que elegimos creer. Así que nos acercamos al punto en que Duque puede olerlo: huele tan bien como había soñado. Nos vamos a tocar, vamos a fundir nuestras consciencias en una sola y yo resisto para poder ser, al fin, parte de esa masa uniforme de delirio. Ante mí, los poetas tienen la sustancia de lo genuinamente flébil. Levanta un brazo con soltura y se va el agua de su cuerpo agradeciendo el tacto. Sé lo que está por venir, por eso languidezco: posa la mano derecha en el hombro de Duque, apenas tres dedos que se asientan como un trípode. Me cantan esas tres yemas himnos de héroes alabados al calor de una fogata, me hablan de sabores y flores que no existen. Es eterno el tiempo, puedo ir y volver adonde me plazca para recrear lo sentido, pero cuando pone sus dedos en mí, justo antes de salir despavorido del cuerpo, comprendo que la intensidad con la que se vive, con la que se *es*, siempre muta, lo sé porque antes de abandonar ese cuerpo siento, por primera vez, la desolación de lo perpetuo.

Cuando él nos rechaza con un amable *disculpa, en serio me siento halagado, pero esto no es lo mío*, juro que volveré a sentir esos dedos transformados en calor y carne sobre mí, dentro de mí, para ser otra vez uno con la eternidad.

Ha manejado antes el detective casos de secuestro y de todos ha salido triunfante porque conoce los impulsos humanos, los ha estudiado durante su corta vida, que para sus colegas es la experiencia acumulada durante muchas reencarnaciones. No es posible que un ser así de eficiente solo haya vivido una vez, pues hay beldades que deben verse dos, cien, mil veces. No hay forma de probarlo, está la metafísica más allá de los sentidos de los que entienden al tiempo como lineal, pero

no se puede consagrar Carlos Chimbo a una sola vida, sería injusto. Y en esto los entiendo perfectamente.

Con el secuestrador de Diana, analizó Chimbo su tono y desesperación, y supo en efecto que no habría salida para ella, estaba condenada si no hacía algo. Optó entonces por el disparo limpio. Pero ahora, con un policía secuestrado en una habitación cerrada, ha perdido el control. Tiene ella las de ganar, incluso así lo dicen los manuales de secuestro más básicos que devoró durante la academia y a los que regresa cuando algún recuerdo se le hace difuso, algo imposible de creer para quien lo conoce. Señalan los manuales que el deceso de un oficial tomado prisionero durante una situación previa de secuestro se ubica entre el cincuenta y ochenta por ciento, por lo cual se recomienda, tras una evaluación del secuestrador, que se entre a la fuerza con rapidez. Es decir, ahora que ha perdido la batuta, solo le queda al detective la ventaja de la sorpresa.

Sin embargo, duda Chimbo: no se siente como la clase de policía que lo resuelve todo tumbando puertas y disparando a diestra y siniestra. Estoy casi seguro de que esto es lo que piensa. Según su educación, nunca han conseguido mayores triunfos ese tipo de incursiones. Por eso duda y se refleja en su semblante la preocupación por salvar tres vidas. Desde sus posiciones, lo analizan sus colegas: recorren cada milímetro de esa piel bruñida que se frunce a medida que busca el plan dentro de su mente. Lo contempla Calisto y no sabe cómo interpretar lo que lee, pero sabe que si Chimbo está perdido, lo estará él más aun, pues es él quien lo ha vendido, y Calisto y los demás saben cómo terminan los trasuntos de Judas. Se ve a sí mismo, por un segundo, despedazado por sus colegas, cuando ya ha oscurecido, que es el mayor de los ultrajes. Tengo curiosidad de los sentimientos de Calisto, pero no

podré manejar tanta devastación y vergüenza, así que no entro en él, nunca lo hago.

Se ha quedado inmóvil Chimbo junto al mostrador de la recepción, justo después de colgar el auricular. Ve una pared del fondo, oscura. La ven también los policías para encontrar el arte que el detective puede traslucir, los mensajes que han cifrado solo para él. Lo veo, quiero entrar en él, sentirlo y no solo saber lo que piensa, al fin. Cree que el caso se ha enfriado, teme hacer del rescate una nueva matanza icónica como la del banquero Isaías. Viene entonces una idea en su auxilio: es una palabra descolocada que le molesta. La ha tenido fuera de lugar desde que habló con Amada Chiriboga y la acompañó durante la carrera cuesta arriba por la calle Portete, la sintió mientras alimentaba las esperanzas de los colegas que acababan de perder a García.

Buscando la palabra infectada, sale Chimbo de la recepción y camina hasta el parqueadero, echa la cabeza para atrás y ve los ocho pisos del hotel, da unos pasos hasta la esquina y observa al sol ocultarse tras el Pichincha, ve de arriba hacia abajo la torre de telecomunicaciones donde observó el francotirador la silueta de la mujer. Regresa a la entrada del hotel y, con las manos en la cintura, ve la gran cantidad de curiosos que siguen fieles, como el domingo en la iglesia, las ínfimas variaciones de un viejo edificio y un montón de policías controlando la nada. Cuando entienden los curiosos que los observa Carlos Chimbo, que se toma el tiempo y la dignidad para hacerlo, empiezan a aplaudir, a saludarlo. Cargan las mujeres a sus hijos para que, con suerte, reciban una bendición. Creo yo que esta es la escena que más sorprende a Chimbo quien, algo presionado, levanta la mano y saluda a la vibrante concurrencia que siente que está presenciando los hábiles cruces de trenzas de la Historia y el amor.

Le pide Chimbo a un policía que localice a Adriel Méndez, pero este, desde la recepción, como si presintiera el llamado del héroe, sale al paso antes de que nadie lo conjure. Se siente afortunado el oficial Méndez, se siente el salvo de una generación que se corrompe. Con variaciones, es lo que todos sienten ante Chimbo: la serenidad de quedarse dormido en una cama caliente, mientras el amado susurra historias que nunca nadie más oirá.

Hace silencio la concurrencia y aguarda expectante para descifrar qué es lo que ha dicho. Cuando ve que un policía, notoriamente más bajo e indigno, se le ha acercado con apuro, lo envidian, y Méndez así lo siente: se sabe el centro del mundo porque ahora le está dedicando un instante el detective. Observa Méndez a la concurrencia y sabe lo que sienten, yo lo sé, yo lo siento y lo detesto: la vil envidia, que es tan difícil de reconocer.

—Méndez —dice Chimbo—, tengo una duda y necesito información.

—¿De qué se trata, sargento?

—Hay algo que no me queda claro desde que hablé con la señora de la Portete, la arrendadora de Violeta Veloz. Ya oímos la grabación, pero falta algo. Necesito que te contactes de nuevo con el 911 y averigües si la llamada vino de un teléfono fijo o celular, público o privado, a quién pertenece y dónde se originó. Lo más pronto posible.

—Enseguida, mi sargento.

A medida que se pierde Méndez en la recepción, se acerca Carlos Chimbo a la barra de contención ubicada al sur de la avenida Eloy Alfaro. No puede afirmarlo, pero sabe que Don Pedro está por ahí, oculto entre la gente. Sabe que el hombre es incapaz de haberse ido aunque lo haya despachado horas antes. Se aproxima Chimbo al cerco de

policías y deben ellos contenerse para no tocarlo, lo mismo sucede con la concurrencia de ese sector, que al fin puede apreciarlo de cerca. Sienten unos el deseo irreprimible de pedirle que se fotografíe con ellos, otros se conformarían con un autógrafa, como si fuera una estrella de cine, y los consolables, que son siempre la minoría, quieren aprovechar cada segundo de la proximidad para contemplarlo bajo las luces de los reflectores.

Aparece entre la concurrencia la cara de Don Pedro, quien se esfuerza por aparentar más altura, dignidad. Ayudado por los policías que le abren camino, llega el hombre hasta Chimbo y caminan juntos hasta la entrada del hotel.

—Sabía que le iba a ser útil todavía.

—Así es, Don Pedro —dice Chimbo y quisiera el hombre tomarlo del brazo, dejar que lo guíe hasta su edificio como Virgilio a Dante—. Necesito que coteje unos datos de su hotel, así que si no los sabe de memoria, vamos al libro de registros.

Le dice Don Pedro que no será necesario recurrir al registro porque sabe de memoria lo que pasa en su hotel, lo que no quiere decir que no lo anote.

—Sí se lo dije a uno de sus policías —continúa Don Pedro—. Aparte de Kaicedo, que es quien reservó la habitación, que ese no cuenta, digamos, solo hay un huésped más porque está muerto el negocio hotelero, al menos por este sector. Es el señor Ezequiel López, que ahorita estaba conmigo al otro lado de la barrera. El pobre está preocupado, no sabe cuándo podrá entrar de nuevo al hotel, tenía o tiene que hacer una llamada de negocios. Creo que por eso quería hablar con usted.

—¿Quiere hablar conmigo? —dice Chimbo—. ¿Tiene algún tipo de información sobre el caso?

—No, solo quiere hablar con usted para preguntarle cuándo podrá sacar la computadora de su habitación. Solo quiere conocerle.

—Ya veo —dice Chimbo atravesado de esa sensación familiar que le ha secundado toda la vida, que descubrió por primera vez en el jardín de infantes, cuando todos los compañeros de clase querían salir al recreo con él y nadie más. Por eso se peleaban con golpes: necesitaban su exclusividad, que es un imperativo del amor—. Una pregunta más, Don Pedro: antes del señor López, ¿cuál fue su último huésped?

—Un joven llamado Elías Guerrero, pero se fue hoy en la mañana.

—¿Por qué?

—Solo rentó una habitación por la noche.

—¿A qué hora se marchó?

—A eso de diez de la mañana.

—Casi una hora antes de que Kaicedo se registrara en su habitación.

—Sí. Fue a las diez porque a esa hora, todos los días, me ausento un ratito de la recepción para tomarme mi tintito de media mañana, en el café de abajo, el que está al lado de la torre.

—¿Y no hubo nada fuera de lo usual con este huésped?

—Pues no. Pagó en efectivo. No es tan fuera de lo usual, pero se fue sin que lo vea.

—¿Cómo es eso?

—A ver, no pasa seguido, pero sí ha pasado antes. A veces me ausento, pero siempre queda alguien para atender. Hoy quedó Jacqueline, una de las mucamas. Cuando regresé del tinto, me dijo que el señor Guerrero se había ido y había pagado todo. Pero luego la pobre Jacqueline se estaba

muriendo de la vergüenza conmigo y me confesó que ella también había salido un rato a la tienda, y el señor Guerrero, al ver que no había nadie para cancelar la cuenta, dejó la plata y la llave en la recepción. Jacqueline me dijo que casi se le sale el corazón por la boca cuando vio todo eso, por eso subió corriendo a la habitación a ver si no se había robado algo, cosa que sí nos ha pasado, se roban sobre todo el control de la tele y los focos, pero no, todo estaba completito. Solo se fue y dejó el dinero ahí porque no había nadie que le atendiera. Da gusto saber que todavía hay gente honrada en este mundo.

—Ya veo —dice Chimbo con una mano en el mentón y se pierden sus ojos afuera del hotel.

Se pone de pie un periodista y, frente a un jurado, se dispone a dar el testimonio que va a cambiar su vida y la de su país: los actos de corrupción del partido político que no importa porque un día, hace muchos soles, veo conversar a José Duque y Violeta Veloz en su habitual cafetería. Ya no se ven como antes. Se abruma ella al oírlo después de que le narrara él su caída espiritual en la ducha y no quiere saber más de los problemas que esto le ha acarreado en el trabajo: pierde informes, los entrega con retraso o simplemente se olvida de hacerlos. En las redadas, no sostiene bien el arma y se le cae al suelo porque le tiemblan las manos por la desesperanza. Le ha dado el suboficial Collahuaso varios ultimátum, que parece que nunca se cumplirán por el poder de la lástima. Se sabe pusilánime y acepta su condición, la que había estado mejorando cuando conoció a Chimbo, durante los primeros casos que resolvieron juntos. Lo peor de todo es que hasta para rechazarlo fue un caballero: nada de gritos, nada de golpes,

nada que le permitiera odiarlo para aferrarse al consuelo que da la destrucción de las almas. Todo se reduce a la nada, tambaleándose. Se desespera porque pronto se acabarán las excusas y tendrán que dejarlo ir. Entonces deberá regresar a su hogar, con su madre dispuesta a recriminarle que no le llega ni a los talones a su padre:

—Él sí fue un gran hombre, un gran policía —dirá la madre.

Y se retirará a su habitación para entregarse a la zozobra. Yo lo veré sin querer adentrarme, lo vigilo de cerca porque las personas desesperadas son las que, de una u otra forma, consiguen lo que quieren y su meta es la misma que la mía. Por eso te tengo cerca, amargado Duque, siento tu dolor, lo necesitas, este te hará más fuerte, te hará llegar al lugar que anhelamos, que es el fin del mundo de todos los que aman.

Se siente incomodada Violeta Veloz con la conversación, no porque no aprecie a su amigo, aún lo hace, sino porque, a fin de cuentas, en ese momento, termina sabiendo del hombre al que no ha visto en mucho tiempo, y este anhelo, querer saber de la persona amada, también es una tortura. Pero como si la desazón conjurara al destino, sucede lo impensable: frente al ventanal del café, entre rosas que abren sus pétalos y girasoles que apuntan al cielo, aparece la figura del detective Carlos Chimbo, que camina con resolución a un destino maravilloso. Ondeada la cola de la gabardina en el viento, se levantan sus brazos y piernas a intervalos dignos de la natación olímpica. Y los dos amigos que bebían sendos cafés en la mesa junto al ventanal observan al prodigio que les sonrío.

Es Chimbo que nos saluda: sus labios se mueven pero no se le oye decir *hola*, Duque con la naturalidad contenida del universo. Enseguida ve de soslayo a la mujer que lo acompaña:

la observa poquísimos tiempo e inclina la cabeza como un respetuoso cortesano. Salto de Duque a Violeta Veloz y la siento azorarse como jamás lo ha hecho. Siento vergüenza y agitación, no estaba preparada para un encuentro así de improvisado. Siento que puede morir en paz, incluso su ánimo ha redoblado fuerzas para escuchar y consolar a Duque, si le queda la pesadumbre suficiente para seguir quejándose después de que Chimbo ha pronunciado su nombre.

Tan rápido como aparece, dobla en la esquina Chimbo y se pierde. Los dos, que creen poder ver su estela flotando en la calle, no saben qué decir, no saben cómo continuar la conversación, pues la excitación es soberbia. Por un momento, vuelve a creer Duque que puede tener una oportunidad con el detective, pero al siguiente día, mientras llenan unas formas, siente resquebrajarse cualquier atisbo de esperanza cuando Chimbo, de la forma más casual, le dice:

—Muy linda la chica con la que estabas ayer.

Debe hacer un esfuerzo descomunal para que su semblante no revele lo destrozado que se siente por dentro. Actúa, finge, Duque, encuentra los nervios punzantes para que él no sepa que te acaba otra vez de destrozarte la vida. Quiere recriminarle de esta forma:

—O sea que *yo* no soy lo tuyo, sino que las mujeres *sí* son lo tuyo —pero nunca se lo dice, solo lo piensa rememorando lo que le dijo el detective en las duchas. Incluso quiere abofetearle hasta que entre en razón y entienda que no hay nadie mejor en el mundo para él. O sea que Violeta Veloz es lo tuyo, piensa, y yo siento la envidia: se imagina Duque descarnándola y haciéndose un disfraz con la piel de su amiga, solo así podría él amarla. De la misma forma desinteresada que lanzó el comentario, se levanta Chimbo del escritorio con una carpeta en la mano y entra en la oficina del suboficial

Collahuaso, quien toma las hojas, las lee y dice en voz alta para que todos se enteren:

—No sé cómo lo hace, sargento Chimbo, pero nunca en mi vida había visto un policía con tan buena ortografía y tan buena prosa.

Solo ha estado con ese hombre: será madre soltera. La seduce él con un carisma que no había visto antes: le presta toda la atención del mundo, cuando ella habla no hay nadie más importante, se ríe y celebra sus bromas, incluso las malas, con histriónicos aplausos. No puede creer que él la ha abordado, de entre todas las amigas y mujeres en el bar, precisamente a ella, la frágil, la insegura, la fea. Sus amigas no pueden creer su suerte: que semejante hombre se haya fijado en la mujer del cabello desaliñado. Entre cerveza y cerveza, en una de las zonas universitarias de Quito, besarse para ella se vuelve algo tan natural como despertar de un sueño dentro de una nube, y lo que le sigue a eso es más orgánico aún. Deseosa, se entrega ella a la experiencia que mitificará el resto de su vida.

Pasa el tiempo. Hace cálculos, pregunta a sus amigas y finalmente el doctor confirma su estado de gestación. Cuarenta y tres semanas después de aquella noche, da a luz a un bebé que, todos en el quirófano lo reconocen, es genuinamente magnífico, nada de los falsos cumplidos que se dan a los nuevos padres. Como madre soltera, le da su apellido y lo cuida como al hombre de su vida, por eso le jura exclusividad: no deja que nadie más entre en su corazón, así el pequeño crece sabiéndose único, quizá por eso muy rara vez llora. La explotan como cajera en un supermercado, que le da lo suficiente para que a Carlitos Chimbo no le falte nada.

Se acerca el momento en el que debe entrar al jardín de infantes que se llama Jatari, pues está al borde de los cinco años, pero casi no ha dejado que socialice con niños de su edad. Por eso decide llevarlo todos los días al parque cerca de su casa, así jugará con otros en el arenero y la resbaladera, subirá a los árboles y se ensuciará. Si se lastima, ahí estará ella para socorrerlo, para mitigar al mundo que deprime a todos por igual, excepto a él, a él no podría aplastarlo, él no es normal, piensa ella.

Es durante el primer fin de semana de parque que Carlitos tiene la oportunidad de socializar. Lo sienta ella junto a una niña en el arenero. Dos niños que estaban en los columpios piden ayuda a sus padres para bajar y se integran a la diversión. Deja una niña sus muñecas sobre la hierba y va a sentarse al lado de Carlitos, que ya sueña con ser policía. Observa la madre que, en el lapso de una hora, aparecen más padres con sus hijos: están vacías las demás atracciones del parque, necesitan todos estar en el arenero con el hijo pródigo que vuelve a jugar. Se lanzan arena, pero en realidad es otro el juego: compiten los niños por congraciarse con Carlitos, por eso se halan de los cabellos, se golpean. Quieren reclamarse los padres entre sí, pero se calman ante la imagen de ese bello ejemplar humano que está en el centro, al que todos los pequeños acuden para besar, tocar y entregar regalos: rocas pequeñas, envoltorios de chocolate, masas de arena ensalivada. Llega un punto en el que no puede resistir el acoso y entra su madre al rescate: lo saca del arenero y todos los niños empiezan a llorar. Los padres reclaman tan súbita e innecesaria partida, prometen controlar a sus hijos para que Carlitos se quede.

Con el niño en brazos, bien protegido, se aleja ella del parque reflexionando en lo que ha visto. Entiende dos cosas: uno, no

importa cuánto trate de retenerlo para sí, le pertenece Carlitos al mundo y este vendrá a reclamárselo tarde o temprano, vivo o muerto, porque los milagros se conforman con la apropiación de la gente, de su pasión. Dos, comprende por qué nunca se animó a darle un hermano: aunque lo trate y lo desee con todas las fuerzas, sabe que una quimera así nunca podrá replicarse.

No es normal verlo trabajar así, tan solo. Pero no se trata de una soledad existencial, sino de la falta de algo que debería yacer en los ojos de quien lo observa: lo hace todo Carlos Chimbo con tal gentileza que es antinatural que la música de una sinfónica no lo siga a todas partes, de la misma forma que no es posible concebir un ángel sin sus alas, largas como las de un cóndor, abiertas sobre los montes andinos que las impulsan.

Es fácil imaginarlo con aquellos himnos de amor, a su lado adonde quiera que vaya: me basta con verlo y completo el cuadro con música solemne, que es consecuencia habitual de la gente formidable, la que enamora. Lo veo regresar a la recepción con una sinfonía a su lado y pedir paso a los policías sentados en las escaleras, abatidos. Reaccionan ellos de inmediato y se hacen a un lado, apretándose, temerosos de que alguna parte de sus sucios uniformes roce la delicada seda de la que debe estar hecha la ropa de Chimbo. Ni con una reina tendrían semejante presteza. Contemplan los zapatos relucientes subir con energía las escaleras, y les devuelve él una mirada hecha de compasión. Lo escoltan los ojos hasta la habitación 302, donde entra no para resolver el caso, sino para solucionar la melancólica vida de los seres humanos. Está adentro solo, pero todavía hay unos ojos que lo observan desde afuera, temerosos de pedir asilo con él,

en la habitación en la que le parece haber vivido los últimos días. Creen esos ojos que la prisa del detective se debe a que quiere recuperar su gabardina, que alguien ha doblado y colocado sobre la cama con tal delicadeza que parece un bebé descansando, pero pasa de largo al verla. Sé lo que piensa, creo saber lo que piensa, y me excita la idea. Lo veo moverse con frenesí por la habitación, buscando algo que no entiende porque es informe. Se acerca a la ventana y, muy pegado, trata de ver hacia arriba, a la habitación 402. Busca una forma de salir, trepar por la estructura exterior y entrar por el ventanal, haciendo gala del factor sorpresa que se les permite a hombres como él. O eso imagino, pues el pensamiento tiene dos vertientes: una cosa es saber lo que piensa y otra muy distinta es sentir lo que piensa. La primera es fuente del progreso, la segunda: del placer y del miedo.

Aunque haya vivido ya el final, quiero creer que podrá salir por el ventanal y escalar hacia el rescate, donde lo aguardo desde siempre para lograr la completitud. He visto cómo terminará, por eso no me sorprenden los pasos firmes que resuenan en el cielorraso, que se mueven con determinación, pero sí me entusiasma la calculada reacción de Chimbo hacia ellos: los sigue con los ojos y los oídos, como el deseo que se eleva en el aire cuando la vela se ha apagado. Sentimos ternura el policía del dintel y yo al ver su reacción cuando los pasos se detienen, luego vienen segundos de silencio que preceden a la llamada telefónica, que contesta Chimbo.

—Soy yo —dice la voz andrógina al otro lado del teléfono.

—¿Ya estás lista para negociar? —dice Chimbo tratando de escuchar cualquier sonido de fondo de la habitación 402 que pudiera darle pistas: para ello cierra los ojos y las pestañas rizadas se le acentúan—. Dime que están bien, Kaicedo y García.

—Yo estoy bien —dice la voz—. García también está bien, muerto de miedo.

—Violeta, debemos resolver esta situación...

—Me llamaste por mi nombre —interrumpe la voz.

—Sí, Violeta, creo que en este punto ya nos conocemos.

—¿Y te gusta mi nombre? No me respondas, yo sé que sí: alguna vez dijiste que yo era linda.

—¿Yo? ¿De qué hablas...? Esta situación no va a poder continuar por siempre. Sabes que eventualmente voy a entrar en la habitación y no quiero que te pase nada malo.

—Sé que vas a entrar aquí... Lo peor ya ha pasado, así que lo que pase de aquí en adelante solo podrá ser bueno. Esta idea me consuela.

—Entonces ¿sientes que voy a subir a la habitación?

—*Quiero* que subas a la habitación, ya no hay luz del sol. Sube a las nueve de la noche. Te prometo que liberaré a uno de los dos.

—A los dos, libéralos a los dos.

—No presiones —dice la voz—. Sube a las nueve y uno de ellos se va sano y salvo si tú entras en su lugar.

—¿Y el otro secuestrado?

—Todo a su tiempo, pero te prometo, si te portas bien, que él también se irá libre, sanito a su casa.

—Confío en ti, Violeta, creo en tu palabra.

—Tienes mi palabra —dice la voz—, por eso te confieso que siempre has estado hablando conmigo, no con Kaicedo, aunque estoy seguro de que eso ya lo sabías. Perdona si insulté tu inteligencia. —Se corta la comunicación.

Salvo breves ocasiones, sobre todo al inicio, siempre supo Carlos Chimbo que hablaba por teléfono con Violeta Veloz,

que la impostada voz de Kaicedo no podía reaccionar al torrente del pensamiento de la secuestradora, si esta le estuviese dictando qué decir. En algún momento sí sintió que insultaba su inteligencia, pero el manual es claro: no se puede contradecir al secuestrador. Siente alivio con la confesión, eso es lo que yo creo. Por su parte, la voz al otro lado del teléfono se consume por el azoramiento de saber que el amante está cada vez más cerca, cuyo anhelo de vida se muerde la cola y gira.

No puede evitar sentirse torpe por haber pensado en salir, de alguna forma, por el ventanal, aunque este sin duda muestre signos de deterioro, como todo el edificio, para trepar e ingresar en la habitación 402. Es una idea boba que se le cruzó, se siente idiota, o debe sentirse así, yo no puedo saberlo a ciencia cierta porque es su cuerpo el país que me niego a invadir. Quizá ni siquiera ese fue su plan, sino la suposición que hicimos el policía del dintel y yo dentro de él al sabernos exiliados de la frontera de su piel, porque al adoptar los sentimientos de quienes poseo también absorbo el lenguaje y lo repito: sentimiento y lenguaje, hojas de roble y de tilo que se entrelazan en cascada, yo las he visto, las rememoro como repaso los pasos previos al clímax porque así se incrementa su potencia, se recrea este con resplandor antes de que el tiempo y el universo reinicien en mí. Es relamerse los labios en un día seco y caluroso para no morir de sed.

Cuelga el auricular Carlos Chimbo y, con paso tajante, atraviesa la habitación, pero en el dintel aparece el oficial Méndez, que está feliz de traerle nuevas noticias.

—Sargento, tengo la información que me pidió. La señora Chiriboga no tiene teléfonos, ni fijos ni celulares,

registrados a su nombre, en ninguna de sus propiedades, porque aparte de la casa que usted visitó, donde arrienda la secuestradora, tiene una casita en Tumbaco. Así que ella le dijo la verdad.

—Pensé que tal vez si tenía teléfono, ella podría haber realizado la llamada desde ahí, después de todo, la casa está convenientemente cerca. Es una pésima presunción creer que la llamada al 911 salió del hotel.

—La llamada fue hecha desde un teléfono fijo, no comercial, del norte de Quito. El número pertenece a la señora Edith Delfina Gutiérrez Zárate: quiteña, viuda, un hijo, sesentainueve años. Tiene solo una casa registrada a su nombre, que es de donde salió la llamada. —Méndez le extiende un papel que contiene palabras y números anotados con esmero. Lee Chimbo y dice:

—¡Vive en las calles Manuel Camacho y Portete! Eso es...

—Eso es cerquita de aquí, a la vuelta nomás, por donde usted bajó corriendo para ir a la casa de la señora Chiriboga. Eso se me hace muy raro...

Toma la gabardina de la cama y la extiende frente al oficial Méndez, quien cree presenciar la revelación de un secreto. Se la pone con presteza y se completa el efecto: es nuevamente el detective que se viste para soportar el frío de páramo de Quito, en las noches de verano.

No pide mayores explicaciones porque está al tanto de su incompetencia, lo saben todos en la jefatura, por eso nadie lo defiende. Tuvo suerte de que su negligencia en el caso de El demonio de Quito se haya tratado como un desliz y no como ocultamiento premeditado de información, lo que podría haberlo llevado a juicio. Es una baja deshonrosa mejor destino

que la prisión. Sin el olvido de José Duque, habría resuelto Carlos Chimbo el caso, por lo menos, seis meses antes, según el cálculo *grosso modo* del suboficial Collahuaso, sobre quien también habría pesado una sanción por ser la cabeza visible del equipo en el que Duque figuraba como asistente investigador 3.

Mientras fingen trabajar los oficiales cerca de la oficina para escuchar la reprimenda, con Chimbo observándolos desde su escritorio, oye Duque las palabras del suboficial Collahuaso y las acepta como la espada de Damocles que finalmente ha caído sobre su cabeza. Se parece el discurso a los de su padre quien, cuando niño, solía hablarle así, pero pronto la voz subía de tono, lo que marcaba la inminencia de los golpes. Y su madre no lo defendía. Ningún abuso se compara a la memorable paliza que le dio cuando lo encontró probándose ropa de mujer en su habitación. Tampoco hizo nada su madre cuando lo hospitalizaron en el Pablo Arturo Suárez, así como tampoco movió un dedo cuando su esposo, meses después, murió envenenado. De todas maneras iba a morir de cirrosis, dijeron sus compañeros policías cuando la investigación se cerró oficialmente: estaban ellos al tanto de sus andanzas y asumían que el veneno provino de alguna de sus amantes, eso quisieron creerlo. Nadie quiso investigar más porque se ensuciaría el nombre de la Policía Nacional: un oficial alcohólico, que golpeaba a su familia, había muerto no quizá por mano de una o más amantes, sino de su propio hijo, que estaba estudiando para entrar a la Fuerza y del que se rumoraba era homosexual. Era demasiada ignominia para una entidad levantada con las columnas del machismo. Tras el funeral, al que no fue su hijo pero sí su esposa, un par de amantes y toda la jefatura de Policía, nadie quiso saber nada más de él, así que procuraron olvidarlo.

Cuando sale de la oficina, ya todos saben el destino de José Duque. No está él desconcertado por el rechazo de una vida laboral que, a todas luces, le queda grande: lo que más le preocupa es que no podrá ver a diario a Carlos Chimbo, quien lo observa desde su escritorio y lo sigue con la mirada desde que sale de la oficina hasta que todos los colegas lo arrinconan para decirle cuánto lo sienten. Nos sigue observando Chimbo con una atención tan aguda que no podemos evitar ponernos ansiosos, empezamos a temblar porque quizá ha entrado el deseo en él, ahora que ya no serán más compañeros de trabajo. ¿Es posible? Quiero creer que sí, pero la respuesta viene a mí en lentos espasmos: sé la verdad, pero Duque no, por ello, al deshacerse de los buenos deseos de sus compañeros, se acerca hasta el escritorio de la divinidad, siempre haciendo contacto visual, uno tan intenso que su cuerpo se debilita a medida que avanza, como el sediento que con su último respiro se arrastra hasta el estanque colmado de imponentes cisnes y pavos reales.

—Hola, Duque —dice Chimbo y tiene su voz el efecto balsámico que el expolicía esperaba recibir tras el despido—. ¿Cómo estás?

Se encoge de hombros Duque, es lo único que atina hacer porque se le resbala la voz por la garganta y lo percibe Chimbo: cree que se debe al despido, pero en realidad conoce Duque el poder de la lástima, y aunque quisiera acentuarla, en ese momento es sincera: es la autodestrucción del condenado que puede manipular con la pena, furia similar a la del amor.

—Siento mucho lo que acaba de pasar —dice Chimbo y quisiera Duque cerrar los ojos para ser hipnotizado a oscuras, con un susurro—, tú sabes que hice todo lo posible para protegerte y proteger y resolver el caso, pero la ley es inflexible.

Estoy seguro de que si pones más atención, te irá mejor en cualquier proyecto que te propongas.

Es lo que esperaba: lo recubre su voz como un ungüento que alivia temores cuando la piel lo absorbe. Sentimos el efecto sanador en cada poro, adentrándonos como el viento en la ropa en un día de caluroso verano. En este momento no hay nadie más a quien le esté dedicando Chimbo su atención y por eso quisiéramos celebrar toda la vida, que la existencia se convierta en carnaval. No deseo que termine, pero los buenos deseos acaban y debe alejarse Duque. Repito una y otra vez el diálogo de Chimbo y me quedo anclado en la sensación de abrazar a una madre cuando te has lastimado en el parque, la satisfacción de conquistar el cuerpo deseado tras semanas de plática. Entonces se va Duque y otra vez debo enfrentarme a la finitud que solo es capaz de entregarme Carlos Chimbo. Al igual que Duque, como el resto del envidioso mundo, quiero vivir dentro de ti, pero necesito que tú me tomes porque yo soy incapaz de dar el primer paso: con timidez y sofoco es como conocemos el amor.

Es la expectativa lo más nefasto para las mentes perturbadas por el deseo. Repasa una y otra vez todos los posibles escenarios para el desenlace del día de su despido y en todos es feliz y ama, incluso en los que hay violencia. Para preparar el final de la historia, se ha buscado una ocupación que lo mantenga en la oficina hasta que todos se marchen, de manera que solos queden él y Chimbo, que sigue trabajando en su computadora. Saldrá Duque dentro de poco de la jefatura, como un empleado más que ha renunciado, escoltado por dos policías como exige la ley, pero ha hablado Chimbo con el suboficial Collahuaso y le ha dicho que está preocupado por

la psiquis de Duque y cree que sacarlo con escolta solo podría empeorar la precaria situación del expolicía, que de por sí ya era caótica.

Pasan las nueve de la noche. En la jefatura, excepto por los policías de turno que están en la planta baja, no queda un alma. Solos están José Duque y Carlos Chimbo, el primero observando al segundo y este escribiendo en la computadora. Se nos cocinan las entrañas en un caldo primigenio cuando se pone de pie Duque y camina hasta el escritorio, arrastra una silla con ruedas y se sienta al lado del detective, quien, atento a su colega, termina de escribir la idea que tenía en mente, relacionada con un caso inconcluso del Tieso y la Chorreada. Le dice:

—Duque, ¿para qué soy bueno?

Una pregunta que podría hilvanarse con una larga retahíla de adjetivos más contundentes y eróticos que *bueno*.

—Vi cómo me mirabas hoy —dice Duque y yo tiemblo porque pone su mano sobre el muslo carnoso de Carlos Chimbo. Vuelo fugaz de él para no desléirme al contacto. Me quedo en la oficina, observándolos como el espíritu que no puede abandonar la selva hasta descubrir una especie que se presumía extinta. Es un contacto mínimo el de la mano, pero aun así puedo colegir los contornos y la dureza de los músculos de esa zona, adivino el frenesí sin retorno que vive su frágil corazón.

Es Duque una fuente de sangre represada que ansía explotar, es Chimbo el pájaro que se ha posado sobre ella para refrescarse. Quiero creerlo. A medida que se acerca Duque a los labios de Chimbo, se pasma el rictus del amado, así que elegí un buen momento para salir del cuerpo grotesco de Duque, pues no soportaría lo que está a punto de pasar. Cuando está a escasos centímetros del rostro del detective,

lee Duque el semblante y, con horror, descubre lo que piensa: se dejaría besar si eso lo hace sentir mejor, incluso se dejaría poseer, pero no habría placer, aquello no sería más que un gesto altruista, que es el mayor insulto para el coito. Entonces, asustado, se repliega en su silla y quiere hundirse, que esta se convierta en el pozo fétido que siempre ha sido su vida.

—Duque, ya tuvimos esta situación y creo que la dejé en claro —dice Chimbo con voz calmada, como si no fuera con él. No denota emociones su semblante, es la perfecta máscara de hierro que no permite leer el espanto del enclaustrado. El de Duque, en cambio, apenas se da abasto para contener las emociones que el segundo rechazo le provoca.

—Pero yo te vi cómo me veías...

Es lo único que atina a decir antes de tener que concentrar todas sus fuerzas en sostener las ganas de llorar. No dice nada Chimbo y solo esboza una ligera sonrisa de medio lado, tan ligera que amenaza con irse navegando conmigo sobre ella. Hasta para rechazar es un poeta. Pero eso no lo consuela, ¡cómo podría!, entonces empiezan a chamuscarse las redes internas y se despeña el entendimiento desde una torre de piedra. Adentro de él ya no cabe ni una sola idea de bienestar o placer, solo hay una canoa sin remos penetrando la zona más tempestuosa del río Estigia, del que no saldrá jamás, y mientras se hunde en el agua fangosa, con penitentes iracundos acechándolo, comprende que solo por la fuerza podrá conseguir lo que anhela. Quiere golpearlo, quiere escupirle —de preferencia dentro de la boca: aun con ira fantasea—, quiere hacerlo suyo de la forma en que fue criado: con violencia. En pocos segundos, repasa decenas de frases posibles para no dejar que el ser amado se vaya para siempre, pero todas tienen una carga eléctrica que sacudiría incluso a las almas penitentes de ese río. No lo sabe aún, pero acaba de

perder todo contacto con la realidad y ahora deberá crearse una en la que sea posible un final feliz entre los dos. De todas las frases, solo atina a decir:

—Estoy seguro de que si yo fuera Violeta Veloz no tendrías ningún problema...

—¿Violeta Veloz?

—No te hagas, bien que te gustó cuando la viste, eso me dijiste.

—No sé de qué hablas —dice Chimbo y ha desaparecido el efecto balsámico del cuerpo de Duque—. Has tenido un día largo, creo que sería bueno que vayas a descansar. Te deseo lo mejor, Duque. Avísame si en algo te puedo ayudar.

Se retira de la escena Carlos Chimbo con paso sereno. No puede José Duque evitar sentirse desnudo y entumecido en el filo de una cama hecha de pesadillas.

Está ilusionada la pareja. Al fin se besan, al fin, pero el perro *schnauzer* de ella se pasea por las piernas de él y empieza a arruinar el momento, pero a nadie le importa cómo terminará el idilio porque el pequeño Tomás, de ocho años, ha conseguido convencer a su madre de que se queden un poco más. Se ve recompensada su esperanza finalmente cuando los reflectores encandilan la entrada del hotel y descubren al detective Carlos Chimbo saliendo por la puerta principal, empieza a correr por la avenida Eloy Alfaro hacia el norte, con la gabardina ondeando en el viento como un manto sagrado. Apenas inicia la carrera, estallan los curiosos en vítores. Alcanza el paroxismo la situación cuando llega a la barrera y se detiene para no lastimar a nadie con su velocidad. Con megáfonos, piden los policías que lo dejen pasar, pero

también quieren ellos ser civiles para tocarlo y comprobar que es real, que no es un sueño del que se despertarán demasiado pronto.

Camina Chimbo entre la gente y destaca su estatura con donaire de la masa. Tocan la gabardina los curiosos como si fuera la primera vez que ven una prenda no confeccionada con hojas de árbol: se saben salvajes en tierras remotas que han sido conquistados por el blanco y, por primera vez, están felices con el sometimiento. De todos los ojos que Chimbo tiene anclados en el cuerpo, siente un par que destaca por la idolatría: baja la mirada y encuentra la del pequeño Tomás, que está a punto de llorar porque ha visto y tocado a la persona que más admira en todo el mundo. Le sonrío Carlos Chimbo y se emociona él. Mete la mano en el bolsillo de la gabardina y saca una pluma fuente, que se la entrega al niño. La toma él con tanto cuidado e incredulidad que mira a su madre para que esta le certifique lo que está pasando.

—¿Qué se dice? —dice la madre.

—Muchas gracias, señor Chimbo.

—Sabes mi nombre. El tuyo es...

—Tomás.

—Mucho gusto, Tomás. Ahora debo irme —dice Chimbo, y tan pronto como lo ha dicho, desaparece. Está ya en la mitad de la calle del Colegio 24 de Mayo, y para cuando los curiosos dejan de aplaudir, ya está descendiendo por la Portete. ¿Cuánto le ha tomado la interrupción? Quizá cinco segundos que Tomás jurará que duraron toda una vida.

De vuelta a la velocidad, se prepara Carlos Chimbo para abordar otra vez a una nueva mujer y espera que todo fluya como con Amada Chiriboga. Mientras corre, no puede dejar de pensar en su madre, en cuánto le habría puesto nerviosa

este caso, lo que no habría mermado el orgullo. La siente como un escudo que lo protege del viento de páramo de Quito, que empieza a soplar con más fuerza porque se acerca el final. Su madre le habría pedido que abandonara el caso porque no quiere perderlo y la habría calmado él con un abrazo sincero y un *estoy bien, mamá, nada malo me va a pasar*.

Recibe una brisa perfumada la gente agolpada en la calle Portete, afuera del edificio esquinero, y aunque más tarde intente descifrar qué esencia era, no logrará ponerse de acuerdo: unos dirán rosas recortadas, otros eucalipto del Parque Guangüiltagua, los más avezados esgrimirán tierra después de la lluvia. En todo caso, dirá alguien, un aroma natural que inspira vida. Alcanza su cénit el perfume cuando se detiene Carlos Chimbo junto a ellos para observar la residencia que está rodeada de curiosos y una ambulancia, cuyos reflectores iluminan las paredes de esa zona residencial.

No tiene que pedir que lo dejen pasar porque la masa ávidamente se abre y la atraviesa Chimbo, camina a mi lado mientras reprimo el deseo de acariciar su cabello con el cuerpo de alguien más. Les explica a los policías que custodian la puerta por qué está ahí y ellos, jubilosos pues lo han reconocido, confirman que se trata de la residencia de Edith Delfina Gutiérrez Zapata, que está adentro siendo atendida por dos paramédicos.

Suben los oficiales las cintas amarillas que separan la escena de los curiosos. Se agacha para ingresar y escucha los rumores que habrían pasado desapercibidos para cualquier otro policía, pero no para él, que siempre oye a todos. Son los murmullos otra clase de súplica: separa los que se refieren a él de los que hablan del caso:

—La señora era bien rara.

—Toda esa familia estaba loca.

—Ojalá se muera por cómo trataba al niño.

Da un último vistazo Chimbo a los rostros de los curiosos que reverberan por las luces rojas de la ambulancia y busca las bocas dueñas de los comentarios, pero todas están ya cerradas, admirándolo desde abajo, y él arriba, en el podio que son las cinco escaleras que ha subido. Ve una mano que lo saluda: devuelve el saludo y entra en el edificio. Le recibe el olor a aire atascado, a naftalina, a alfombra sucia, a planta seca, a orina rancia. Se le acerca uno de los tres policías que investigan en la escena y, después de confesarle que admira su trabajo, le dice:

—Soy Eva Pazmiño, sargento Chimbo. Recibimos la llamada de un familiar de la señora Gutiérrez. Dijo que tenía que pasar por aquí para dejarle una plata, pero como no abrió se preocupó, ella siempre está aquí, dijo, nunca falla si es cuestión de dejarle plata. Los vecinos le dijeron que no había salido y que la habían visto adentro en el día, varias veces. El familiar se puso las pilas y en lugar de llamar a la Policía, que le habría dicho que espere setenta y dos horas desde la desaparición, llamó a la ambulancia, y estaba en toda la razón. Venga por acá, sargento.

Mientras lo escolta, sube Pazmiño el tono de voz para llamar la atención de todos en el departamento: *necesita* que sepan que es con ella con quien está Chimbo, que es la única persona a la que le presta atención en todo el mundo, en ese momento exacto de la historia. Puedo percibir su placer, que se mezcla con altanería: camina como un pavo real que busca cortejo. Por su parte, examina Chimbo el lugar: se trata de un departamento pequeño en la primera planta de un edificio de cuatro, que intenta mantener el decoro de

épocas mejores. Alcanza una torre de periódicos el metro de altura, yacen claraboyas nuevas y quemadas por el sol sobre los sofás, llegan al cielorraso tres pilas de macetas vacías y sucias, una colección singular de colchones junto a una mecedora...

—Parece que la señora era acumuladora —dice Chimbo y no puede Pazmiño creer que esté hablándole. Contiene la emoción y lo único que puede sacar de su garganta es un sentido *así parece*, luego del cual se siente boba.

Con dificultad camina por la sala y concentra su vista en un teléfono rojo, de disco y cable rizado, del que supone llamó al 911. Pasa la pared que separa la sala del comedor y, en el suelo, descubre el cuerpo cubierto con una cobija que tomaron de la cama. Lo saludan dos paramédicos con vehemencia y con la sonrisa vergonzosa del que reconoce al ídolo cuando menos se lo espera. Dice uno de ellos:

—Parece que murió hace unas dos o tres horas como máximo. La encontramos botada al lado de la mesa...

—Por como encontramos todo, murió envenenada —dice Pazmiño para recobrar la atención del detective—. Aún hay que hacer los análisis de laboratorio, aquí mis compañeros están levantando evidencias, pero es casi seguro. La señora Gutiérrez se sentó a merendar de ese plato que, suponemos, sacó de la refrigeradora y calentó en el microondas. No se acabó el seco de pollo, sargento Chimbo, porque empezó a vomitarlo, como se nota en su ropa, en el plato, en la mesa, en el suelo —dice la oficial Pazmiño señalando los lugares que Chimbo sigue con los ojos—. Parece que quiso pedir ayuda, pero no llegó a dar ni dos pasos, cayó aquí mismo y se ahogó en su propio vómito mientras se le reventaban las tripas. Perdone que sea tan gráfica, sargento, usted no se merece oír este tipo de cochinas.

—He visto cosas peores, oficial. Es parte de mi trabajo.

—Claro que sí —dice Pazmiño, satisfecha de poder retener a Chimbo a su lado con la siguiente pregunta—: Si me permite, sargento, ¿cómo se enteró tan pronto de este deceso?

—Quisiera decirle que todo se trata de una coincidencia —dice Chimbo y explica lo del teléfono y la llamada de la secuestradora. Han dejado los policías y los paramédicos de hacer su trabajo para escucharlo con atención. Les reconforta su tono de voz ante la muerte, a tal punto que cree Pazmiño que si sigue hablando, la mujer resucitará.

Antes de salir de la jefatura, la llama por teléfono, contesta ella y, al notarlo alterado, accede a verse de inmediato, a pesar de que por el sector pronto estará todo cerrado. El único café que conocen por la zona es el de la calle Correa, que además tiene buena comida vegetariana. Una vez instalados en la mesa, narra José Duque la odisea que fue bajar desde la jefatura a pie, cargando la caja con sus pertenencias, hasta el café donde Don Pedro toma un tinto todos los días en la mañana.

Observando cómo afea la calle la torre de telecomunicaciones, le pregunta mi anfitriona a qué se va a dedicar ahora que ha perdido su trabajo. Duque, donde ahora no quiero estar, responde con vaguedades, como si el interés por estar acompañado se le hubiera espantado en un santiamén. Así entiende Violeta Veloz que la pena viene de otra parte, una más oscura, que tiene relación con el detective. Le deja que respire, que se desahogue en silencio. Parece no querer nada más que observar la torre, callado. Como no soporta ella ese estado, empieza a contar lo que hizo en el día, pero al expolicía no le entretiene: si no fuera tan hermosa, no se habría fijado

Chimbo en ella y la preferiría sobre él. En eso fue claro el detective, lo recuerda como si se lo hubiera dicho hace unos segundos, que así es, lo dice ahora mismo:

—Muy linda la chica con la que estabas ayer.

Si fuera él un poco más como ella, si tuviera su cabello largo y castaño, los pómulos salientes y los dientes perfectos, si tuviera esa lozanía similar a la de Chimbo, si pudiera llevar a buen puerto una conversación trivial, si fuera, en suma, otra persona, no lo habría rechazado dos veces.

—Claro que eres muy linda —dice Duque y corta la frase el tren de ideas que conducía ella de lo más emocionada. Se queda pensando unos segundos y decide aceptar el piropo, sonríe y agradece—. Es la verdad, eres muy linda. Ya quisiera yo tener tu cara, así seguro Carlos se fijaría en mí.

A esta frase le sigue un largo discurso, interrumpido solo por el llanto ahogado, en el que relata Duque todo sobre el segundo rechazo. Lo que no cuenta es el reproche que le hizo, del que estaba seguro: a Violeta Veloz no la rechazaría. Me quedo dentro de ella escuchándolo, es normal e innegable que crea él eso. Es el carruaje de la destrucción. Presumo que Carlos Chimbo ni siquiera recuerda haber dicho esa frase, no porque no tenga buena memoria, nada más alejado de la verdad, sino porque, supongo, lo dijo de la misma forma que se da un comentario sobre el clima frente a alguien que apenas se conoce. Pero no puede verlo así Duque, y lo entiendo perfectamente, porque es la ceguera la herramienta con la que construimos a los ídolos y a los amantes.

Aunque Duque está convencido de la respuesta, potenciado por la candidez y amabilidad de Violeta Veloz, dedican el resto de la noche a armar teorías sobre qué tipo de mujer le gusta a Carlos Chimbo. Desenvuelven estereotipos, enredan prototipos, ensamblan mujeres perfectas, dignas del

detective, pero ninguna alcanza la grandeza necesaria, a pesar de que Violeta se imagina a sí misma y Duque a sí mismo, pero este con el rostro y el cuerpo de su amiga proyectados sobre su fisonomía, ante lo cual se autocalifica de esperpento. Después, señala Violeta Veloz que no es difícil imaginar a Carlos Chimbo enamorado de un hombre, un digno adonis, por supuesto. Ante la teoría, reacciona Duque con vehemencia y la apoya porque le conviene y porque está hecha de obviedad: como la madre de Chimbo en su momento, saben que es patrimonio colectivo un ser humano excepcional, merecen un pedazo de él y será destazado en su momento por el mundo. Me reconforta saber que me pertenece una migaja de él, idea que me viene por oleadas, como la fiebre, pero al pasar a una instancia superior del deseo, ratifico el mismo anhelo de Duque, que es la razón por la que es él mi vasija ideal: la firme determinación del celo irrespetuoso, del quererlo todo aquí y ahora, no compartir el sedoso botín porque nadie es digno.

Les dice el dueño del café que va a cerrar en diez minutos, así que se apresuran a pagar y suben por la calle, pasan al lado del Hotel Don Pedro.

—Qué raro es este hotel —dice Violeta Veloz admirando las ocho plantas en la oscuridad quiteña—. Jamás he visto a una sola persona hospedada. Y aquí sigue, miles de años después. Lo recuerdo desde que tengo uso de razón. Quizá sea lavado de dinero.

—Tampoco he visto a nadie —dice Duque—, también lo recuerdo de toda la vida.

Caminan por la avenida Eloy Alfaro hacia el norte y bajan por la Portete, hacen el mismo trayecto que hará Carlos Chimbo en su búsqueda de la verdad, tiempo lineal después. Dentro de Violeta Veloz, apurada porque parece que va a llover, puedo ver al detective corriendo a nuestro lado,

ovacionado por los curiosos. Quiero dejarla y seguir su rastro frutal, pero me contengo porque también estoy ahí, volando tras él, percibiendo su fragancia.

Caminan en silencio los amigos por la calle que, a esa hora, está tan muerta como un domingo de feriado. No se dicen nada porque cada uno, por separado, ha escrito el borrador de un plan para poseer de una buena vez al detective. No se cuentan los propósitos porque, en el fondo, se saben rivales: todo ser humano que ve a Carlos Chimbo se convierte automáticamente en contrincante, pues todos somos sus creaciones, es él nuestro Pigmalión personal, y lo que hagamos para cobrar vida, para transformar el inerte mármol en carne palpitante y enardecida, es completa responsabilidad suya. Mírame cómo he existido, mira los extremos a los que nos conduces, fastuoso rey de Chipre.

Dentro de Eva Pazmiño, analizo el rostro de Carlos Chimbo mientras observa el cadáver de la mujer, a la que ha destapado. Está desconcertado, eso nos parece, eso tiene que ser: es uno de los inverosímiles segundos en los que dentro de la divinidad reina la injusticia de una naturaleza cáustica. Está Pazmiño tan poseída como yo, por eso se le acerca, quiere tomarle de la mano y consolarle, entonces tendría que esfumarme porque aún no estoy listo para repetir el instante infinito. Pero no se atreve, sabe que se verá mal y todos la envidiarían. Si él no hace algo para dejar de ser así, un día terminaremos despedazándolo con ternura y salvajismo.

Se acuclilla al lado del cadáver, lo analiza, cree reconocer las formas. La cubre de nuevo, se incorpora y da un vistazo en derredor. Etéreo, se acerca a los portarretratos de las paredes y del aparador, que presume también menaje de plata falsa.

Muestran las fotografías a la señora Gutiérrez acompañada por su esposo, mirando directo a la cámara, en diferentes partes el país que reconoce Chimbo: en la playa Los Frailes, en el centro de Bahía de Caráquez, en un parque de Azogues, junto al río Tena, en los botes del parque La Carolina en Quito... No son actuales las fotografías, la más reciente tendrá, en el mejor de los casos, veinte años. Le llama la atención que en solo dos aparece un niño en segundo plano, que bien estaba jugando por ahí cuando tomaron la foto o bien ninguno de los padres se interesó por retratarlo.

—Oficial Pazmiño —dice Chimbo—, reporte lo que ha pasado en este lugar al suboficial Collahuaso y al oficial Méndez, que está en el caso del Hotel Don Pedro.

Asiente ella y se va. Abandona Carlos Chimbo el comedor y camina por un pasillo oscuro, al fondo del cual examina un baño que, a diferencia de la sala y el comedor, no tiene rastros de suciedad o acumulación. Ingresa en la habitación principal, a la izquierda, y encuentra una cama vieja de tres plazas sobre la que yacen las cobijas hechas un remolino. Tiene la mesa de noche un reloj despertador y unas gafas empolvadas, la otra mesa una pila de unas cuarenta revistas viejas. Se debe el hedor de la habitación, en parte, al baño anexo que está junto al clóset empotrado. Frunce el ceño Chimbo para enfrentarse a la hediondez. Analiza con la vista, levanta algunos tapetes, toca una almohada en forma de corazón que dice, con letras bordadas, «Felices 15 años de casados».

Sale de la habitación porque no puede soportar más el olor. Afuera se apoya en el dintel del baño aseado y reflexiona unos segundos, viendo la puerta cerrada de la habitación que le falta revisar. Al otro lado del pasillo, lo observan los policías y los paramédicos, con atención. Se da cuenta él, así que saluda con el tenue levantamiento de

la mano derecha y devuelven ellos el saludo con fruición. Lo veo girar el picaporte de la habitación, abrir la puerta y entrar. Al fin estamos solos los dos en ese minúsculo espacio que bien podría ser una cúpula amatoria si tan solo así lo deseara él. Estudio sus gestos, que los sé de memoria porque ha entrado a esta habitación miles de millones de veces, siempre lo veo entrar, y en cada ocasión barre el lugar con la vista y se muerde tenuemente el labio: hace el cerco de carne un doblez que invita a arrancarlo con los dientes a quien lo vea. Como estamos solos, me lo dedica a mí por entero, solo a mí, me está pidiendo que lo bese y lo posea, pero no puedo ahora, pronto lo haré.

Piensa Chimbo en el contraste de esta habitación con el resto del departamento: aquí reina el orden y la pulcritud. Una cama de plaza y media pegada a la pared, bien tendida, con las cobijas atrapadas bajo el colchón. Una mesa de noche sin nada encima. Un escritorio de madera con algunas novelas negras baratas y revistas sobre lo nuevo en armas. La silla dentro del escritorio y las gavetas vacías. Nada en las paredes blancas, ni siquiera un rayón o suciedad, solo un gancho de madera para colgar ropa. Da un paso y se sienta en la cama, abre la gaveta de la mesa de noche y encuentra un cuaderno junto a una pluma fuente seca. Hace un repaso por las hojas y lee:

Cuatro semanas desde la explosión
y tengo aún el estruendo
en la garganta y los oídos...

Termina de leer el poema, cuya fecha de redacción no va más allá de dos meses, y cambia de hoja:

Tenemos las caras tan golpeadas
que nadie reconocería
ni uno de los años
escondidos en los párpados y las encías...

Otro poema dice:

Quiero creer que estoy sanando
pues el puente es más largo
y quiero caminarlo...

Se da unos minutos más para leer otros poemas y luego regresa el cuaderno a su lugar. Son buenos los poemas, concluye, aunque les falta pulirse, sin duda, se podrían publicar. El dueño de la habitación, cuya personalidad contrasta con la de la fallecida, tiene una sensibilidad que no ha visto en mucho tiempo, pero lo cree porque no puede él vernos como nosotros lo vemos a él. Si lo hiciera, sabría que su presencia, en diferente medida, nos convierte en poetas y violadores por igual. Se pone de pie y camina hasta la puerta, detrás de la que —no lo había notado al entrar— figura un cuadro de marco café y vidrio antirreflejo con paspartú. Por la disposición y la atención que se le presta al salir, se trata del objeto más valioso de la habitación. Adentro, protegido como el mapa que habla de las edades heroicas del hombre, que solo adquieren significado con un código enclaustrado, yace una nota amarilla que reconoce el detective Carlos Chimbo mientras se le acelera el corazón:

*Buen trabajo, Duque.
Sin ti no habría sido posible lo logrado.
Sigue así.
CC*

Ahora sabe que José Duque y Violeta Veloz están confabulados en el secuestro, pero se le escapan los motivos y la implicación de cada uno. Suena la verdad como una canción de amor. ¿Cómo es posible que su excompañero haya terminado como parte de un secuestro y, aunque es muy temprano para afirmar, de un dudoso matricidio? Estuvo al tanto Chimbo de los rumores que circularon en la Policía Nacional cuando murió el padre de Duque, también envenenado. Sabe el detective que es difícil que sea esto una coincidencia, sabe que no se aterriza en un caso así, con los implicados relacionados de esa manera, sin que sea premeditado. Sabe Chimbo que Duque nunca estuvo en sus cabales cuando trabajaron juntos, además, siempre vivió presionado en la Policía por su preferencia, por las palizas de su padre y de sus compañeros.

Puedo adivinar lo que piensa Chimbo: es obvio que no tiene responsabilidad su orientación sexual, tiene la culpa la sociedad que al no entenderla, condena al ostracismo a los diferentes. También es diferente Chimbo, pero está del otro lado del espectro: lo aman y desean porque lo componen los valores que la sociedad quiere presumir: belleza, salud, carisma, eficiencia. No entiendo del todo cómo funciona la psique humana, pero estoy seguro de que si la sociedad presenciara el tierno beso de Chimbo con otro hombre, aceptaría la homosexualidad sin chistar, pues en él serían las orientaciones tan naturales que nadie repararía en ellas, como el paisaje que se ve todos los días para ir al trabajo. Orgánico sería el mundo, sería un evangelio amoroso.

Pero también está el poder de decisión, el centro moral de todo individuo: mientras relee la nota que escribió hace tanto, sabe Carlos Chimbo que aunque la sociedad presione, que siempre lo hará, está la capacidad de cada uno de decidir

qué hacer con esa carga, de decidir a qué lado de la balanza inclinarse. Considera que Duque no lo ha hecho bien, que le ha ganado la sociedad, que le han doblegado sus padres. Eso creo que piensa. Ahora solo resta averiguar cuánto involucramiento tiene en el secuestro de Kaicedo, así que llama a la oficial Pazmiño, le explica lo que acaba de descubrir y le pide que ordene una boleta de captura para José María Duque Gutiérrez, que se lo empiece a buscar ya. Sale ella corriendo de la habitación y desaparece al doblar el pasillo.

Se queda Chimbo unos minutos en silencio, incapaz de entender cómo es posible que Duque de un lado de la ley haya pasado al otro. Recuerda la forma cómo le ofreció su cuerpo y la pena que le dio rechazarlo. Tiene adentro el *shock* que confirma la frase *nadie conoce a nadie*. Eso es lo que le jode. Observo con atención su cara reflexiva y memorizo sus gestos porque cambiarán cuando empiecen los zapatazos. En efecto, aquí están: cambia su semblante cuando oye el golpe seco, seguido de otro y de otro. Sale de la habitación y encuentra a los policías agolpándose dentro del cuarto de lavado, con las armas en ristre. Se abre paso y ve lo que ellos intentan entender: todo indica que hay detrás de la vieja lavadora una plancha de metal que alguien golpea con frenesí. Da la orden Chimbo de que apunten mientras mueve el pesado aparato. Incrementan los zapatazos: son golpes desesperados que hablan del fin del mundo.

—A la cuenta de tres—dice Chimbo y se saben los oficiales protegidos porque están con él y nada les faltará.

Uno.

Dos.

¡Tres!

Sé lo que pasará, por eso estoy doblemente enclaustrado: dentro de este frágil cuerpo y dentro de la diminuta prisión que Carlos Chimbo ha descubierto. Con un brazo mueve la lavadora y descubre que detrás hay una pequeña bodega para implementos de limpieza, cerrada por una puerta de metal y asegurada con un pesado candado. Adentro, suplican los zapatazos por salir de la cárcel. Se acerca a la pequeña puerta Chimbo y, a través de las rejas, distingue un cuerpo que se mueve como si se estuviera quemando. No puede reconocer las facciones. Mírame a mí, por favor: no puedes verme, nunca, sino hasta el final.

—¡Busquen la llave del candado! —dice Chimbo—. Una linterna también.

Bajan las armas los policías y salen del cuarto, se oyen sus pasos por todo el suelo tablado, frenéticos. Se escuchan armarios, cajones, puertas.

—Mi nombre es Carlos Chimbo —dice el detective a la persona de la bodega y al oír estas palabras los zapatazos cesan—. Estamos aquí para ayudarlo, pero no podemos verle. Mis colegas están buscando una llave. Dígame su nombre. —Pero desde adentro solo se oyen unos murmullos ahogados—. No puede hablar, está bien —dice Chimbo al interlocutor sumido en las tinieblas—. Por favor, toque una vez la puerta para decir sí y dos para decir no, con su zapato, ¿está bien?

Un golpe.

—¿Está usted herido?

Un golpe.

—¿Está amarrado?

Un golpe.

—¿Es usted José Duque?

Dos golpes.

—¿Es usted su pariente?

Dos golpes.

—¿Puede acercar su rostro a la puerta?

Dos golpes.

—¿Sabe quién lo encerró en la bodega?

Un golpe.

Nada se ve del interior, pero se siente un descenso de la presión, siento a su corazón alimentarse de una esperanza inefable, sobre todo desde que pronunció el detective su nombre. De todos los policías de Quito, justo tenía que ser él quien nos viniera a rescatar. Por eso tengo que estar aquí, dentro de este cuerpo, siempre lo estoy, pero tendré que salir cuando él nos toque: aún no es tiempo.

—No hay llaves en toda la casa, sargento —dice un policía.

—Busquen algo en la ambulancia o llamen a los bomberos —dice Pazmiño tratando de impresionar a Chimbo, pero al ver que este no muestra interés, se agacha para ver mejor la bodega, así hace algo más que sentir vergüenza.

De no ser por la adrenalina del momento, que siempre enmascara la realidad, jurarían el paramédico y Pazmiño ver a Carlos Chimbo crecer una o dos tallas más de masa muscular frente a sus ojos, pero saben que tal cosa no es posible, sus ojos deben estar cansados, al igual que sus mentes. Se agranda el detective con la facilidad de un globo, se sujetan sus manos de la lavadora, sube la pierna y le asesta un zapatazo tal al candado que la aldaba cede. No pueden creerlo. Repite el golpe con tal violencia que el candado, la aldaba y el zapato impactan contra el suelo y copa el ruido metálico toda la vivienda.

Se arrodilla Chimbo y mete los brazos dentro de la bodega, yo emigro al paramédico, toma el detective las piernas e intenta halarlas, pero empieza el cuerpo a protestar

con quejidos apagados. Se saca la gabardina y se arrastra adentro de la bodega donde, con mucha dificultad, caben dos personas. A oscuras estudia la situación, mediante el tacto. Descubre que el cuerpo está amarrado de brazos y piernas, con una mordaza en la boca, recubierta de cinta adhesiva que le da vueltas a la cabeza. Entiende que el cuerpo está atado a un tubo metálico empotrado en la pared. Pide un cuchillo y corta fácilmente la cinta adhesiva. Sale y, gentilmente, empieza a arrastrar hacia afuera el cuerpo. A medida que sale a la luz, se van revelando magulladuras, un pantalón mojado, sangre en la nariz y mejillas, ojeras por haber llorado, un moratón bajo el ojo y, a pesar de todo, un rostro precioso.

La intervienen los paramédicos: la cargan y la sacan a la sala, no le permiten que vea el cadáver en el comedor. Me adentro de nuevo en ella. Nos sientan en el sofá y nos empiezan a liberar. Cuando nos quitan la cinta adhesiva de la boca, con mucho cuidado pero con mucho dolor, rompe a llorar y lucha por lanzarse a los brazos de Carlos Chimbo, quien la observa con atención, a un metro de distancia. Estira los brazos para que él nos envuelva en su pecho, pero solo nos mira, intrigado.

—Le voy a hacer unas preguntas, ¿está bien? —dice Carlos Chimbo sentándose frente a ella, mientras los paramédicos continúan con su trabajo—. Usted es Violeta Veloz, ¿verdad?

—Sí —dice la voz diminuta que lucha por no llorar por la alegría de verse libre y de reconocer al rescatador: de todos los héroes posibles, tenía que ser el detective formidable quien bajara del cielo para apartarla del mal.

—Violeta, ¿cómo te sientes? ¿Crees que puedes responder con la verdad o prefieres que dejemos esto para después?

—dice Chimbo y está ella ya tan hipnotizada que no podría detener el interrogatorio, pues es lo único que puede hacer para retenerlo. Había soñado con esto, con tenerlo cerca, acariciarlo, decirle que lo ama. Había soñado con esto: sentir la temperatura de dos corrientes que se bifurcan en el cuerpo sumergido y parten hacia el mar. Asiente la cabeza, enamorada.

—Bien. ¿Sabes quién te amarró? ¿Sabes de quién es esta casa?

—Sí —dice otra vez la pequeña voz de ratón. Emanaba una belleza y una ternura tan descomunales, a pesar de lo sucedido, que acepta la oficial Pazmiño, a regañadientes, que haría ella una gran pareja con el detective—. José Duque, él fue, esta es su casa, aquí vive, es la casa de su mamá.

—¿Por qué te amarró y encerró?

Entonces empieza a titubear Violeta Veloz, se quiebra su voz, enrojece de vergüenza, empieza la caída moral frente al hombre que siempre ha deseado.

—No tengas miedo, puedes decírmelo todo —dice Chimbo y, en efecto, sentimos que podemos contarle todo, incluso nuestras cobardías.

—Él me pidió que lo ayudara y yo lo ayudé —dice mientras llora—. Yo no sabía que iba a reaccionar así.

—¿Cómo lo ayudaste?

—Me pidió que recogiera a una persona y la llevara a un hotel.

—Kaicedo...

—Sí... O sea, va más allá de recogerlo. La idea era que yo lo sedujera y lo llevara al hotel pensando que íbamos a tirar, pero adentro se llevaría la sorpresa de que con el que haría cosas era con José.

—¿Y lo hiciste?

—Sí... No fue difícil. Él estaba muy borracho, así que se subió a mi Mazda cuando me vio. Lo dejé en el hotel, le pedí que se registrara mientras yo estacionaba, pero jamás volví. Adentro ya debía estar José, listo para lo que fuera o eso es lo que yo creí.

—¿Creíste?

—Sí, eso creí. Él me dijo que iba a estar ahí esperándolo, así que yo me regresé a mi casa, pero a media calle me lo encontré, me preguntó si había cumplido mi parte, le dije que sí, me pidió ayuda con algo en su casa, entramos, pero cuando ya estábamos en su cuarto, me pegó un puñetazo en la cara que me dejó sin ganas de hacer nada más, me puse a llorar, pero ni se me oía, ni yo me oía. Como pude le pregunté por qué me había pegado y qué me iba a hacer. Yo creí que me iba a violar. Pero él me dijo que el favor que le había hecho era solo un señuelo para atraerte al hotel a ti.

Mientras habla, me cuesta enfocarme porque tengo fresca la imagen que me hace relamer del gusto: el momento dentro de la bodega cuando, a base del tacto, entendió Carlos Chimbo que estaba rescatando a una mujer. También rememora ella sus manos y las celebra como el mancebo que ha sido escogido por el César para pasar la noche.

—¿Y qué es lo que quiere conmigo? —dice Carlos Chimbo y se expande su voz en ondas calientes dentro de Violeta Veloz.

—Lo que quiere todo el mundo: te *quiere* a ti.

No puede tocarlo pero, por el momento, se conforma con verlo y seguir con atención sus ademanes, que han sido planeados para una coreografía olímpica. Él, que le sigue haciendo preguntas, nunca ha dejado de esbozar una sonrisa.

¿Es que siempre trabaja así? ¿Sus interrogados se sienten únicos, incluso los culpables? De todas las variables posibles, ¿tenía que ser él quien la rescatara? Quebrantan el espíritu las coincidencias.

No le dejan acercarse los paramédicos: le miden la presión, le oyen los pulmones desde la espalda, le recorren la piel en busca de cortes externos o derrames internos, le inspeccionan la nariz y le meten un hisopo, le analizan el daño epidural debajo del ojo... Imagina Violeta Veloz que es él quien la manosea sin tocarla: es el interrogatorio una canción de amor en la que puede nadar como un delfín. A veces finge tener problemas recordando para así retenerlo porque el amor es egoísta, y todos lo somos, incluso los que no aman, los desdichados hijos de nadie.

Ha compartido con él poco menos de media hora. Ahora entendemos que si hay una sensación humana que merece preservarse para siempre, que debería viajar en una sonda cuando se hayan extinguido los seres humanos, no es el altruismo, la entrega, el clímax, ni siquiera el enamoramiento, sino la ilusión de dos manos que se tocan: son dos almas que se saben atraídas y que no se atreven a confesarse nada, pero su deseo puede más y habla más alto que ellas, las almas, y, aterradas de los nervios, se entrelazan sus dedos mientras tratan de mantener la compostura, pero por dentro se desarman a presión, y yo estoy dentro, así que estoy hecho de ensoñación y apetito. Soy el quebranto. Quiere creer ella que cuando los paramédicos la dejen, las manos de los dos se encontrarán para escribir los jeroglíficos que desatarán a las mariposas.

Calla él unos minutos porque está pensando cuál será su siguiente movimiento. Da vueltas por la sala, observa por la ventana hacia la calle y comprueba que han incrementado

los curiosos. Lo reconocen los de afuera y lo saludan. Se aleja Chimbo de la ventana y regresa a las vueltas por la sala. Ha dejado de hablarnos y ya nos invade el aroma del abandono. Estamos hechos de pérdida. Se van los paramédicos al comedor para trabajar en el cuerpo de la señora Gutiérrez, que Violeta Veloz todavía no ha descubierto.

Sabe Carlos Chimbo que a estas alturas ya está echada la suerte y sabe cuál será su próximo movimiento. Tiene la irresoluble sensación de que todo lo que ha hecho en la vida le ha conducido a este momento, al que se aproxima, o quizá soy yo el de los instantes que se aúnan al final. Es mi sensación, en realidad. Quiero creer que sabe él su valor, que está más allá del paraíso, pero, estoy seguro de que, con su altruismo desmedido, se cree corriente. No quiero existir en un plano en el que se sepa Carlos Chimbo similar al resto porque no hay mentira más insolente. Todos pensamos igual. Es el amor el ensalzamiento de lo ordinario: necesitamos de hipérbolos para amar. Sé que está él más allá de lo común porque he visto el final: a los momentos previos me entrego, que es el recuento de este día, solo así puede ser eterno el clímax, pues así es cómo me configura mi amor por él.

Sé lo que va a pasar: empezará a llorar Violeta Veloz más que cuando José Duque la secuestró porque ninguna de sus ensoñaciones se cumplirá, sino que, al contrario, ordenará Carlos Chimbo a la oficial Pazmiño que la lleve a la jefatura para asentar el testimonio como parte del protocolo. Aunque sabe el detective que dice la verdad, es el procedimiento de rutina. Luego, mientras la separan de él, intentará tocarlo y pedirle que la rescate de los dos oficiales que la llevan al vehículo. Esas serán las últimas lágrimas que Carlos Chimbo vea en su vida. Después de dar unas instrucciones a los paramédicos y policías, saldrá por la puerta, pedirá paso a la gente que tratará

de acariciarlo y regresará corriendo al hotel, a toda velocidad, para concretar el encuentro que lleva prologándose desde la mañana: como la cópula, el amor no soporta las dilaciones.

¿Cómo se destrozan los sentimientos? ¿De qué forma cae la cortina que esconde lo que amamos: acaso es con un estruendo, acaso con un susurro? Vivo para responder estas preguntas, que no dejan de formularse a la vez que responderse, alternada y simultáneamente, por siempre, pues conviven en el mismo plano, desde donde lo observo todo con curiosidad. No existen más la causa y el efecto: para mí, las dos son una sola vertiente que me fluye y me alimenta. Es el grandilocuente estruendo que ustedes han esperado toda la vida, para lo que creen que fueron concebidos, y por esta razón es real. Es el centro moral del que carezco pero del que ustedes están hechos, resulta orgánico, necesario incluso, guiar a un ser humano a su muerte, a la pequeña muerte, acompañarlo al encuentro en el que todo regresa a la nada, tambaleándose,

tambaleándose,

tambaleándose,

hasta el punto en el que la decepción se diluye con otros bálsamos. Si no fuera porque sé de las veces que adoptó Zeus la forma de un animal para embarazar mujeres celestiales, juraría que aquellos bálsamos son los policías que escoltan el camino de Carlos Chimbo hasta la recepción del hotel. Lo ven por última vez. ¿Lo ven ustedes?

Se pregunta Méndez cómo puede mantenerse en pie si no ha probado bocado en todo el día. Juraría Sánchez que no ha usado el baño, pero seguro se sabe equivocado: ¿qué criaturas rechazan la escatología? Se pregunta Uquillas de qué material

está hecha la camisa, que hasta ahora resiste todo simulacro de arruga. Envidia el cuerpo y la ropa el oficial Martínez. Ha regresado el suboficial Collahuaso para ver el progreso del caso, lo felicita por el rescate de Violeta Veloz y se lamenta por la identidad del secuestrador: no puede evitar sentirse responsable, de alguna forma. Lo ve sonreír Collahuaso y pensamos lo mismo, al unísono, pero él con otro lenguaje: de idolatría está hecha su belleza. Incluso los que no aman, desean a los bellos.

A los policías, a los curiosos, se les llena de luz la noche.

Sube las escaleras Carlos Chimbo. A cada paso, recibe palabras y palmadas de aliento. Lo guían sin saber si sentir o razonar. Así asciende de planta en planta, con los rostros abatidos que se alegran apenas lo ven. Queda girando en el pasamano el rastro de un milagro.

Extendiendo los brazos en cruz, en el umbral de la cuarta planta, les pide Carlos Chimbo a los oficiales que nadie lo siga, que nadie toque el suelo alfombrado, que se queden en las escaleras para auxiliar a los oficiales que va a rescatar, les jura que todo saldrá bien. Le creen todos. Le entrega su gabardina a un oficial, que la dobla pensando que hará todo lo posible para no devolverla porque es testimonio del día definitivo: la resolución de una vida que rebasa meritoriamente el sentir humano, sobre todo sus contradicciones y deseos, el perpetuo anhelo de lo que desean ser y para lo que no hay tiempo.

Ve a todos Carlos Chimbo, desde arriba, colmando las escaleras que descienden serpenteando hasta la recepción. Lo ven los oficiales y, sin hablar, demandan un tipo de prueba de que todo lo vivido hasta el momento ha sido verdad. Es real porque me desgarró, me desintegro en los momentos previos, en los que el final se dilata y siento el tiempo humano

fluir por las hendeduras por las que nos desangramos. Lo siguen los ojos: todavía con los brazos en cruz, camina Carlos Chimbo por la alfombra roja, llega a la mitad del pasillo y con los nudillos golpea en la puerta de la habitación 402.

La noche de domingo, en una casa de la misma calle Portete, empieza a discutir una pareja. Tienen cosas que decirse. En la madrugada, tras mucho debate y demasiado llanto, no pueden creer que han decidido separarse después de tantos años juntos. Ninguno de sus amigos y familiares lo creerá, pensarán que es un mal chiste, también lo sentirá así la pareja porque, al principio, supone que ha caído dentro de una pesadilla, pero a nadie le importa esto, ¡a nadie!, porque hay cosas muchísimo más importantes en juego, como Carlos Chimbo caminando lentamente, midiendo cada paso que da desde las escaleras, sobre la derruida alfombra de color sangre, hasta llegar a la puerta de la habitación 402. Pisa la tela como si avanzara entre víboras dormidas: aunque estas se abalanzaran para morderlo, es imposible imaginar el cuerpo del detective inoculado, desfalleciendo por el veneno, no obstante, yace la ensoñación: es la vida una colección de imágenes incompatibles.

Desde la escalera, siguen los oficiales sus pasos, lo contemplan como al sacerdote que, en misa, está a punto de revelar el sentido de la vida a los que han entendido que este evangelio ha sido una prueba personal, una muestra de amor en tiempos contradictorios. Sollozan los policías a medida que Chimbo levanta los brazos a los costados y, como una antigua cruz, se detiene frente a la puerta, desde la que se oye un traqueteo hecho de respiraciones sofocadas y llantos ahogados en un océano de almas.

—Está pasando, está pasando —dice el oficial Hurtado a su compañero, Méndez, quien, sin dejar de ver al detective, responde en voz baja:

—Sí... Está pasando.

Es la estructura más bella que ojos humanos han visto jamás, la cruz que forma Carlos Chimbo, y será la última porque es la llave de la destrucción y del renacimiento, el mecanismo que libera los recuerdos dolorosos, las depresiones eternas, la melancolía de una existencia finita, la soledad de una silenciosa noche de domingo, la súplica de amor a gritos que todos hacemos, los abandonados en un mundo que no entendemos. De él se desprenden los sentimientos que no deseo porque no puedo soportar. Yo no lloro, los oficiales sí, los curiosos que están afuera no pueden ver lo que sucede pero lo coligen, por eso tambalean sus almas hacia la melancolía. Antes de que Chimbo llegara en la mañana, para matar el tiempo, se preguntaron qué significa para cada uno el fin del mundo. Alguna de esas almas, que prefigura el reinicio del tiempo, susurra:

—Mi mundo se está terminando.

El de todos se acaba, excepto el mío porque soy infinito, por eso necesito olvidar el desasosiego, que es mi estado natural, por eso busco siempre estar enamorado. Dentro de poco tendré a Carlos Chimbo iniciando otra vez el caso, con la luz del día bañándolo y yo anhelando vivir de nuevo el rito de la completitud, que estará enraizado en mí dentro de poco, como lo está ya ahora.

Alguien murmura viendo al hotel:

—Es el fin del mundo.

Piensa un curioso lo mismo que un bombero:

—Ya no habrá nada por qué vivir.

Quisieran ver en el cielo a los astros en curso de colisión contra la Tierra, así las luces despertarían a la noche quiteña, la última. Ninguna muerte sorprendería, ni siquiera la de la humanidad, pero sí la de él, pues ha valido él la pena: nobleza, es la carne hecha dignidad y empatía.

No es justo.

No es justo que estas cosas pasen, que las personas se alejen, se vayan, piensan, pero el consuelo viene enseguida: es el precio que hay que pagar, de lo contrario, no se podría avanzar en ninguna dirección. Están a punto de perderlo todo y por ello evolucionarán en algo más profundo y duradero de lo que yo seré alguna vez, quizá pueda entenderlo pero jamás sentir. Mi consagración, mi comunión con él, mi entrega está más allá de su pérdida porque soy incapaz de entenderla, aunque trate. Cuando el tiempo te fluye de la manera en que a mí me conforma, se pierde la percepción, si es que alguna vez la tuve, de lo significativo que pueden ser los instantes, los pequeños triunfos diarios que son nimiedades, que es el componente principal de la vida de los desdichados humanos.

Ahora todos piensan que es el mundo el lugar más triste que puede existir, y lo es, y no habrá forma de hacerles cambiar de opinión. Los de afuera no pueden verlo, pero lo entienden. Sí lo ven los policías: se ha abierto unos diez centímetros la puerta 402. Solo se ve un interior negro, quizá con el resplandor de una lámpara o la televisión encendida al fondo.

Empieza el viacrucis, el inicio del fin.

Se oye, finalmente, la voz serpenteante:

—Deja tu arma. Nada de trucos o ellos se mueren.

—Nada de trucos —dice Carlos Chimbo y todos le creemos en su papel de salvador—. Deja que se vayan Kaicedo y García.

Le ordena la voz a Kaicedo que salga y este, temblando, se pone de pie, pero la amenaza de un balazo lo obliga a calmarse y salir despacio de la habitación. Por un segundo mira a los ojos del héroe: es más bello de lo que lo había imaginado al oír su voz pacificadora. Le agradece con una sonrisa: ha recuperado la calma y se le ha secado en las venas el alcohol. Camina hasta la esquina del pasillo, donde unos policías lo reciben y dan indicaciones para que lo atiendan los paramédicos, que están apostados una planta abajo. No querrán ellos revisarlo porque necesitan presenciar el fin del mundo, rehusará el mismo Kaicedo los cuidados hasta no saber qué pasó con el gentil hombre que dio su vida por él.

—Ahora el arma.

Libera Carlos Chimbo la Glock 17 de la funda sobaquera, la coloca suavemente sobre la alfombra y la empuja con el zapato, que no ha perdido el lustre con el que inició el día. Llega el arma hasta un oficial que la toma con las dos manos y la protege en el pecho. Está llorando. Nadie ha visto tantos policías llorar de esa forma, abiertamente, sin prejuicios ni machismos. Cómo no hacerlo: es el fin del mundo.

—Entrelaza tus dedos en la nuca y nada de movimientos súbitos. Si haces algo, García se muere. Ven, entra: te estaba esperando.

Te estábamos esperando, querido.

A pesar de todo, la habitación es un capullo acogedor. Si estuviese llena de líquido amniótico, nadie lo habría notado. Como un útero, se maneja en la penumbra y con el resplandor fortuito de algún fuego artificial perdido en el norte de Quito y las luces que se apagan entre las montañas. Está caliente y

llena del vaho de las personas que han compartido intimidad en un espacio pequeño, pero, en este caso, ha sido la intimidad creada por un hombre desquiciado por el deseo.

Colige las formas que se mueven, los pretextos que se escapan de los corazones. Le pide que camine hacia la mitad de la habitación, donde se pueden distinguir mejor los colores, las siluetas. Unos metros más allá, pegado a la pared, junto al baño, en cuclillas, está feliz de verlo el oficial García. Ahora sí se siente salvo, incluso si muere, porque finalmente está con él. Le sonrío Carlos Chimbo, le devuelve la sonrisa García, que está afectado por la intriga y la incomodidad. Es el niño que se duerme en el pecho de su madre, quien lo amaré por siempre.

Le sigue apuntando con el arma directo en la nariz. En sus treintaitrés años, jamás lo habían amenazado de esa forma: siempre había tenido la oportunidad de negociar o incluso pelear antes de que el cañón le mirara directo, con el desprecio y superioridad del que ostenta el poder. Empieza a temblar la mano detrás del arma porque se da cuenta de que al fin lo tiene para sí. Ha llegado el momento. Al fin. Quisiera sacar a García de la habitación para estar solos, pero entonces no tendría forma de evitar el sometimiento de los músculos de Chimbo, no tendría coartada, y terminaría el mundo de otra forma. Tendrá que ser testigo involuntario y se llevará el mayor trauma que un humano puede concebir, pero es el precio de ver al mundo directo a los ojos.

Intenta la voz disfrazarse todavía y trato de que entienda que ya no es necesario, pero no lo logro: de las infinitas veces que hemos vivido este momento, en ninguna he ganado esa batalla, por eso me invade la sensación del prestidigitador barato en su humillación pública. Pero dura poco. Quiere decirle Chimbo que sabe su identidad y cuando está a punto

de pronunciarla con sus labios carnosos y húmedos, dice la voz:

—¿Te gusto así?

Camina el cuerpo a la mitad de la habitación. Descubre la escasa luz a un hombre con una peluca barata. Al ver que el vestido de novia le queda pequeño, supone Chimbo que lo ha tomado del armario de su madre o —y no entiende por qué imagina esto— de Violeta Veloz, quien, a esta hora, en la jefatura, también está notando el fin del mundo.

—Una vez dijiste que te gustaba, que te parecía bonita —dice la voz que ha dejado de ser andrógina: aparece la verdadera amenaza con la masculinidad—. Aquí estoy...

Aपालado el rostro de José Duque: quizá por su madre, por sí mismo, el tiempo, el dolor. En todo caso, es la vida misma. Ha envejecido tanto desde la última vez que se vieron, al punto de que se pregunta Chimbo si está frente a su excolega. Es imposible tanta deformidad en tan poco tiempo: alberga su interior una llama que no abrasa ni bulle, sino que destruye con la potencia de una vida dedicada, por igual, al odio y al amor.

Estamos separados por dos metros, nos vemos directo a los ojos. Quiere enceguecer José Duque, quiere morir de un infarto, lo que sea en lugar de seguir aguantando la expectativa que le infla el pecho y me expande con dolor, sufrimiento para ambos, me rellena de miedo. Se fosiliza. Me calcifico, que es uno de los aspectos más humanos a los que puedo aspirar. Son los nervios que se vuelven invivibles: se le entumecen las manos, cada vez le es más difícil empuñar el arma a esa altura, con esa amenaza. Se le amortigua la cara, se derrite por dentro. A quién quiere engañar: está hecho su cuerpo para dar amor y de esa forma se está desliendo frente a la silueta del detective, su áncora terrestre, la de todos, mi razón de ser. Se

encoje, trémulo, pero su aspecto todavía lucha por aferrarse a los últimos vestigios de dureza que flotan en el aire caliente de la habitación.

No se oye nada, nada se escucha en Quito más que las respiraciones agitadas de dos cuerpos que, en otras circunstancias, habrían estado destinados a estallar juntos de formas más carnales e incisivas con lo que del alma humana se espera. Los espíritus de esa edad y con esa entrega conforman un sistema erótico que funciona como el lenguaje, ese virus. Los espíritus a los que les acecha el fin se expanden como el universo, el entendimiento humano del universo, y resuenan en lo alto de las ciudades, cuando todo se ha callado, cuando los expectantes rezan por un final diferente, uno que no les arrebatase lo que les queda de vida, pero todo ruego será rechazado porque esta noche no hay nadie que escuche las súplicas de los desdichados hijos de la Tierra.

—Carlos, eres y siempre has sido mi mundo —dice José Duque—. Aquí estoy... para ti.

No se puede olvidar el pasado, yo vivo en él porque soy el tiempo, estoy hecho de pasado, pero lo entiendo diferente porque solo es uno de mis componentes. Son pasado los humanos: son la suma de las experiencias y de la gente que ha entrado y salido de ellos. Es pasado también Carlos Chimbo: es su madre rescatándolo del arenal para que los niños no lo despedacen, es su madre esperando un turno para felicitarlo por ser el estudiante más destacado de la secundaria, es su madre alentándolo para que se inscriba en la academia policial, es su madre agonizando cuando el detective obtiene los más altos honores. También es pasado José Duque: es su

padre golpeándolo por afeminado, es su madre rechazándolo por no ser normal, es sus amigos ignorándolo en la escuela, es las malas decisiones del desamor y una vida consagrada a la soledad. Nadie debería vivir así, lejos de todo contacto humano. Nadie. *Es* José Duque y, por lo tanto, *es* su elección: ser feliz un mísero instante en la historia de la Tierra. Son dos cuerpos forjados de pasado que se han encontrado entre tanto ruido y tanto caos, lo cual es un milagro, y aun así no empalmarán. He repasado este encuentro todas las veces que el *existir* me ha permitido y nunca hay un final diferente. Es el encuentro de dos cuerpos, también es el fin del mundo.

Nos acercamos a tu cuerpo, muy lento, como si estuviéramos enfermos, y entiendo por primera y millonésima vez que has estado conmigo todo este tiempo porque te he pensado, has caminado conmigo en mi deseo y te has puesto las sandalias del tiempo para permitirte reír y caer cuando lo necesitaba. Esto escojo creer. Nos hemos permitido crecer, nos hemos permitido llorar, nos hemos permitido bailar en las calles: de eso se trata todo esto, de nada más. Se mueren de viejos los perros, se separan las parejas, se secan las promesas, se olvida la gente y se desprecia. Y aquí estamos, aquí siguen...

—José Duque —dice la voz de Carlos Chimbo que se está apagando a través de un túnel larguísimo. Estamos desfalleciendo—, te registraste como Elías Guerrero, eres el huésped que nadie vio salir del hotel, solo cambiaste de habitación cuando Kaicedo...

Poco le falta para desfallecer a Duque, poco le falta para empezar a babear frente al detective, poco le falta para cerrar completamente los ojos. Es la entrega, el egoísmo que se personificará de pronto: la culminación del deseo, poner fin

a aquello que todos quieren. Nadie podrá levantarse como ganador nunca más. Esa es su venganza, es su caballo salvaje desbocado que corre en llamas por la pradera. Es su venganza mi eterno retorno: la consolidación del deseo.

Se acerca a Chimbo el cuerpo de Duque, en un vals que solo yo comprendo. Ardoroso, ha llegado a escasos centímetros del nuevo prisionero. Contempla cómo trata de convencerlo de lo contrario, le pide que le entregue el arma, que deje salir al oficial, que se rinda. Pero sabemos que no hay salida de algo como esto: es la separación el único fin posible, solo así será eterna. Ahora puede percibir su aroma de bestia de jungla perfumada, la tierra prometida, es la concentración ideada por un gnomo jugueteón que solo quiere divertirse con lo que siente el resto, mezclando los amores.

Está tan cerca que ni la penumbra puede evitar que admiremos en detalle su rostro immaculado: su boca se sigue moviendo pero es solo un pretexto. Ya no lo escuchamos. Aquí estoy otra vez, por vez primera, luego de infinitas veces, para cumplir el ciclo y admirar la génesis de este evangelio apasionado, que celebra la vida y la partida del mejor espécimen de nosotros. Da paso al renacimiento el fin, no importa cuántas veces deba repetirse. Siempre habrá esperanza, es lo único que queda. Es verdad lo que dicen: hay que ser felices hasta que nos volvamos a ver.

Entonces finalmente sucede: lo tocamos. Lo abrazamos Duque y yo con un solo brazo, el izquierdo, y por fin sentimos la infinitud tonificada, el canto del cisne que purifica el agua de la laguna. Afuera, desfallecen los curiosos, les atraviesa a los oficiales una expansión en el bloqueo de sus vidas. Y aquí adentro, en este útero confortable, me sacudo tanto que me extraña que nadie le tema a los terremotos que provoco: ¡al fin lo estoy haciendo: me fundo con él!

Es su piel un salmo pero es también Legión. No: nosotros somos Legión, es en lo que nos has convertido: somos la multitud de demonios y todos te atendemos. Está caliente tu cuerpo. Se fija en mí tu temperatura porque me somete. Eres del tipo de gente que altera el termómetro cuando entra en una habitación. No es justo amar tanto y no recibir nada a cambio. Estoy a punto de ponerme de rodillas para rezarle a Carlos Chimbo y rezarle a Duque para que apoye su cabeza sobre el pecho, así podremos oír su corazón, los latidos del dios de la mitología olvidada. Sé lo que piensa el detective: podría neutralizarlo mientras me abraza. Se predispone a hacerlo, después de todo en la sorpresa y en la insistencia radica el éxito, pero se detiene y abandona su plan cuando siente en el firme vientre el cañón que también ha venido a abrazarlo: no tiene más que halar el gatillo, movimiento diez veces más rápido que cualquier contraataque, para detener al amado.

Se sabe perdido, por eso ve a su madre. Se amortigua mi esencia, se agita, centellea. Se golpean entre sí las rodillas de Duque, apenas pueden sostenerlo sus piernas. Lo inefable sucede: imagina que deposita un beso en el corazón y luego gira su cabeza hacia la izquierda y, silenciosa y lentamente, se posa el lado derecho de su rostro sobre el pecho de Carlos Chimbo. Es el amor venciendo al orgullo, un momento de paz para un alma atormentada. Incluso los viles merecen amar unos segundos. Adentro le late el corazón: en efecto, era humano todo este tiempo.

Sabe Duque que Carlos Chimbo hará algo pronto, cuando la estupefacción pase, así que se apura a sorber el secreto de esa alma, que es la belleza: incluso los que no aman no pueden quitar los ojos de lo bello. ¿Por qué es este hombre el más bello del mundo? ¿Qué lo hace especial? Se trata de

una complejísima ecuación de caos, de percepciones y de ternuras, que desemboca en uno de los aspectos que más llama la atención de quien ve a Carlos Chimbo: su lozanía. Y ahora que Duque reposa su cabeza en el pecho, lo entiende y yo con él: emana salud Carlos Chimbo porque no existe nada más bello que un alma en paz. Lo que conquista, más allá del cuerpo, es un alma que no viene herida de guerra, y si ha escapado de una, que no recuerde la violencia: que el sonido de las torretas y las metrallicas sean parte de una pesadilla indeseable o de un sueño reconciliador. Incita a la pasión que el amante vea salud en el enfermo terminal.

No obstante, puede un pelotón de gente herida de guerra crear algo hermoso.

Quisiera quedarse así el resto de su vida, en esa posición, pero la eternidad arruina al humano: ningún amor resistiría. Desde el pecho, le indica el latido entrecortado que está a punto de hacer el movimiento para neutralizarlo, que se acerca el fin del idilio. Empieza a sollozar en ese microsegundo porque esa fue la eternidad en la que se pudo entregar a su amor. Eso nadie podrá quitárselo. Tendrá presente Duque esa entrega mientras viva. Yo, en cambio, que no dejo de sacudirme, tendré el final en forma de un evangelio que versa sobre el amante que se repite por siempre.

Apenas empieza Carlos Chimbo a bajar el brazo, sacuden dos disparos a Quito y dos balas atraviesan el vientre del hombre magnífico. Ve sacudirse García al detective, que se tambalea hacia atrás, con el dolor que empieza a agudizarse. Será García el mejor padre del mundo como una forma de honrar a su salvador. Nunca imaginó Chimbo que su excolega, aquel que le ofreciera dos veces su amor, terminaría entregándole la muerte que en él se veía como una imposibilidad. Se tambalea Carlos Chimbo de la misma forma que San Sebastián se

sacudió hasta apoyarse en el árbol, tras la lluvia de flechas que atravesó su apolínea hermosura. Como el santo, tapándose las heridas del vientre, cae de bruces sobre la cama y mancha la sangre su camisa inmaculada, las cobijas, la habitación y el hotel, el mundo entero. No logra decir nada. No puede creer que de eso se trate la muerte: es el acto más solitario que puede imaginar.

A escasos metros, no decide García qué hacer: si someter al asesino o ayudar al hombre que se agoniza de piedad. Le dura la duda menos de un segundo y se lanza sobre Duque, que no pone resistencia. Para qué luchar si ya ha conseguido lo que quería, es el ganador de la noche de la vida. Para él, se ha concentrado toda la potencia del amor en su cabeza reposada en el pecho del amado, que equivale al beso arquetípico. Ahí radica el secreto de todo lo que importa.

Han puesto alerta los disparos a todos los policías, que se abalanzan unos encima de otros para llegar a la habitación 402. Al final, por el tamaño del lugar solo entran diez, que se suman a García y Duque. No hay nada que explicar. Contemplan los doce en silencio el concepto de belleza efímera que se consume sobre las cobijas, mientras se desangra el detective por el costado. Es una muerte pasiva, así les parece a todos: agoniza Carlos Chimbo pero no sufre. Silencioso, se deja ir en el torrente rojo que es su pasado y que ahora impregna la cama de ese hotel indigno de semejante delirio. A los doce hombres, secundados por los policías de afuera de la habitación y por los curiosos que han empezado a invadir el hotel, les golpea lo obvio: no había forma de que pudiera repartirse Carlos Chimbo entre todo el mundo, que siempre lo reclamó, pues los individuos fantásticos se deben a todos y es la muerte la única forma comprensible de distribución. Hay en las almas de los doce hombres la

sensación de finitud, que es por lo que existo: estoy aquí por el amor y por el deseo, pero también por la pérdida y por lo efímero, que es el reino de lo verdaderamente humano, donde no penetra mi curiosidad volátil porque este reino me escolta hacia el génesis: es la sinfonía de violines en la que nado, otra vez, hacia el inicio. Se termina: lo efímero y lo humano. Aquí están para amarse y hacerse daño: ¿han entendido? Creo que sí lo entendió Carlos Chimbo, que acaba de fallecer sin estragos ni convulsiones que afearan la belleza de la vida. Su cuerpo jamás se corromperá: será inviolable como el del príncipe de Troya.

Me voy al inicio del caso donde ha resucitado, está Duque en éxtasis, contemplan los policías a Chimbo mientras lloran. Es el principio: se alcanza el fin del mundo con una canción de amor.

NOTA DEL AUTOR

El extracto del poema que lee Violeta Veloz pertenece a César Vallejo y se llama «Los dados eternos». «Todo regresa a la nada, tambaleándose» es la traducción literal de un verso de la canción «Komm Süsßer Tod», de la banda sonora de *The End of Evangelion*.

Agradezco las lecturas y comentarios de Rosa Inés Padilla, Maribel Ruiz, Juan Pablo Landázuri, Eduardo Cepeda y Carlos Gámez.



Roberto Ramírez Paredes (Quito, 1982). Su obra *No somos tu clase de gente* se adjudicó el Premio Nacional Aurelio Espinosa Pólit de Novela 2017, uno de los galardones literarios más importantes de Ecuador. *La ruta de las imprentas*, su ópera prima, fue finalista del Premio Latinoamericano a Primera Novela Sergio Galindo y se publicó en 2015 por la Universidad Veracruzana de México. Sus cuentos han aparecido en diversas revistas y antologías. Es doctor en Filología por la Universidad de Barcelona, máster de Creación Literaria por la Universidad Pompeu Fabra y licenciado en Literatura por la Pontificia Universidad Católica del Ecuador.

En clave de falsa novela negra y falso poema en prosa, *Evangelio del detective formidable* sigue al policía quiteño Carlos Chimbo, quien acude al Hotel Don Pedro para resolver un caso de secuestro. Él es el más calificado para desentrañar el misterio, todos lo sienten así, no solo por su experiencia, sino porque los que entran en contacto con su mesiánica figura, no pueden más que profesar sentimientos incontrolables: odio, deseo, paz, envidia, amor... Así, la odisea de un día en la vida de Chimbo, que ignora las pasiones que despierta en los demás, como Jesús, se convierte en la tragedia del amante que no puede poseer al amado, a tal punto que el mismo narrador de la novela ha trazado un plan para poseerlo.

SDC